



**Ángel de Saavedra**

**Romances**

Índice

La vuelta deseada  
El sombrero  
El conde de Villamediana  
Don Álvaro de Luna  
El Alcázar de Sevilla  
Una antigualla de Sevilla  
El fratricidio  
Un embajador español  
La muerte de un caballero  
Amor, honor y valor  
La victoria de Pavía  
Un castellano leal  
Una noche de Madrid en 1578  
Recuerdos de un grande hombre  
El solemne desengaño  
La buenaventura

## Bailén

### La vuelta deseada

#### I

Entre aquellos olivares  
que Torreblanca domina  
y ciñen de un lado y otro  
el camino de Sevilla,  
    por un atajo atraviesa,  
para llegar más de prisa,  
una carretela verde  
con una gran baca encima;  
    toda cubierta de barro,  
tableros, muelles y viga,  
de barro seco y reciente  
y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos,  
que en torno lodo salpican,  
en humo y sudor envueltos  
de ella presurosos tiran;  
    y del postillón las voces  
con que los nombra y anima,  
del látigo los chasquidos  
que los acosan y hostigan,  
    el son de los cascabeles,  
y el de las ruedas que giran  
rápidas, tras sí dejando  
dos huellas no interrumpidas,  
    forman estruendo confuso,  
y que viene posta avisan  
a los carros y arrieros,  
que hacia un lado se desvían.

Dentro de la carretela  
un hombre aún joven camina,  
que revuelve a todos lados  
la desencajada vista.

Es Vargas: alegre torna  
de su patria a las delicias  
después de vagar seis años  
emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla

en cuantos objetos mira,  
y en árboles, tapias, lindes,  
dulces memorias antiguas:

lo pasado y lo presente  
anudando va, y delira  
entre esperanzas risueñas  
y entre ya pasadas dichas.

Trastornos, persecuciones,  
desventuras, injusticias,  
en sus más floridos años  
lo arrancaron de Sevilla,  
abandonando riquezas,  
hombres, nombre y familia,  
y dejándose allí el alma  
en el pecho de Jacinta.

Jacinta, encanto y adorno  
de toda la Andalucía;  
y por sus luengas pestañas,  
por su apacible sonrisa,  
por los graciosos hoyuelos  
que avaloran sus mejillas,  
por su cuerpo primoroso  
y por sus formas divinas,  
por su gracia y su talento  
y su modestia expresiva,  
el hechizo de los hombres,  
de las mujeres la envidia.

Diez y seis años contaba  
cuando Vargas, ¡alta dicha!,  
logró conmover su pecho  
y agitar su alma sencilla,  
al par que el amable joven  
ardió en la pasión más viva,  
al mirar a una doncella  
tan inocente y tan linda.

En sus puros corazones  
creció desde la hora misma,  
y el trato y correspondencia  
acreció en pocos días,  
un primer amor de aquellos  
que las estrellas combinan,  
amor que de dos personas  
el Destino eterno fija.

En los lazos de himeneo  
a unirse dichosos iban,  
con el aplauso felice  
de sus contentas familias,  
cuando se alzó tronadora

la borrasca embravecida,  
que, ¡infelices!, confundiólos  
del infortunio en la sima.

Seis años, ¡oh cuán eternos!,  
Vargas por tierras distintas  
huyó infelice, luchando  
del Destino con las iras,  
sin encontrar de consuelo  
ni de esperanza mezquina,  
un solo sueño de noche,  
un solo rayo de día.

Las extranjeras beldades  
estatuas le parecían;  
las ciudades opulentas  
que el orbe orgulloso admira,  
desiertos... ¡Ay!, pero puede  
feliz llamarse en sus cuitas,  
venturoso en su destierro,  
fortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia  
en el pecho de Jacinta,  
que la distancia y el tiempo  
al que es verdadero afirman.

De cuando en cuando se cruzan  
papeles que lo acreditan,  
cartas trazadas con llanto,  
cartas con el alma escritas.

## II

Todo en el mundo es mudable,  
ni el bien ni el mal son eternos:  
La apacible primavera  
sigue al riguroso invierno;  
a la oscura noche el día,  
y a la borrasca, que al cielo  
empañó con densas nubes  
y asustó con rudos truenos,  
la calma serena y pura.  
Así suelen a los tiempos  
de desventuras y llantos,  
seguir de paz y consuelo.

Del Rhin en la orilla helada,  
abrumado de sí mismo,

Vargas proscripto gemía,  
su fortuna maldiciendo,  
    cuando noticias recibe  
de que la patria le ha abierto  
las puertas... Júzgalo absorto  
ilusión de su deseo;  
    mas Jacinta se lo escribe,  
y cuanto ella dice, es cierto.  
Otra carta... de la madre  
de Jacinta... que al momento  
    vuele a Sevilla, le ruega,  
en donde dará Himeneo,  
el día de su llegada,  
a tan constante amor premio.

No la paloma, que presa  
llora en doloroso encierro,  
si acaso un resquicio mira,  
tiende apresurado el vuelo  
    hacia el palomar y nido,  
en donde vio el sol primero;  
ni el torrente, a quien contuvo  
el malecón interpuesto,  
    en cuanto lo encuentra roto,  
se arroja a su antiguo lecho,  
y por él se precipita  
hacia la mar, que es su centro,  
    tan veloces como Vargas;  
corre, sin tomar resuello,  
a Sevilla: los instantes  
son para él siglos eternos.  
Montes, llanuras, ciudades,  
ríos, Estados diversos  
atrás deja, y los caballos  
de tardos acusa y lentos.  
Ya salva las altas cumbres  
del nevado Pirineo,  
y entra en España; ya escucha  
la lengua de sus abuelos...  
    ¿Qué importa? Ni un solo instante  
retarda su raudo vuelo.  
Halla a cada paso amigos,  
halla intereses y deudos:  
    No se para, corre, corre,  
que tiene en Sevilla puesto  
su afán, y hasta que descubra  
la Giralda, no hay sosiego.

Apenas ha quince días  
que en las márgenes del Reno  
de su Jacinta la carta  
leyó, juzgándolo sueño,  
y los caños de Carmona  
ve a su siniestra creciendo,  
y al frente la antigua puerta,  
para él la puerta del cielo.

Cualquiera mujer que mira  
en mantilla y de paseo,  
que es Jacinta que le espera,  
juzga, y le palpita el pecho.

Al llegar se desengaña,  
y en otra que ve más lejos...  
Jacinta fuera de casa  
está, sí; sale a su encuentro.

Era en punto mediodía:  
Entra por fin, y molestos  
los guardas el carruaje  
detienen corto momento.

Los maldice y les da oro,  
porque le detengan menos:  
«Corre», al postillón le grita,  
y torna a marchar de nuevo.

Por las retorcidas calles  
echa pestes y reniegos  
a cada lenta carreta,  
a cada corro interpuesto,  
que a templar el paso obliga  
de los caballos ligeros,  
y anheloso a verse llega  
de la ciudad en el centro.

Oye de fúnebres cantos  
el triste son desde lejos,  
se aproxima, y por la calle  
que va a tomar, un entierro  
pasa. Con hachas de cera,  
pobres, vestidos de negro,  
van de dos en dos; los siguen  
las cofradías; a lento

paso un féretro se acerca  
con una palma y corona  
de un blanco paño cubierto,  
de blancas flores... ¡Agüero  
terrible!, que es de doncella  
principal y de respeto  
el funeral le parece...

Hierve taciturno el pueblo  
en derredor. Manda Vargas,  
turbado con tal encuentro,

que tome por otra calle,  
al postillón. Revolviendo  
este los caballos, torna  
por un callejón estrecho,  
y a la calle ansiada llega  
después de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones  
está, mostrando en sus gestos  
sorpresa de que en tal día  
llegue a la casa un viajero.

Párase la carretela;  
la puerta está abierta, yermos  
el ancho portal y el patio;  
reina en la casa el silencio.

De un salto Vargas se apea,  
corre a la escalera presto,  
de ella por un lado y otro  
de cera advierte un reguero  
reciente. Veloz la sube,  
abre la mampara... ¡Cielos!  
Colgada está la antesala  
en redor con paños negros.

Enlutada una gran mesa  
mira colocada en medio,  
y en sus cuatro ángulos arden,  
sobre cuatro candeleros

de plata, cándidas velas  
consumidas casi: el suelo  
cubren deshojadas flores,  
siemprevivas y romero.

¡Dios!... ¡Pobre Vargas! Absorto,  
sin voz, sin alma, y en hielo  
convertido, ni respira.

Ojos cual los de un espectro  
gira en derredor; se ahoga  
sin respiración su pecho.

Volviendo en sí un corto instante,  
oye llorar allá dentro;

cuando se abre lentamente  
una puerta que al momento  
se cierra, y un sacerdote  
que por ella sale, lleno

de lágrimas el semblante  
(de dar en vano consuelo  
viene a una madre infelice),  
queda inmoble a Vargas viendo.

Vargas lo mira, y no alienta;  
mas tras de breve silencio

rompe al cabo, y le pregunta  
con un angustiado esfuerzo:  
    «¿Dónde está?» Quedose helada  
su lengua. Fáltale aliento  
al turbado sacerdote,  
y con agitado aspecto  
    alza el rostro, y levantando  
la diestra, señala al cielo.  
Vargas le comprende; arroja  
un alarido de infierno;  
    huye veloz, la escalera  
baja delirante, ciego,  
nada ve, corre cual loco  
por las calles, y muy presto  
    desaparece. En Sevilla  
la noticia cunde luego  
de su llegada; le buscan  
sus amigos y sus deudos.  
    Todo, todo en vano; algunos  
dan señas de que le vieron  
junto a la Torre del Oro,  
cuando el sol ya estaba puesto.

    En un remanso, que forma  
el Guadalquivir, no lejos  
de Guelves, a las dos noches  
unos pescadores vieron,  
    a la luz de escasa luna,  
de un joven ahogado el cuerpo,  
vestido aún. Procuraron  
compasivos recogerlo;  
    pero al llegar con la barca,  
y al agitar con los remos  
el agua, veloz corriente  
llevó el cadáver. Suspensos  
    siguiéronlo un corto rato  
con los ojos, y muy presto  
fue leve punto en las aguas,  
y de vista lo perdieron.

# I

## La tarde

Entre Estepona y Marbella,  
una torre fulminada,  
hoy nido de aves marinas,  
y en otro tiempo atalaya,  
corona con sus escombros  
una roca solitaria,  
que se entapiza de espumas,  
cuando las olas la bañan.

A la derecha se extiende  
una humilde y lisa playa,  
cuyas menudas arenas  
humedece la resaca;  
y oculta entre dos ribazos  
forma una escondida cala,  
abrigo de pescadoras  
o contrabandistas barcas.

A este temeroso sitio,  
mientras lento declinaba  
a ponerse un sol de otoño  
entre celajes de nácar,  
estando el viento adormido,  
la mar blanquecina en calma,  
y sin turbar el silencio  
de las voladoras auras,  
sino el grito de un milano  
que los espacios cruzaba,  
y los de dos gaviotas,  
cuyo tálamo era el agua,  
la divina Rosalía,  
la hermosa de la comarca,  
fugitiva y anhelante  
llegó, sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros  
cubre un pañolón de grana,  
dejando ver negras trenzas,  
que un peine de concha enlaza;  
y de seda una toquilla,  
azul, rosa, verde y blanca,  
que las formas virginales  
del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna  
de muselina enramada

un vestido; con la diestra  
recoge la undosa falda,  
y el pie primoroso y breve,  
que apenas su huella estampa  
en la movediza arena,  
más limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene  
un envoltorio de nada,  
cubierto con un pañuelo,  
do el jalde y rojo resaltan.

¡Inocente Rosalía!  
¿Qué busca allí?... ¡Temeraria!  
¡Cuál su semblante divino,  
lleno de vida y de gracia,  
desencajado se muestra!...  
¡Qué palidez!... ¡Qué miradas!...  
Está haciendo, bien se advierte,  
un grande esfuerzo su alma.

Sí, los ojos brilladores,  
los ojos que tienen fama  
en toda la Andalucía,  
por su fuego y sus pestañas,  
en el peñón, que lejano  
apenas se dibujaba  
entre la neblina (seña  
de mudarse el tiempo), clava.

Dos lágrimas relucientes  
sus mejillas deslustradas  
quemán, un hondo suspiro  
del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento:  
luego de pronto la cara  
vuelve a Estepona, temblando:  
juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!  
Mas ¿qué importa? Otra, más alta,  
más fuerte, más poderosa,  
desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentose,  
de la hundida torre basa;  
miró en torno, y de su seno  
sacó y repasó esta carta:

«Sí, mi bien; sin ti la vida  
me es insoportable carga;  
resuélvete, y no abandones  
a quien ciego te idolatra.

»Contigo nada me asusta,  
sin ti todo me acobarda;  
mi destino está en tus manos:  
ten resolución, y basta.

»Resolución, Rosalía,  
cúpleme, pues, tus palabras:  
no tendrás que arrepentirte,  
te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,  
volveré sin más tardanza  
al sitio aquel que tú sabes,  
en una segura lancha.

»Espérame, vida mía;  
si no te encuentro, si faltas,  
ten como cierta mi muerte.  
Corro al momento a la plaza

»de Estepona, allí pregonó  
mi proscrito nombre, y paga  
de mi amor será un cadalso  
delante de tus ventanas.»

Se estremeció Rosalía,  
no leyó más, y borrarán  
sus lágrimas abundantes  
las letras de aquella carta.

Llévala a los labios fríos,  
la estrecha al seno con ansia,  
mira al cielo, «Estoy resuelta»,  
dice, y se consterna y calla.

Torna al peñón (que parece  
una colosal fantasma  
con un turbante de nubes,  
de nieblas con una faja)

la vista otra vez. La extiende  
por la mar, que, muerta y llana,  
fundido oro se diría  
del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto  
que se mueve a gran distancia:  
Ya se muestra, ya se esconde.  
¿Será?... ¡Oh Dios!... ¿Será?... La escasa

luz del crepúsculo todo  
lo confunde, borra y tapa.  
Con los ojos Rosalía  
los resplandores, que aún marcan

la línea del horizonte,  
sigue. Una nube la espanta,  
que por el Sur aparece,  
oscura y encapotada;

y aún más el ver acercarse  
por allí dos velas blancas,  
cuyas puntas ilumina  
del sol, ya puesto, la llama.

## II

### La noche

Entró la noche; con ella  
despertándose fue el viento.  
Y el mar empezó a moverse  
con un mugidor estruendo.

Las nubes, entapizando  
el oscuro y alto cielo,  
la débil luz ocultaban  
de estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras  
en corto rato envolvieron  
tierra y mar. De Rosalía  
ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,  
intenta... No, no hay remedio.  
Cierra los ojos e inclina  
la cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,  
corto abrigo es el pañuelo;  
tiembla de terror su alma,  
tiembla de frío su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,  
más sus mismos pensamientos;  
pues ni uno solo le ocurre  
de esperanza o de consuelo.

Las velas que ha divisado  
cuando el sol ya estaba puesto,  
la atormentan, la confunden.  
Las ha conocido: ¡cielos!

Son, sí, las del guardacosta,  
jabeque armado y velero,  
terror de los emigrados,  
de contrabandistas miedo.

¡Infelice Rosalía!...  
A las ánimas de lejos  
tocar las campanas oye  
de la torre de su pueblo.

¡Oh cuánto la sobresaltan  
aquellos amigos ecos!  
Párecele que son voces  
que la nombran. Gran silencio  
    reinó después largo espacio.  
Las olas, que van creciendo,  
llegan a besar la peña,  
de Rosalía los tiernos  
    pies mojan... y no lo advierte:  
clavada está. Los destellos  
de la espuma que se rompe,  
secas algas revolviendo,  
    la deslumbran. De continuo  
la reventazón inciertos,  
fugitivos grupos blancos  
le ofrecen del mar en medio,  
    cual pálidas llamaradas.  
Ella piensa que los remos  
y la proa de un esquife  
las causan... ¡Vanos deseos!

Así pasó largas horas,  
cuando un lampo ve de fuego  
en alta mar, y en seguida  
oye al cabo de un momento  
    ¡poumb!... y retumbar en torno  
como un pavoroso trueno,  
que se repite y se pierde  
de aquella costa en los huecos.  
    Ve pronto hacia el lado mismo  
otros dos o tres pequeños  
fogonazos; mas no llega  
el sordo estampido de ellos.  
    Otra roja llamarada...  
¡Poumb!, otra vez... ¡Dios!, ¿qué es esto?  
Repitiéndose perdióse  
este son como el primero.  
    No hubo más: creció furioso  
el temporal, y más recio  
sopló el Sudoeste; las olas  
de Rosalía el asiento  
    embisten, de agua salobre  
la bañan; estar más tiempo  
no puede allí: busca abrigo  
de la torre entre los restos.  
    La lluvia cae a torrentes,  
parece que tiembla el suelo;  
dijérase ser llegada  
ya la fin del universo.

### III

#### La mañana

Raya en el remoto Oriente  
una luz parda y siniestra;  
a mostrarse en vagas formas  
ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso  
ofrece Naturaleza,  
las olas como montañas,  
movibles y verdinegras,  
se combaten, crecen, corren  
para tragarse la tierra,  
ya los abismos descubren,  
ya en las nubes se revientan.

Rómpense en las altas rocas  
alzando salobre niebla,  
y la playa arriba suben,  
y luego a su centro ruedan.

Con un asordante estruendo:  
silba el huracán, espesa  
lluvia el horizonte borra,  
y lo confunde y lo mezcla.

La infelice Rosalía,  
toda empapada, cubierta  
con el pañolón mojado  
que, o bien la ciñe y aprieta,  
o, agitado por el viento,  
le azota el rostro y flamea,  
volando ya desparcidas  
fuera de él las negras trenzas;  
falta de aliento, de vida,  
el alma rota y deshecha,  
asida de los sillares  
se aguanta inmóvil y yerta.

Aparición de otro mundo,  
sílvida, a quien maga artera  
cortó las ligeras alas,  
la juzgaran si la vieran.

Tiende, espantados, los ojos  
por el caos: nada encuentra

que socorro o que consuelo  
en tal apuro le ofrezca.

Descubre que una gran ola,  
que tronadora se acerca,  
entre las blancas espumas  
envuelve una cosa negra:

de ella no aparta los ojos,  
ve que en la playa se estrella,  
que al huir deja un sombrero  
rodando sobre la arena.

Y una tabla. -Rosalía  
salta de las ruinas fuera,  
corre allá, mientras las olas  
se retiran. No la aterra

otra mayor, que se avanza  
más hinchada, más soberbia.  
Ve en el madero lavado  
los restos de sangre fresca...

Coge el sombrero... ¡infelice!  
Lo reconoce... Las fuerzas  
le faltan, cae, y al momento  
precipítase sobre ella

una salobre montaña,  
que la playa arriba entra,  
y rápida retrocede,  
no dejando nada en ella.

Cual si dar tan solo objeto  
de la borrasca tremenda,  
lecho nupcial en los mares  
a dos infelices fuera;

a templar su furia ronca  
los huracanes empiezan;  
bajan las olas, la lluvia  
se disminuye, y aun cesa.

Rómpese el cielo de plomo,  
y por pedazos se muestra  
el azul, que ardientes rayos  
de claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;  
por el lado de la tierra  
fórmanlo azules colinas,  
que aún en parte ocultan nieblas.

Una línea verde, oscura,  
movible, lo forma y cierra  
del lado del mar, y asoma  
la claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,  
aunque es la resaca recia,  
orna al mundo la esperanza  
de prolongar su existencia.

En esto una triste madre  
y un tierno hermanillo llegan,  
buscando a su Rosalía,  
a aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,  
muertos de cansancio y pena,  
tienden en redor los ojos,  
y nada, ¡oh martirio!, encuentran.

Al retroceder las aguas,  
unas femeniles huellas  
de pie breve reconocen  
estampadas en la arena...

«¡Rosalía!... ¡Rosalía!»  
gritan y no oyen respuesta.  
Van a la arruinada torre,  
y hállanse sobre una piedra  
un envoltorio deshecho  
entre fango, espuma y tierra,  
y un pañuelo rojo y jalde  
que le sirve de cubierta.

## El conde de Villamediana

### I

#### Los toros

Está en la plaza Mayor  
todo Madrid celebrando  
con un festejo los días  
de su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina  
y los jefes de palacio,  
el regio balcón vestido  
de tapices y brocados.

En los otros, que hermocean  
reposteros y damascos,

los grandes, con sus señoras  
y los nobles cortesanos,  
ostentan soberbias galas,  
terciopelos y penachos;  
las damas y caballeros  
llenan los segundos altos,  
y de fiesta gran gentío  
los barandales y andamios,  
jardín do a impulso del viento  
ondean colores varios.

Ante la Panadería,  
del balcón del rey debajo  
y de espalda a la barrera  
en la arena del estadio,  
la guardia tudésca en ala,  
parece un muro de paño  
rojo y jalde, con cornisa  
hecha de rostros humanos,  
sobre la cual vuelan plumas  
en lugar de jaramagos,  
y brillan las alabardas  
heridas del sol de mayo.

Los alguaciles de corte  
con sus varas en la mano,  
a la jineta en rocines,  
están en fila a los lados.

El rey, la reina, los grandes,  
las damas, los cortesanos,  
los tudescos y alguaciles,  
el inmenso pueblo, y cuantos  
en la plaza están, los ojos  
tornan de Toledo al arco,  
por cuya barrera asoma  
un caballero a caballo.

Vese en medio de la arena,  
furia y humo respirando,  
los ojos como dos brasas,  
los cuernos ensangrentados,  
con la pezuña esparciendo  
ardiente polvo, el más bravo  
retinto, a quien dio Jarama  
hierba encantada en sus campos.

Aún no estrenó la almohadilla  
de su cuello erguido y alto,  
hierro alguno, ni ha embestido  
una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas  
y moribundos caballos,

se ostenta como el guerrero  
que se coronó de lauro,  
    entre rendidos pendones,  
sobre muros derribados;  
del genio del exterminio  
parece emblema y retrato.

En un tordillo fogoso,  
de africana yegua parto,  
que de alba espuma salpica  
el pretal, el pecho y brazos,  
    que desdeñoso la tierra  
hiere a compás con los cascos,  
que una purpúrea gualdrapa  
con primorosos recamos,  
    de felpa y ante la silla,  
en el testero un penacho,  
la cabezada y rendaje  
de oro y seda roja, y lazos  
    en el cordón y en las crines  
soberbio ostenta y ufano,  
a combatir con el toro  
sale aquel señor gallardo.

Viste una capa y ropilla  
de terciopelo más blanco  
que la nieve, de oro y perlas  
trecillas y pasamanos;  
    las cuchilladas, aforros,  
vueltas y faja de raso  
carmesí; calzas de punto,  
borceguíes datilados,  
    valona y puños de encaje;  
esparcen reflejos claros  
en su pecho los rubíes  
de la cruz de Santiago.

Un sombrero con cintillo  
de diamantes, sujetando  
seis blancas gentiles plumas,  
corona su noble garbo.

Con la izquierda rige el freno,  
en la diestra lleva en alto  
un pequeño rejoncillo  
con la cuchilla de a palmo.

Acompáñanle dos pajes,  
a pie, de uno y otro lado;  
y llevan las rojas capas  
prontas al lance en la mano:

    Síguenle sus escuderos  
y un gran tropel de lacayos,

los que, por respeto al toro,  
se van haciendo reacios.

Puesto en medio de la plaza  
personaje tan bizarro,  
saluda al rey y a la reina  
con gentil desembarazo.

Aquel, serio, corresponde;  
esta muestra sobresalto,  
mientras el concurso inmenso  
prorrumpe en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Tassis,  
caballero cortesano,  
conde de Villamediana,  
de Madrid y España encanto  
por su esclarecido ingenio,  
por su generoso trato,  
por su gallarda presencia,  
por su discreción y fausto.

Gran favor se le supone,  
aunque secreto, en palacio,  
pues susurran malas lenguas...  
pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen,  
y es poner puertas al campo  
querer de los maliciosos  
sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,  
cortas las riendas, y bajo  
del rejoncillo el acero,  
vase al toro paso a paso.

Este cabecea, bufa,  
la tierra escarba marrajo,  
y espera instante oportuno  
en que partir como el rayo.

El paje de la derecha,  
con grande soltura y garbo,  
a la fiera irrita y llama,  
la capa ante ella ondeando.

Embiste, pues; el jinete  
tuerce el bridón, de soslayo  
pasa el toro, el otro paje  
con la capa hace un engaño,  
y lo revuelve, y de nuevo  
lo para. Determinado  
le hostiga de frente el conde;  
torna a embestir rebramando

el jarameño; parece  
que el caballero y caballo  
van a volar a las nubes,  
cuando de la fiera intactos,  
en primorosas corvetas  
se separan y con saltos.  
Un punto el toro vacila  
bramido ronco lanzando,  
y desplómase en la tierra,  
haciendo de sangre un lago  
con el torrente que brota  
por la cerviz, do, clavado,  
medio rejón aparece,  
que el otro medio, en la mano  
del noble y valiente conde  
va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,  
vallas, barreras y andamios,  
formando una riza nube,  
ondean pañuelos blancos;  
y «¡Viva!», el pueblo repite,  
y los caballeros «¡Bravo!»,  
y «¡Qué galán!» las mujeres,  
haciendo lenguas las manos.

La reina, que, sin aliento,  
los ojos desencajados  
en jinete y toro tuvo,  
vuelve, ansiosa, respirando;  
«¡Qué bien pica el conde!», dice,  
y «Muy bien», los cortesanos  
repiten. El rey responde:  
«Bien pica, pero muy alto.»

Y en el rostro de la reina  
clavó los ojos un rato.  
Esta demudose, y todos  
los señores de palacio,  
en quienes opinión propia  
fuera un peregrino hallazgo,  
repitieron, no sabiendo  
lo que decían acaso,  
y de entrambas majestades  
queriendo seguir el rastro:  
«Pica muy bien; mas debiera  
haber picado más bajo.»

Dos toros más se corrieron,  
en que caballeros varios  
con gala y con valentía  
gran destreza demostraron;  
mas es pretender lucirlo  
después del conde gallardo,

exceso del amor propio,  
cuyos esfuerzos son vanos.  
Ser en punto mediodía  
las campanas avisaron  
de Santa Cruz en la torre.  
En su carroza a palacio  
retiráronse los reyes,  
tras ellos los cortesanos,  
y aquel inmenso gentío,  
la plaza desocupando,  
se apiñó en arcos y puertas,  
haciendo un todo compacto,  
que por las primeras calles  
rompió, que luego en pedazos  
por otras más dividióse,  
después en grupos, que al cabo  
reducidos a familias,  
muy pronto se dispersaron.  
Tal vez así se desagua  
un artificial pantano,  
cuando se abren las compuertas  
del malecón, y apretados  
torrentes por ellas salen,  
que luego en arroyos varios  
se dividen, y se pierden  
finalmente por los campos.

## II

### Las máscaras y cañas

Siguió el festejo a la tarde,  
y llenose la gran plaza  
con el pueblo y con la corte,  
cual lo estuvo la mañana.  
Magníficas son las fiestas  
que la regia villa paga,  
para celebrar el nombre  
del poderoso monarca.  
De clarines y timbales  
al son que asorda las auras,  
y al de orquestas numerosas,  
que entonan guerrera marcha,

en orden y a lento paso  
numerosas mascaradas  
entran por partes distintas,  
y al rey y a la reina acatan.

De los reinos diferentes  
que el reino forman de España,  
ostenta cada cuadrilla  
distintivos y antiguallas,  
arbolando un estandarte  
con el blasón de sus armas;  
y de su música propia,  
al compás de las sonatas,  
mézclanse ligeras luego,  
formando mímica danza,  
en concertado desorden  
de figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes  
de la indómita Cantabria,  
de los fieles castellanos  
las dobles cueras y calzas;  
las fulgentes armaduras,  
de los infanzones gala,  
del ligero valenciano  
los zaragüelles y mantas;  
de chistosos andaluces  
los sombrerones y capas,  
y las chupas con hombreras  
y con caireles de plata;  
los turbantes granadinos,  
jubas, albornoces, fajas;  
los terciopelos y sedas  
de vestes napolitanas;  
de la Bélgica los sayos  
con sus encajes y randas;  
los milaneses justillos  
con las chambergas casacas,  
y las esplendentes plumas  
teñidas de tintas varias,  
con los arcos y las flechas  
que el cacique indiano gasta,  
forman un todo indeciso  
que cubre la extensa plaza  
de movibles resplandores,  
de confusión bigarrada.

Parece que está cubierta  
con una alfombra persiana,  
cuyos matices se mueven  
al conjuro de una maga.

Aquí añafiles moriscos,  
allí tamboril y gaita,

más allá trompas guerreras,  
acá sonoras flautas;

las antárticas bocinas  
en un lado, las guitarras  
y crótalos en el otro,  
los caracoles de caza

forman estruendo confuso  
en que ya el acorde falta,  
y que llenando el espacio  
aun más aturde que halaga.

Por fin, terminado el baile,  
sepáranse las comparsas,  
y hacia lados diferentes,  
en orden puestas, descansan.

Y cada una se dirige,  
según la suerte la llama,  
a saludar a los reyes  
con solemnidad y pausa;  
y doblando la rodilla,  
ofrecen a su monarca  
un rico don de productos  
de aquel reino que retratan.

Despejando luego todas,  
el circo desembarazan  
a los nobles caballeros  
que salen a correr cañas.

Por la izquierda y la derecha  
a un tiempo entraron galanas  
dos diferentes cuadrillas,  
que a unirse en el centro marchan.

Compónese cada una,  
compitiendo en garbo y gala,  
de doce nobles jinetes,  
que de dos en dos avanzan.

El conde de Orgaz, mancebo  
de gentileza y de gracia,  
es caudillo de la una;  
de la otra Villamediana.

Aquel, en caballo negro,  
enjaezado de plata,  
de terciopelo amarillo  
con celestes cuchilladas,

vestido sale: figura  
con argentinas escamas  
peto y espaldar, y azules  
lleva plumas y gualdrapa.

Este, en un caballo blanco,  
cuya crin el oro enlaza,  
ostenta un rico vestido  
de terciopelo escarlata:

el arnés de hojuelas de oro,  
y de rica seda blanca,  
con brillantes bordaduras,  
los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas,  
hacia el regio balcón ambas,  
al paso, la pista siguen  
de los jefes que las mandan;  
y el concurso, en gran silencio,  
curioso la vista clava  
de los dos gallardos condes  
en las brillantes adargas;  
pues logrando de discretos  
y de enamorados fama,  
interesa a todo el mundo  
ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera  
de la que el vuelo levanta  
el fénix con este mote:  
«Me da vida quien me abrasa.»

Un letrado solamente  
es la de Villamediana  
que dice: «Son mis amores...»  
Y luego reales de plata  
puestos cual si fueran letras,  
con aquel renglón acaba.  
La empresa de Orgaz la entienden  
todos, y aciertan la llama  
que le da vida y le quema.  
La del de Villamediana  
despierta más confusiones,  
aunque es en verdad bien clara.

Propensión funesta tiene  
el joven galán que alcanza  
favores de una señora,  
a la par hermosa y alta,  
de publicarlos al punto  
y de sacarlos a plaza:  
vanidad de enamorado  
que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden  
que las monedas declaran,  
mas por miedo disimulan  
y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan  
los cascos por descifrarla.  
«Son mis amores dinero»,  
repiten; pero no cuadra  
con el carácter del conde  
esta explicación villana.

«Mis amores efectivos  
son», dicen otros; ¡bobada!

Velasquillo el contrahecho,  
enano y bufón, que alcanza,  
no sin despertar envidia,  
gran favor con el monarca,  
a disgusto de los grandes  
en el balcón regio estaba,  
malicias diciendo y chistes  
con insolencia y con gracia.

Y o por faltarle su astucia  
entonces, o porque trata  
de vengarse del desprecio  
con que la reina le acaba,  
o porque ve de mal ojo  
al noble Villamediana,  
o por gusto de hacer daño,  
que es de tales bichos ansia,  
dijo: «Ta, ta; ya comprendo  
lo que dice aquella adarga:  
Son mis amores reales»,  
y soltó la carcajada.

Trémulo el rey y amarillo,  
y conteniendo la saña,  
«Pues yo se los haré cuartos»,  
respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la reina, y quedose  
inmóvil como una estatua,  
pálida como la muerte,  
hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,  
en vez de robustas lanzas,  
de cintas y oro vestidas  
leves quebradizas cañas,

se embistieron... Imposible  
es ya que encuentre palabras  
con que describir la fiesta:  
mi atención la reina embarga.

¡Pobre señora! Tampoco  
merece versos y fama  
tal diversión, ya reflejo  
débil, copia degradada

de las justas que ha dos siglos  
los caballeros usaban  
con gloria, que nunca gloria  
en donde hay peligro falta,

y en que las picas de guerra  
dobles petos abollaban,

no los juncos inocentes,  
sedas, brocados y holandas.

### III

#### El sarao

Mientras que la Monarquía  
se desmorona, y el borde  
toca de una sima horrenda,  
duermen en pueriles goces,  
entre placeres se aturden,  
deleites solo conocen,  
sin cuidarse del peligro,  
el rey de España y sus nobles.

Así una casa se quema,  
así desdichas atroces  
sobre una infeliz familia  
el ciego destino pone;  
y en tanto el imbécil ríe,  
duerme el embriagado joven,  
y el niño con sus juguetes  
es el más feliz del orbe.

Si alegre fue todo el día  
con públicas diversiones,  
con saraos y luminarias  
no lo fue menos la noche.

El pueblo las anchas calles  
en gozosas turbas corre,  
para ver iluminadas  
las casas de los señores.

En las plazas principales  
suenan músicas acordes,  
y farsas se representan  
del rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro  
llenos están los salones  
de todo el fausto y la gala  
que son honra de la corte.

En los soberbios jardines  
brillan vasos de colores,

que en el estanque reflejan  
formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio  
las densas tinieblas rompe  
y rastros de luz envía  
a las celestes regiones:

de los rayos que le lanzan  
los nublados tronadores,  
dijérase que en la tierra  
se estaban vengando entonces.

Varias encendidas ruedas,  
girando luego veloces  
en atmósfera de chispas,  
parecen mágicos soles;

mas pronto en huecos tronidos  
de humo blanco alzando un monte,  
se disipa, y desaparece  
aquel gigantón enorme

de luz, que ofuscó los astros  
y que deslumbró a la corte  
como trasunto o emblema  
del orgullo de los hombres.

En el salón de los reinos,  
donde el trono de dos orbes,  
de oro y terciopelo, estriba  
en colosales leones,

el rey está con las damas,  
la reina con los señores,  
y chocolate y conservas,  
y helados pasan en orden,  
en mancerinas de oro  
y en bandejas, cuyos bordes  
lucientes piedras adornan  
en caprichosas labores.

En seguida se bailaron,  
al compás de alegres sonos,  
las folías y chaconas,  
y aun zarabandas innobles.

De cada señora al lado  
sitio un caballero escoge,  
y en un cojín para hablarle  
la rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos  
lo más rico y lo más noble  
de Madrid y España asiste,  
y extranjeros de alto porte.

Estaban, pues... ¿De qué sirve  
que el tiempo perdamos, nombres  
ya olvidados repitiendo,  
y que alcanzaron entonces

boga por riqueza y sangre,  
mas que hoy ya nadie conoce?  
De conocidos hablemos,  
de amigos nuestros, de hombres  
que aún los vemos y tratamos,  
aunque ha dos siglos que esconde  
sus cenizas el sepulcro,  
sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala  
estaba el famoso Lope,  
el Fénix de los Ingenios,  
con el cabello y bigote  
blancos como pura nieve,  
y al través se reconoce  
de sus clericales ropas  
que fue guerrero de joven.

La insignia adorna su pecho  
de la hospitalaria orden,  
y el fuego brilla en sus ojos,  
que hace a los mortales, dioses.

Con él habla un caballero,  
cabeza gorda, deformes  
los pies, de negro azabache  
melena y barba, mas noble  
aspecto; diciendo chistes  
está, y resuenan conformes  
carcajadas, y aun aplausos,  
en cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo,  
a quien un clérigo, torpe  
ya por la edad, ceceando  
y con malicias responde.

Ser él tal pronto se advierte  
don Luis Góngora y Argote,  
del nuevo estilo de moda  
inventor, columna y norte.

El padre Paravicino,  
que de sabio alto renombre  
goza, y a Madrid encanta  
por sus peinados sermones,  
también es del corro; y luego  
en él ufano ingiriose,  
aún tan niño que en sus labios  
ni bozo se ve que asome,

don Esteban de Villegas,  
español Anacreonte,  
en versos cortos divino,  
insufrible en los mayores.

En una pausa del baile,  
de Villamediana el conde,

que ha danzado con la reina,  
alargó la mano a Lope,  
y como ingenio de marca  
entre los otros mostrose.

Acaba de publicarse  
su poema de Faetonte,  
en aquel tiempo un prodigio,  
que hoy tiene apenas lectores;  
obra de perverso gusto  
y de hinchados clausulones.

Góngora, que, envanecido,  
un adepto de alto nombre  
ve en tan claro personaje,  
sus encomios prodigole.

Y todos lo celebraban,  
aunque yo decir no ose  
si sus versos aplaudían  
o su favor en la corte.

Don Francisco Manuel Melo,  
en quien se juntan los dotes  
de historiador y poeta  
con los bélicos blasones,

allí está, aunque taciturno;  
sin duda abriga temores  
de que el duque de Braganza  
su osado intento no logre.

El gran don Diego Velázquez,  
de pinceles españoles  
gloria, también conversaba  
con tan famosos autores;

pero lo que dicen ellos  
parece que apenas oye,  
porque de Rubens los cuadros  
con gran encanto recorre;

y en aquel retrato ecuestre  
del emperador, en donde  
apuró Tiziano el arte,  
los ojos árabes pone.

También el rey un momento  
afable al corro acercase,  
hablando de una comedia  
que salió al público entonces,

y cuyo autor se nombraba  
Un ingenio de esta corte,  
a la cual, aunque por cierto  
era un disparate enorme,  
todos dieron mil elogios  
y de portento renombre,  
pues que es obra del rey mismo  
no hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala,  
saludos y adulaciones  
recibiendo del concurso,  
con aire altanero y noble  
    el conde-duque; se llegan  
los grandes embajadores  
para hablarle, el rey Felipe  
con gran cariño le acoge;  
    y con él, y con el nuncio  
y un milanés, enredose  
en importante coloquio,  
que su atención regia absorbe.

La reina, que en gallardía  
a todas se sobrepone,  
y cuyos hermosos ojos,  
brillantes como dos soles,  
    en Villamediana tuvo  
clavados toda la noche,  
viendo al rey y al favorito  
con aquellos dos señores  
    extranjeros en consulta,  
que ha de ser larga supone  
la conversación, notando  
que hay vivas contestaciones.

Mas atenta, al conde mira,  
le hace una seña, y veloce,  
aunque con gran disimulo,  
de la sala retirese,

    de una danza numerosa  
que empezó la gente joven  
a enredar, aprovechando  
la confusión y el desorden.

Conoció al punto la seña  
el favorecido conde,  
que amantes favorecidos  
las más pequeñas conocen.

Pero no son ellos solos;  
también, ¡ay!, de ellas se imponen  
los celosos... El monarca  
la señal fatal recoge.

A salir Villamediana,  
siguiendo su amado norte,  
iba por distinto lado  
del salón, cuando turbole  
    el ver al rey furibundo,  
que con miradas atroces,  
ojos cual los de un fantasma,  
en él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,  
ni a dar un paso atreviose,  
y trabó, disimulando,  
un altercado con Lope.

#### IV

#### Final

En aquella galería,  
adornada de arabescos  
y follajes primorosos,  
con oro y esmaltes hechos,  
y cuya baranda rica  
daba hacia el jardín pequeño,  
en que el caballo de bronce  
estuvo por largo tiempo,  
sin más luz que la que esparce  
la luna en mitad del cielo,  
esperando a alguien la reina  
está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza  
y de la orquesta el estruendo,  
que los salones ocupa,  
oye resonar de lejos;

y aunque sabe que notada  
ha de ser su ausencia presto,  
por dar al conde un aviso  
atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga  
con mortal desasosiego,  
y en el barandal dorado  
palpitante apoya el pecho.

Mira al ecuestre coloso,  
inmóvil, oscuro, enhiesto,  
entre laureles y murtas,  
y tiembla, ¡infelice!, al verlo.

Alza a la pálida luna  
los ojos de llanto llenos,  
y se extravía su mente  
por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,  
como fantasma o espectro,

en el corredor entrose  
la parte oscura siguiendo,  
un hombre embozado: llega  
por detrás en gran silencio  
a la reina, que, de espaldas  
estando, no pudo verlo,  
y le tapa el noble rostro  
con dos manos como hielo;  
pero delicadas manos  
que agita un temblor ligero.

¿Quién pudiera aproximarse  
a dama de tal respeto,  
sino el amante dichoso  
con tal inocente juego?

Así lo pensó ella misma,  
pero aunque al primer momento  
de sorpresa lanzó un grito,  
pronto sobre sí volviendo:

«Déjame, conde -prorrumpe  
con dulces, lánguidos ecos-;  
no es ésta ocasión de burlas,  
pues es de infortunios tiempo.

»Déjame y escucha, conde.»  
Libre la dejan en esto  
las manos que la cegaban,  
y se encuentra sola, ¡cielos!,  
con su marido, que arroja  
por los ojos rabia y fuego.

Queda la infeliz difunta;  
mas tienen el privilegio  
las hembras del disimulo,  
y en los críticos encuentros  
mucha mayor agudeza  
que el hombre de más ingenio.

Al oír que el rey pregunta  
con voz como voz de infierno,  
«¿Yo conde?... ¿Yo?» En sí tornando  
la reina, responde presto:

«Sí, señor, de Barcelona...

Y se complace mi pecho  
con tal título, afirmado  
con vuestro poder y esfuerzo

»después que habéis reprimido  
la rebelión de aquel pueblo».

Quedó pasmado el monarca.

«Discreta sois por extremo,

»-repuso, y tras pausa leve-,  
mas ¿qué infortunios tenemos?»

Ya alentada la señora,  
pues siempre el paso primero

es el trabajoso, dijo:  
«No faltan, señor, por cierto;  
dígalos Flandes perdida,  
y de Nápoles los reinos,  
    »donde un ambicioso intenta  
arreatarnos el cetro;  
o Milán, donde la peste  
está tanto estrago haciendo;  
    »y Portugal vacilante  
do traidores encubiertos...»  
Aquí atajola Filipo  
con voz de lejano trueno:  
    «Basta, pues, basta, señora;  
sois francesa, bien lo veo;  
tenéis interés muy grande  
en mi honor y en el del reino.»  
    «Veréis que uno y otro al punto  
para aquietaros sostengo,  
y que lavaré con sangre  
la mancha que advierta en ellos.»  
    Calló, y una atroz mirada  
con el rostro descompuesto,  
que pareció más terrible  
de la luna a los reflejos,  
    clavó en la reina; mirada  
que destrozó aguda el seno  
de la infeliz, pues temblando,  
cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno  
vuela o se deshace un sueño,  
desapareció el monarca;  
fue a su cámara en silencio,  
    tocó un silbato de oro,  
que tuvo mágico efecto,  
pues salió de los tapices,  
al silbato obedeciendo,  
    por una encubierta entrada  
un humilde balletero,  
cual espíritu maligno  
que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto  
del rey; ambos un momento  
hablaron con tal sigilo,  
que el labio apenas movieron.

Solo al irse el confidente,  
se oyó decir al rey esto:  
«Asegura bien el golpe,  
y si has de vivir, secreto.»

Al sarao y a los salones  
tornó Filipo muy presto;  
aunque pálido el semblante,  
tranquilo y tal vez risueño,  
volvió a hablar al conde-duque,  
el cual como astuto y diestro,  
que su señor encubría  
conoció cuidados nuevos.

Al cabo de corto rato  
anunciose que en su lecho  
la reina indispuesta estaba,  
y se dio fin al festejo.

Sucedió al bullicio alegre,  
al son de los instrumentos  
y a la confusión festiva,  
el más profundo silencio.

Los cortesanos al punto  
las actitudes y gestos  
dejaron de la alegría,  
y tomaron los del duelo;  
y a vaciarse los salones  
comenzaron del inmenso  
curso, que los llenaba  
de galas, vapor y estruendo.

Villamediana, confuso,  
de inquietud funesta lleno,  
al retirarse saluda  
al monarca con respeto,  
y este con una sonrisa  
lo deja aterrado y yerto;  
mientras, afable, despide  
a los otros palaciegos.

De la desdichada reina  
la favorita, corriendo  
sale por las antesalas,  
busca al conde sin aliento,  
penetra la muchedumbre,  
le hace señas desde lejos:  
al fin le alcanza, va a hablarle,  
un papel lleva encubierto:  
cuando se para y se hiela,  
al rey de repente viendo:  
tal queda liebre cobarde  
de la serpiente el aspecto.

El gran tropel que desciende  
las escaleras, violento

arrastra a Villamediana,  
que va delirante y ciego.  
Su carroza no parece...  
En la de Orgaz toma puesto,  
y ambos condes por las calles  
(que aún no estaban, cual las vemos,  
alumbradas con faroles)  
veloces van y en silencio.  
Grita en una encrucijada  
una voz: «¡Conde!» El cochero  
para al punto los caballos;  
pregunta Orgaz desde dentro:  
«¿A cuál de los dos?» De fuera  
«Villamediana», dijeron.  
Villamediana, al estribo,  
juzgando que es mensajero  
de la reina quien lo llama,  
sacó la cabeza y pecho;  
y al punto se lo traspasa  
una daga de gran precio,  
con tal furor, que a la espalda  
asomó el agudo hierro.  
Cayó el herido en el coche  
un mar de sangre vertiendo,  
y de su amigo en los brazos  
al instante quedó muerto.

Don Álvaro de Luna

I

La venta

En la ruta de Portillo  
y en las márgenes del Duero,  
hubo (aún escombros lo dicen)  
una venta en otro tiempo.  
A su puerta una mañana  
estaba sentado un lego  
de San Francisco, tres mulas  
de los ronzaes teniendo.  
De la venta en la cocina

se hallaban dos reverendos,  
de una sartén apurando  
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía  
sin caperuza el ventero,  
que solícito llenaba  
las tazas del vino añejo.

Era uno el padre Espina,  
predicador del convento  
del Abrojo; el otro un fraile  
anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,  
mustios ambos y en silencio  
se mostraban, cuando el huésped  
les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres,  
que el condestable está preso?...  
Anoche dio esta noticia,  
que nos pasmó, un caballero.»

Contestole el religioso:  
«Pues no os engañó, que es cierto  
-y continuó el padre Espina-:

Sí; desengaños son estos  
»que avisan a los mortales  
de que son perecederos  
los bienes que nos da el mundo,  
y su grandeza embeleco.»

El villano, sin turbarse,  
le cortó el sermón diciendo:  
«Y también de que castiga  
sin palo ni piedra el cielo.

»Aún está fresca la sangre  
de Alonso López Vivero.  
Yo estaba al pie de la torre  
cuando el condestable mesmo

»lo arrojó de ella; y he visto  
de oro las cargas a cientos  
entrar allá en su palacio.

Dicen también, y lo creo,

»que hechizado al rey tenía,  
y aún añaden...» «No debemos  
-dijo grave el religioso-  
dar hablilla tal acceso.»

La ventera, que hasta entonces  
se estuvo callada al fuego,  
con la mano en la mejilla

mostrando gran sentimiento,  
y que era, aunque no muy verde1,  
fresca y limpia con extremo,  
abultada de pechera  
y con grandes ojos negros,  
saltó súbita: «Envidiosos  
que no sirven, ni por pienso,  
para descalzarle, han sido  
los que en trance tal le han puesto.»  
Díjole el marido: «Calla.»  
Y ella respondió: «No quiero...  
¡Qué señor tan llano!... ¡Parte  
el corazón!... Mes y medio  
»hace que le vimos todos  
tan galán, en el festejo  
que se celebró en la plaza  
de Valladolid... ¡Qué diestro!  
»¡Qué valiente!... ¡Qué gallardo!  
Fue el único del torneo.»  
«Calla», con cólera grande  
volvió a decir el ventero;  
y ella, en vez de obedecerle,  
a continuar: «¡Qué discreto!  
El oírle daba gusto...  
Alfonso López Vivero  
»era un vil, que lo vendía.»  
«Calla», repitió de nuevo  
más airado el hombre; y ella:  
«No me da la gana; cierto  
»es cuanto digo... El tesoro  
lo ganó en la guerra, o premio  
es que el rey le ha dado en paga  
de servicios que le ha hecho.  
»La reina y los ricoshombres,  
revoltosos y soberbios...»  
«¡Maldita tu lengua sea  
-clamó furioso el ventero-.  
»Tú, porque allá te criaste  
en su palacio, y... ¡yo necio!»  
Y ella prosiguió llorando:  
«La tonta fui yo, mostrenco.»  
Iban en el matrimonio  
a poner paz y concierto  
los padres, cuando, «Ya llegan»,  
gritó desde fuera el lego;  
y dejando a los esposos,  
que sin duda prosiguiendo  
la disputa, la acabaron  
a puñadas, según temo,  
fuéronse a la puerta al punto,

sobre sus mulas subieron,  
y aquella venta dejaron  
hecha un abreviado infierno.

## II

### El camino

Se alza una nube de polvo  
de lejos por el camino,  
y al tropel que la levanta  
borra y tiene confundido.

En ella relampaguean  
reflejos de acero limpio,  
y forman un trueno sordo  
herraduras y relinchos.

Dando lugar a que lleguen  
los religiosos franciscos,  
a lento paso se ponen  
y atrás miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada,  
y vese claro y distinto  
que Diego Estúñiga, el joven,  
es de ella jefe y caudillo.

En un alazán fogoso  
viene, de hierro vestido,  
la gruesa lanza en la cuja,  
la luenga espada en el cinto,  
un penacho jalde y negro,  
cual matorral sobre un risco,  
ondea sobre su almete,  
y da al sol variados visos.

El ancho plateado escudo,  
de una cadena ceñido,  
ostenta la banda negra,  
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,  
de la cimera al estribo  
armados de punta en blanco,  
y en las lanzas pendoncillos.

Marchan todos en silencio,

y en todos el sobrescrito  
de gran duelo y gran tristeza  
se ve de ballesta a tiro.

Se dijera ser la escolta,  
no de un caballero vivo,  
sí de un caballero muerto  
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venía,  
cabizbajo y abatido,  
caballero en una mula  
con jaeces harto ricos,  
un insigne personaje  
de aspecto notable y digno,  
de estatura no muy alta,  
pero gallarda y de brío.

Un sayo de paño verde  
con franjas de oro guarnido  
es su traje, y lleva al hombro,  
más blanco que los armiños,  
un gran manto, en cuyos pliegues  
la cruz roja, distintivo  
de maestro de Santiago,  
luce un recamo prolijo;  
y una toca de velludo  
negro con bordados picos,  
mas sin airón ni garzota,  
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,  
bien que apagado y sombrío,  
y su aire tan de persona  
de poder y de dominio,  
que por más que se notaba  
ser un preso, descubrirlo  
sin sentir, era imposible,  
cierto respeto sumiso.

Don Álvaro era de Luna,  
del rey don Juan favorito,  
que a Castilla largos años  
rigió sin freno a su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa  
con los dos padres franciscos  
paráronse estos, y humildes,  
saludo cortés y fino

hicieron al condestable,  
de quien eran muy amigos.  
Don Álvaro contestoles  
tan galán como expresivo.

Ellos en la armada escolta

se injirieron de improviso,  
tomando del gran maestro  
a uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron  
todos en silencio hundidos;  
pero al cabo el padre Espina  
se resolvió, y así dijo:

«En verdad, señor, que valen  
poco del mundo mezquino  
las honras y los haberes  
para el varón de juicio.

»El hombre cristiano y cuerdo  
debe hacia norte más fijo  
encaminar su esperanza,  
servir solo a Dios benigno.

»Lo que nos da, lo mantiene,  
y al que busca en Él asilo,  
para siempre se lo acuerda  
en eterno paraíso.»

Con grande atención escucha  
tan saludables avisos  
don Álvaro, que engañado  
juzgó, al salir de Portillo,

que iba a recobrar honores,  
favor, riqueza y dominio;  
y entreviendo en el instante  
su verdadero destino,

se estremeció a pesar suyo,  
cubriose de sudor frío,  
y, «¿Voy a morir acaso?»,  
preguntó como indeciso.

Contestole el religioso:  
«Todos, mientras somos vivos,  
vamos a morir. El hombre  
que va preso... en más peligro...»

«Basta -exclamó el condestable;  
y dando a su aspecto altivo  
gran dignidad y gran calma,  
y al semblante noble brillo-,

»Basta -siguió-; no es la muerte,  
cuando se sabe de fijo  
que llega, tan espantosa  
como el vulgo vil ha dicho.

»Venga, pues: si el rey lo quiere,  
yo con gusto la recibo.  
Padres, hasta el duro trance  
no me dejéis, os suplico.»

Oyendo tales razones  
lloró Estúñiga, escondido  
en su celada, y lloraron

hasta los armados mismos.

Ambos buenos religiosos  
cumplieron bien con su oficio,  
consolando al condestable  
con discreción y con tino;  
y él, oyéndolos atento,  
siguió la marcha tranquilo,  
sin dar de dolor ni susto  
en su noble rostro viso.

### III

Las calles. La capilla. El palacio

Para quién al día siguiente  
mira la muerte segura,  
el declinar de la tarde  
solemnidad tiene mucha.

En el sol, que va a ponerse,  
y espeso vapor ofusca  
(semejante a un rey que el trono  
a su pesar desocupa,  
y dignidad conservando  
del mundo huye, y se sepulta  
donde los hombres no adviertan  
su dolor y desventuras),  
con honda atención los ojos  
clavó don Álvaro de Luna.  
Así que lo vio traspuesto  
lanzó un suspiro de angustia,  
como el que lanza el amante,  
cuando el horizonte oculta  
el bajel, en que su amada  
los desiertos mares surca  
para no volver. Ansioso  
lleva sus miradas mudas  
a los montes apartados,  
cuyas cumbres aún relumbran;  
a los ya enlutados bosques,  
a las calladas llanuras,  
a los altos campanarios  
que entre nieblas se dibujan.

Retardar el despedirse

de la perspectiva augusta  
que presenta el universo,  
parece que solo busca.

Y al notar que poco a poco  
la luz menguante y confusa  
del crepúsculo confunde  
la escena que le circunda,  
piensa ya ver de la muerte  
la terrible sombra, en cuya  
oscuridad para siempre  
corre a hundirse, y se atribula.

Sus pensamientos penetran  
los doctos frailes, y endulzan  
con eternas esperanzas  
su meditación profunda.

Entre dos luces llegaron  
a Valladolid, y turba  
desordenada en las calles  
con sordo rumor circula.

De Alonso López Vivero  
por la calle y casa cruzan,  
donde viven sus criados,  
donde llora su viuda.

Aquellos, como canalla  
que sí al poderoso adula,  
en cuanto le ve caído  
feroz le escarnece y burla,  
de la cabalgata al paso  
atajan con negra furia,  
y con denuestos y voces  
al ilustre preso insultan.

Este, furioso (presente  
el tiempo pasado juzga,  
que aún conserva el poderío,  
que aún domina a la fortuna),

lleva soberbio la mano  
a buscar en su cintura  
la guarnición de la espada...  
Mas, ¡ay!, en vano la busca.

Va preso..., espada no lleva...  
¡Ah!... Lo advierte, y furibunda  
mirada va a dar al cielo;  
mas se anonada y conturba.

Queda con los ojos fijos,  
parece su faz difunta;  
tiembla, y en sudor helado  
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro...

¡Un espectro!... Sí: la mula  
algo ve también; esquivo,  
se recela, empina y bufa.

¿De Alonso López Vivero  
ha salido de la tumba  
la sombra? De que el maestro  
ante sí la vio no hay duda.

En confesión se lo dijo  
aquella noche con muchas  
lágrimas al padre Espina...  
De Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza  
a palos abre la turba  
Estúñiga, denodado,  
y la atropella y asusta;

y en salvo al ilustre preso  
condujo a la casa suya,  
en que estaba preparada  
una capilla segura,

donde pasó el condestable  
con la espiritual ayuda,  
noche serena, pidiendo  
a Dios perdón de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,  
repitió también algunas  
trovas del famoso Mena,  
que pintan como locuras

las mundanas ambiciones:  
oró con fervor; en suma,  
fue un cristiano, un caballero,  
un hombre de fe y de alcurnia.

Entretanto el que parece  
ser el reo, a quien la dura  
sentencia estaba leída,  
y a quien la cuchilla aguda  
del verdugo amenazara,  
era el rey... ¡Mísero!, lucha,  
náufrago desventurado,  
en airado mar de angustias.

Ama a don Álvaro, mira  
su sentencia como injusta;  
de la reina y de los grandes  
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,  
y hasta su existencia juzga,  
y que, al morir el maestro,  
abrazadas irán juntas

el alma de aquel amigo

y el alma afligida suya.  
¡Grande mal es la flaqueza  
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,  
rasgando sus vestiduras,  
paseándose sin tino  
por la cámara, que alumbra  
una lámpara medrosa,  
que en el cortinaje abulta  
vagas sombras..., ¡infelice!,  
¡qué noche pasó!... Que ocupa  
ve un rincón de aquella sala,  
de pie con la boca muda,  
su físico Fernán Gómez;  
a él se va, las manos juntas,  
y suplicante le dice:  
«Si es que mi salud procuras,  
anda a ver al condestable  
así Dios te dé su ayuda.»

El bachiller respondióle:  
«Le debo mercedes muchas,  
perdone vueseñoría;  
no oso verle en tal angustia.»

Conmovido el rey, en llanto  
rompió y en voces confusas,  
que el alma a Gómez partieron,  
según dicen cartas suyas.

Entró al estruendo la reina  
en la cámara, cual una  
aparición, como maga  
que viene a doblar, astuta,  
los encantos y conjuros  
con que alto preso asegura,  
y con que la empresa afirma,  
de que pende su fortuna.

Calló el rey, quedó de mármol  
al verla; ella le pregunta:  
«¿Qué es esto?» Y oyendo, «Nada»,  
retirose muy adusta.

Largo rato el rey estuvo,  
cual ligado por la oculta  
fuerza del prestigio. Luego  
torna a más reñida pugna  
de afectos: la amistad vence,  
llama con voz resoluta  
a Solís, su maestresala,  
dícele: «Al momento busca  
»a Diego Estúñiga, y dile...»  
En su garganta se anuda  
la voz, porque entra la reina

otra vez... calla y trasuda.

La reina a Solís llevo,  
y el rey abrió con presura  
el balcón, cual si quisiese  
gozar del aura nocturna;  
y el trono, cetro y corona  
maldiciendo en voces mudas,  
ojos de lágrimas llenos  
clavó en la menguante luna.

#### IV

#### La plaza

Mediada está la mañana;  
ya el fatal momento llega,  
y don Álvaro de Luna  
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,  
y en Dios la esperanza puesta,  
sereno baja a la calle,  
donde la escolta le espera.

Cabalga sobre su mula,  
que adorna gualdrapa negra,  
y tan airoso cabalga,  
cual para batalla o fiesta.

Un sayo de paño negro,  
sin insignia ni venera,  
es su traje, y con el garbo  
que un manto triunfal, lo lleva;  
y sin toca ni birrete,  
ni otro adorno, descubierta,  
bien aliñado el cabello,  
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos  
se asen de las estriberas,  
y hombres de armas en buen orden  
le custodian y le cercan.

Así camina el maestro,  
con tal gallarda presencia  
y con tan sereno rostro,  
que impone a cuantos le encuentran.

Sus enemigos no osan

clavar la vista soberbia  
en él, como consternados  
ya de su venganza horrenda:

sus partidarios parecen  
decirle con mudas lenguas,  
que aun morirán por salvarle  
y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible  
por todas las calles reina,  
que o gran terror o despecho  
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente  
de cuando en cuando se quiebra  
con la voz del pregonero,  
que a los más valientes hiela,  
diciendo: «Esta es la justicia  
que facer el rey ordena  
a este usurpador tirano  
de su corona y su hacienda.»

Siempre que oye el condestable  
este vil pregón, aprieta  
la mano del padre Espina,  
que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba a la triste plaza,  
que ha pocos días le viera  
tan galán en el torneo,  
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso  
el cuadrado espacio llena;  
vese una masa compacta  
de rostros y de cabezas;

parece que el pavimento  
se ha elevado de la tierra,  
o que casas y palacios,  
su basa han hundido en ella.

Un callejón, que tapiados  
de hombres apiñados cierran,  
sirviéndole de linderos  
lanzas en vez de arboleda,

ofrece paso hasta donde  
lecho de muerte descuella,  
en mitad del gran gentío,  
que como la mar olea.

El reducido tablado  
enlutado con bayetas,  
una gran tumba parece  
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado  
un altar a la derecha,  
de terciopelo vestido;

y entre amarillas candelas,  
cuya luz el sol deslustra  
y arder el viento no deja,  
un crucifijo de plata  
en cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde  
colocado a la izquierda;  
cerca de él se ve una escarpia  
en un pilar de madera;  
y en medio, de firme, un tajo,  
delante una almohada negra,  
y un hacha, en cuya cuchilla  
los rayos del sol reflejan.

Al pie del cadalso, el reo  
de la alta mula se apea;  
fervoroso, el padre Espina  
con él sube y no le deja.

De pie, ya sobre el tablado  
tres personas se presentan  
a las medrosas miradas  
de la muchedumbre inmensa:  
el ministro de la muerte,  
el que lo es de vida eterna,  
y el que, dando al uno el cuerpo,  
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo  
de atreverse a tal alteza,  
necio terror da a su frente  
que cubre jalde montera.

El religioso, metido  
en su capucha, se queda  
de mármol, cruza los brazos,  
y con fervor mudo, reza.

El condestable, sereno,  
el pie al crucifijo besa,  
y luego tiende los ojos  
por la turba que le observa;  
y viendo junto al tablado  
en actitud lastimera  
a Morales, su escudero,  
hecho de lealtad emblema,  
le llama; de oro un anillo,  
que el sello de sellar era  
de su puridad las cartas,  
del pulgar quita, y le entrega,  
diciéndole: «Amigo, toma,

ya no conservo otra prenda.»  
Después atisbó a Barrasa,  
paje del príncipe, cerca,  
y así le habló en voz sonora:  
«Dile a tu dueño que vea  
de dar a los que le sirvan  
otra mejor recompensa.»  
Viendo el pilar y la escarpia,  
«¿Para qué?», pregunta. Tiembla  
el sayón, y le responde,  
hablar no osando, por señas.  
Y prosiguió el condestable  
con una sonrisa acerba:  
«Después de yo degollado,  
nada son cuerpo y cabeza.»  
Entonces el padre Espina,  
que piense sólo, le ruega,  
en Dios; y él: «Padre, es mi norte  
y mi esperanza», contesta.  
Se ajusta el traje, descubre  
la garganta, ve que llega  
el verdugo para atarle  
las manos con una cuerda,  
saca del seno una cinta  
labrada con oro y seda,  
y, «Átalas -le dice-, amigo,  
si es necesario, con esta.»  
De hinojos en la almohada  
se pone, el cuello presenta,  
el religioso le grita:  
«Dios te abre los brazos, vuela.»  
El hacha cae como un rayo,  
salta la insigne cabeza,  
se alza universal gemido,  
y tres campanadas suenan.

## El Alcázar de Sevilla

### I

Magnífico es el alcázar  
con que se ilustra Sevilla,

deliciosos sus jardines,  
su excelsa portada rica.

De maderos entallados  
en mil labores prolijas,  
se levanta el frontispicio  
de resaltadas cornisas;  
y hay en ellas un letrero  
donde, con letras antiguas,  
Don Pedro hizo estos palacios,  
esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones  
las modernas fruslerías;  
mal en sus soberbios patios  
gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,  
en la grata compañía  
de chistosos sevillanos  
y de sevillanas lindas,  
recorrí aquellos vergeles,  
en cuya entrada se miran  
gigantes de arrayán hechos  
con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos  
forman calles extendidas,  
y un obscuro laberinto  
que a los hurtos de amor brinda.

Hay en tierras surtidores  
escondidos; se improvisan,  
saltando entre los mosaicos  
de pintadas piedrecillas,  
y a los forasteros mojan,  
con algazara y con risa  
de los que, ya escarmentados,  
el chasco pesado evitan.

En las tardes del estío,  
cuando al ocaso declina  
el sol entre leves nubes,  
que de oro y grana matiza,  
aquel transparente cielo  
con ráfagas purpurinas,  
cortado por un celaje  
que el céfiro manso riza,  
aquella atmósfera ardiente  
en que fuego se respira,  
¡qué languidez dan al cuerpo!,  
¡qué temple al alma divina!

De los baños, tan famosos  
por quien los gozó, la vista,

la del soberbio edificio,  
obra gótica y morisca,  
tétrico en partes, en partes  
alegre, y en el que indican  
los dominios diferentes,  
ya reparos, ya ruinas,  
con recuerdos y memorias  
de las edades antiguas  
y de los modernos años,  
embargan la fantasía.

El azahar y los jazmines,  
que si los ojos hechizan,  
embalsaman el ambiente  
con los aromas que espiran;  
de las fuentes el murmurio,  
la lejana gritería  
que de la ciudad, del río,  
de la alameda contigua,  
de Triana y de la puente  
confusa llega y perdida,  
con el son de las campanas  
que en la alta Giralda vibran,  
forman un todo encantado,  
que nunca jamás se olvida,  
y que, al recordarlo, siempre  
mi alma y corazón palpitan.

Muchas deliciosas noches,  
cuando aún ardiente latía  
mi ya helado pecho, alegres,  
de concurrencia escogida,  
vi aquellos salones llenos,  
y a la juventud, cuadrillas  
o contradanzas bailando  
al son de orquestas festivas.

En las doradas techumbres  
los pasos, la charla y risas  
de las parejas gallardas,  
por amor tal vez unidas,  
con el son de los violines  
confundidos se extendían,  
acordes ecos hallando  
por las esmaltadas cimbrias.

Mas, ¡ay!, aquellos pensiles  
no he pisado un solo día,  
sin ver (¡sueños de mi mente!)  
la sombra de la Padilla,  
lanzando un hondo gemido,  
cruzar leve ante mi vista,

como un vapor, como un humo,  
que entre los árboles gira;  
ni entré en aquellos salones,  
sin figurárseme erguida,  
del fundador la fantasma  
en helada sangre tinta,  
ni en el vestíbulo obscuro,  
el que tiene en la cornisa  
de los reyes los retratos,  
el que en columnas estriba,  
al que adornan azulejos  
abajo, y esmalte arriba,  
el que muestra en cada muro  
un rico balcón, y encima  
el hondo artesón dorado,  
que lo corona y atrista,  
sin ver en tierra un cadáver.  
Aún en las losas se mira  
una tenaz mancha oscura...  
¡Ni las edades la limpian!...  
¡Sangre! ¡sangre!... ¡Oh cielos, cuántos  
sin saber lo que es la pisan!

## II

Quinientos años más joven  
era el magnífico alcázar,  
aún lustrosas sus paredes,  
su alto almenaje sin faltas,  
y lucientes los esmaltes  
de las techumbres doradas,  
mansión del rey de Castilla  
orgullosa se ostentaba,  
cuando del mayo florido  
una apacible mañana,  
en aquel salón que tiene  
los balcones a la plaza,  
dos ilustres personajes  
en grande silencio estaban:  
un caballero era el uno,  
el otro una hermosa dama.

Rica berberisca alfombra,  
del rey moro de Granada  
don o tributo, cubría

las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda  
con listas y flores varias  
matizado en el Oriente  
que galeras venecianas  
(tal vez de su dux regalo)  
trajeron a nuestra España,  
del abierto balconaje  
el radiante sol templaba.

En el testero de enfrente,  
de maderas cinceladas,  
un rico oratorio había  
con embutidos de nácar,  
y en él la imagen devota  
de la Virgen soberana,  
escultura harto mezquina,  
mas no de atractivos falta,  
de la cual era el adorno  
una corona de plata,  
reverberando en su cerco  
amatistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso  
con las oraciones santas,  
ornatos de miniatura,  
y de oro y marfil las tapas,  
colocado se veía  
sobre un atril, que formaban  
de un ángel mal esculpido,  
aunque con primor, las alas;  
y de brocado de oro  
en el suelo una almohada,  
mostrando, por medio hundida,  
de dos rodillas la marca.

En los muros blanqueados  
con cal de Morón, de caza  
pendían varios trofeos,  
banderas y limpias armas,  
y en una mesa o bufete,  
puesta en medio de la estancia,  
con un tapete cubierta,  
cuyos picos arrastraban,  
templado laúd había,  
un rico juego de tablas,  
búcaros llenos de flores,  
y un cofre de filigrana.

De un balcón sentose cerca,  
muy pensativa, la dama,  
en un gran sillón dorado,  
cuyo respaldo formaba  
un dosel o guardapolvo

en una curva gallarda,  
de castillos, de leones  
y de corona adornada.

Vistoso brial de seda  
verde, y con labores varias  
de sirgo y perlas, y en torno  
de oro recamos y franjas,  
era su traje; una toca  
muy más que la nieve blanca,  
y un claro cendal, cubrían  
sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro  
y divina su garganta,  
pero del color de cera,  
que miedo y penas retrata;

dos soles eran sus ojos  
bajo las luengas pestañas,  
donde dos perlas preciosas,  
prontas a correr, brillaban.

Era una fresca azucena,  
a quien cruda muerte amaga,  
porque un corroedor gusano  
ya su hondo cáliz desgarró.

Ora un blanco pañizuelo,  
con puntas bordado y randas,  
revolvía con las manos  
convulsas y deslustradas;

ora absorta y distraída,  
agitaba en torno el aura  
con un precioso abanico  
de ricas plumas de Arabia.

Delgado era el caballero,  
de estatura no muy alta,  
vivaces ojos, la boca  
inquieta, roja la barba,

pálido y enjuto el rostro,  
nariz corva y afilada,  
noble su porte, y siniestras  
y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto,  
de oro bordado y con chapas,  
y una gorra en la cabeza  
puesta de lado con gracia,

de largo a largo medía  
con pasos lentos la estancia,  
y pasiones diferentes  
su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía,  
arrojando fieras llamas  
por los encendidos ojos,

hechos del infierno brasas;

luego extendían los labios  
sonrisa feroz y amarga,  
o en las doradas techumbres  
fijaba atroces miradas,

bien apresurado el curso  
de pie a cabeza temblaba,  
bien repuesto, proseguía  
su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero,  
ya tranquilo, ya con rabia,  
revolverse a todos lados  
dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra,  
no se oían sus pisadas,  
pero sordas le crujían,  
siempre que se meneaba,

canillas y choquezuelas.  
Diz que el cielo (¡cosa rara!)  
de igual rumor ha dotado,  
allá en tierras muy lejanas,

para que la evite el hombre,  
a una serpiente que llaman  
de cascabel, y que al punto  
que se acerca, pica y mata.

Doña María Padilla  
era la llorosa dama,  
y el callado caballero  
el rey don Pedro de España.

### III

Cual de solitaria torre  
en torno están revolando  
fieras aves de rapiña,  
cuando el sol baja al ocaso,  
así en torno de don Pedro  
vuelan pensamientos varios,  
cuyas sombras ofuscaban  
de su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente  
el poder de sus hermanos,  
a los que mató la madre,  
y a quienes llama bastardos;  
ya de los grandes inquietos  
la insolencia y desacato,

o la mengua del tesoro  
sin medios de repararlo;  
ya la linda doña Aldonza,  
a quien tiene a buen recaudo;  
o las sangrientas fantasmas  
de inocentes que ha matado;  
ya una proyectada empresa  
rompiendo la fe de un pacto  
contra el oro granadino;  
o una traición o un engaño.

Mas como las mismas aves  
se van escondiendo al cabo,  
entre las almenas rotas  
del castillo solitario,  
y solo constante queda,  
en torno de él volteando,  
la más voraz, la más fuerte,  
la que no admite descanso,  
así aquel tropel confuso  
de pensamientos extraños  
en que se encontró don Pedro  
envuelto pequeño rato,  
en su pecho y su cabeza  
fueron nidos encontrando,  
y quedó despierta y viva,  
dándole gran sobresalto,  
la imagen de don Fadrique,  
el mejor de sus hermanos,  
norma de los caballeros  
y maestro de Santiago.

Del rey de Aragón acaba  
don Fadrique el esforzado  
de conquistar a Jumilla,  
con noble denuedo y brazo;  
deja, en lugar de las barras,  
los castillos tremolando,  
y viene a entregar las llaves  
a su rey, señor y hermano.

Sabe el rey que no es rebelde,  
que es su amigo y partidario,  
y más que a Tello y a Enrique  
lo está embravecido odiando.

Don Fadrique fue el que tuvo  
de venir a Francia encargo  
por la reina doña Blanca;  
mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo...  
Y un rumor corrió entre tanto

de aquellos que son ponzoña,  
ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina,  
y en una torre pagando  
las tardanzas del viaje,  
las hablillas de palacio;  
y el cuello de don Fadrique  
está en los hombros intacto,  
porque tiene gran valía,  
poder mucho y nombre claro.

Mas ¡ay de él!... Es de las damas  
el ídolo por su trato,  
por su gallarda presencia  
y por su esfuerzo bizarro;  
y si no da sombra al trono,  
porque es fiel, da, ¡mal pecado!,  
al corazón duros celos;  
y esto es peor, si aquello es malo.

Doña María Padilla,  
cuyo entendimiento claro  
del regio amante penetra  
los más ocultos arcanos,  
y en quien la bondad del alma  
sobrepaja a los encantos  
de su peregrino rostro  
y de su cuerpo gallardo,  
vive víctima infelice  
de continuo sobresalto,  
porque al rey ama, y le mira  
a mal fin tender el paso.

Conoce que sobre sangre,  
persecuciones y llantos  
no está nunca firme un trono,  
nunca seguro un palacio,  
y tiene dos tiernas niñas  
que con otro padre acaso,  
aunque ilegítimo fruto,  
pudieran todo esperarlo.

Ve en el insigne Fadrique  
un apoyo, un partidario;  
sabe que llega a Sevilla,  
y a voces le está indicando  
de su fiero amante el rostro,  
que viene en momento aciago;  
y por aquietar sospechas,  
o darles punto más alto,  
al fin, rompiendo el silencio,  
aunque con trémulos labios,  
osó hablar, y estas palabras  
entre los dos se mezclaron:

«¿Conque hoy llegará triunfante  
don Fadrique, vuestro hermano?»  
«Y por cierto que ya tarda  
en llegar aquí el bastardo.»  
«Bien os sirve!...» «Sí; en Jumilla  
como un héroe se ha portado.»  
«De su lealtad os da prueba;  
es muy valiente.» «Lo es harto.»  
«Ya estaréis, señor, seguro  
de su pecho noble y franco.»  
«Aún más lo estaré mañana.»  
Enmudecieron entrambos.

#### IV

Grande rumor se alza y cunde  
de armas, caballos y pueblo  
de Sevilla por las calles,  
al maestre recibiendo.

Suenan los vivas, unidos  
con los retumbantes ecos,  
que en la altísima Giralda  
esparce el bronce hasta el cielo.

Vase acercando la turba,  
pero se la escucha menos;  
ya a la plaza de palacio  
llega, y párase en silencio;  
que la vista del alcázar  
gozaba del privilegio  
de apagar todo entusiasmo,  
de convertir todo en miedo.

Quedó, pues, mudo el gentío,  
falto de acción y de aliento,  
para pisar la gran plaza  
con un mágico respeto;  
y el maestre de Santiago,  
con algunos caballeros  
de su Orden, entra, seguido  
de corto acompañamiento.

Dirígese hacia la puerta,  
como aquel que va derecho  
a encontrar de un buen hermano  
el alma y brazos abiertos,  
o como noble caudillo,  
que por sus gloriosos hechos  
de un rey a recibir llega

los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano,  
que espuma respira y fuego,  
y a quien contiene la brida  
si ensorbece el arreo,  
muéstrase el noble Fadrique  
con el blanco manto suelto,  
en que el collar y cruz roja  
van su dignidad diciendo;  
y una toca de velludo  
carmesí, lleva, do el viento  
agita un blanco penacho  
con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte  
el iracundo don Pedro,  
en cuanto entrar en la plaza  
vio al hermano desde lejos,  
como si de mármol fuera  
quedó del salón en medio,  
y en sus furibundos ojos  
ardió un relámpago horrendo;  
pero pronto en sí tornando,  
saliose del aposento,  
cual si del huésped quisiera  
buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda  
le vio la Padilla, lleno  
el corazón de amargura  
y de llanto el rostro bello,  
álzase y sale turbada  
del balcón al antepecho,  
al gallardo maestre indica,  
con actitudes y gesto,  
que llega en mal hora, y mueve  
por el aire el pañizuelo,  
diciéndole en mudas señas  
que se ponga en salvo luego.

Nada comprende Fadrique,  
y por saludos teniendo  
los avisos, corresponde  
cual galán y cual discreto.

Y a la ancha portada llega,  
do guardias y ballesteros  
le dejan el paso libre,  
mas no entrada a su cortejo.

Si no conoció las señas  
de la Padilla, don Pedro  
las conoció, pues parose

aun indeciso y suspenso  
de la cámara en la puerta  
un breve instante, y volviendo  
los ojos vio que la dama  
agitaba el blanco lienzo.  
¡Oh Dios! ¿Fue esta acción tan noble,  
de tan puro y santo intento,  
la que llamó a los verdugos,  
y la que firmó el decreto?

Apenas puso el maestro,  
de dos solos escuderos  
seguido, el pie, confiado,  
en el vestíbulo regio,  
donde varios hombres de armas,  
vestidos de doble hierro,  
paseándose guardaban  
de la escalera el ingreso,  
cuando a uno de los balcones,  
como aparición de infierno,  
el rey se asoma gritando:  
«Matad al maestro, maceros.»  
Siguió como en la tormenta  
el súbito rayo al trueno,  
y seis reformidas mazas  
sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,  
pero en el tabardo envuelto  
halló el puño, y fue imposible  
desenredarlo tan presto.

Cayó en tierra, un mar de sangre  
del roto cráneo vertiendo,  
y lanzando un alarido  
que llegó, sin duda, al cielo.

Voló al instante la nueva  
de tan horrible suceso;  
apelaron a la fuga  
los frailes y caballeros;

huyó a esconderse en sus casas,  
temblando de horror, el pueblo,  
y del alcázar quedaron  
los alrededores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece  
al tigre con tanto extremo,  
que prosigue los destrozos,  
aunque ya esté satisfecho  
su vientre, porque se goza

en teñir de rojo el suelo.  
Sin duda al rey de Castilla  
le sucedía lo mismo.

En cuanto vio a don Fadrique  
desplomarse en tierra yerto,  
corrió por palacio todo  
buscando a sus escuderos,  
que, trémulos y amarillos,  
de aposento en aposento,  
huyen, sin hallar amparo,  
corren, sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse  
o esconderse el uno de ellos;  
Sancho Villegas, el otro,  
no fue tan feliz o diestro.

Viendo que el rey le persigue,  
entrose de espanto muerto,  
donde estaba la Padilla  
desmayada y en su lecho,  
asistida por sus damas  
que están temblando de miedo,  
y con sus niñas al lado,  
ángeles en alma y cuerpo.

Mirando allí el infelice  
aun perseguirle el espectro,  
que en asilos no repara,  
coge en sus brazos de presto  
a doña Beatriz, que apenas  
cuenta seis años completos,  
hija por quien el rey tiene  
el más cariñoso extremo.

Pero, ¡ay!, de nada le sirve...  
En vano allá en el desierto  
con la cruz santa se abraza  
el peregrino, si recio  
brama el Sur, si arde el espacio,  
si olas de arena, creciendo  
mar espantoso, confunden  
la baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos,  
y de rodillas, el pecho  
traspasole furibunda  
la daga del rey don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio  
nada ocurrido de nuevo,  
se asentó el rey a la mesa,  
como acostumbra, comiendo.

Jugó enseguida a las tablas,  
salió después a paseo,  
fue a ver armar las galeras

que han de ir a Vizcaya luego;  
y en cuanto cubrió la noche  
con su manto el hemisferio,  
entró en la Torre del Oro,  
donde tiene en un encierro  
a la linda doña Aldonza,  
a la cual del monasterio  
de Santa Clara ha sacado,  
y a la que idolatra ciego.

Fue un rato a hablar en seguida  
con Leví, su tesorero,  
en quien tiene su privanza  
aunque es un infame hebreo,  
y muy tarde retirese  
sin más acompañamiento  
que un moro, su favorito,  
hombre bajo, por supuesto.

Entró en el tranquilo alcázar,  
llegó al vestíbulo excelso,  
y en él parose un instante,  
la vista en torno moviendo.

Una lámpara pendiente  
del artesonado techo  
en derredor derramaba  
ya sombras, y ya reflejos.

Entre las tersas columnas  
dos hombres de armas, dos negros  
bultos paseaban solos,  
vigilantes y en silencio;  
y en tierra aún tendido estaba,  
de un lago de sangre en medio,  
el maestre don Fadrique  
en su roto manto envuelto.

Se acercó el rey, contemple  
con atención un momento,  
y notando que no estaba  
del todo su hermano muerto,  
pues aún respiraba acaso  
palpitante el hondo pecho,  
le dio con el pie un empuje  
que hizo estremecer el cuerpo;  
desnudó la aguda daga,  
al moro la dio, diciendo:  
«Acábalo», y, sosegado,  
subió y entregose al sueño.

Una antigualla de Sevilla  
Al Excmo. Sr. don Manuel Cepero.

# I

## El candil

Más ha de quinientos años,  
en una torcida calle,  
que de Sevilla en el centro,  
da paso a otras principales,  
cerca de la media noche,  
cuando la ciudad más grande  
es de un grande cementerio  
en silencio y paz imagen,  
de dos desnudas espadas  
que trababan un combate,  
turbó el repentino encuentro  
las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros  
sonó por breves instantes,  
lanzando azules centellas,  
meteoro de desastres.

Y al gemido: «¡Dios me valga!  
¡Muerto soy!», y al golpe grave  
de un cuerpo que a tierra vino,  
el silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla  
de un pobre casuco abren;  
y de tendones y huesos,  
sin jugo, como sin carne,  
una mano y brazo asoman,  
que sostienen por el aire  
un candil, cuyos destellos  
dan luz súbita a la calle.

En pos un rostro aparece  
de gomia o bruja espantable,  
a que otra marchita mano  
o cubre o da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte  
que salía a apoderarse  
de aquella víctima humana

que acababan de inmolarle,  
o de la eterna justicia,  
de cuyas miradas nadie  
consigue ocultar un crimen,  
el testigo formidable,  
pues a la llama mezquina,  
con el ambiente ondeante,  
que dando luz roja al muro  
dibujaba desiguales  
los tejados y azoteas  
sobre el oscuro celaje,  
dando fantásticas formas  
a esquinas y bocacalles,  
se vio en medio del arroyo,  
cubierto de lodo y sangre,  
el negro bulto tendido  
de un traspasado cadáver.  
Y de pie a su frente un hombre,  
vestido negro ropaje,  
con una espada en la mano,  
roja hasta los gabilanes.  
El cual en el mismo punto,  
sorprendido de encontrarse  
bañado de luz, esconde  
la faz en su embozo, y parte,  
aunque no como el culpado  
que se fuga por salvarse,  
sino como el que inocente  
mueve tranquilo el pie y grave.

Al andar, sus choquezuelas  
forman ruido notable,  
como el que forman los dados  
al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia  
en la escena lamentable,  
mas de tan mágico efecto,  
y de un influjo tan grande  
en la vieja, que asomaba  
el rostro y luz a la calle,  
que, cual si oyera el silbido  
de venenosa ceraste,

o crujir las negras alas  
del precipitado Arcángel,  
grita en espantoso aullido,  
«¡Virgen de los Reyes, valme!»

Suelta el candil, que en las piedras  
se apaga y aceite esparce,  
y cerrando la ventana

de un golpe, que la deshace,  
bajo su mísero lecho  
corre a tientas a ocultarse  
tan acongojada y yerta,  
que apenas sus pulsos laten.

Por sorda y ciega haber sido  
aquellos breves instantes,  
la mitad diera gustosa  
de sus días miserables,  
y hubiera dado los días  
de amor y dulces afanes  
de su juventud, y dado  
las caricias de sus padres,  
los encantos de la cuna,  
y... en fin, hasta lo que nadie  
enajena, la esperanza,  
bien solo de los mortales:

pues lo que ha visto la abruma,  
y la aterra lo que sabe,  
que hay vistas que son peligros,  
y aciertos que muerte valen.

## II

### El juez

Las cuatro esferas doradas,  
que ensartadas en un perno,  
obra colosal de moros  
con resaltos y letreros,  
de la torre de Sevilla  
eran remate soberbio,  
do el gallardo Giraldillo  
hoy marca el mudable viento  
(esferas que pocos años  
después derrumbó en el suelo  
un terremoto), brillaban  
del sol matutino al fuego.

Cuando en una sala estrecha  
del antiguo alcázar regio,  
que entonces reedificaban  
tal cual hoy mismo lo vemos,  
en un sillón de respaldo

sentado está el rey don Pedro,  
joven de gallardo talle,  
mas de semblante severo.

A reverente distancia,  
una rodilla en el suelo,  
vestido de negra toga,  
blanca barba, albo cabello,  
y con la vara de alcalde  
rendida al poder supremo,  
Martín Fernández Cerón  
era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos  
recogió el dorado techo,  
y la tradición guardolas  
para que hoy suenen de nuevo:

«REY

-¿Conque en medio de Sevilla  
amaneció un hombre muerto,  
y no venís a decirme  
que está ya el matador preso?

»ALCALDE

-Señor, desde antes del alba,  
en que el cadáver sangriento  
recogí, varias pesquisas  
inútilmente se han hecho.

»REY

-Más pronta justicia, alcalde,  
ha de haber donde yo reino,  
y a sus vigilantes ojos  
nada ha de estar encubierto.

»ALCALDE

-Tal vez, señor, los judíos,  
tal vez los moros, sospecho...

»REY

-¿Y os vais tras de las sospechas  
cuando hay un testigo, y bueno?  
»¿No me habéis, alcalde, dicho,  
que un candil se halló en el suelo  
cerca del cadáver?... Basta,  
que el candil os diga el reo.

»ALCALDE

-Un candil no tiene lengua.

»REY

-Pero tiénela su dueño,  
y a moverla se le obliga  
con las cuerdas del tormento.  
»Y, ¡vive Dios, que esta noche  
ha de estar en aquel puesto,  
o vuestra cabeza, alcalde,  
o la cabeza del reo.»

El rey, temblando de ira,  
del sillón se alzó de presto,  
y el juez alzose de tierra  
temblando también de miedo.

Y haciendo una reverencia,  
y otra después, y otra luego,  
saliose a ahorcar a Sevilla,  
para salvarse, resuelto.

Síguele el rey con los ojos,  
que estuvieran en su puesto  
de un basilisco en la frente,  
según eran de siniestros;

y de satánica risa,  
dando la expresión al gesto,  
salió detrás del alcalde  
a pasos largos y lentos.

Por el corredor estuvo  
en las alcándaras, viendo  
azores y gerifaltes,  
y dándoles agua y cebo.

Y con uno sobre el puño  
salió a dirigir él mismo  
las obras de aquel palacio,  
en que muestra gran empeño.

Y vio poner las portadas  
de cincelados maderos,  
y él mismo dictó las letras  
que aún hoy notamos en ellos.

Después habló largo rato,  
a solas y con secreto,  
a un su privado, Juan Diente,  
diestrísimo balletero,

señalándole un retrato,  
busto de piedra mal hecho,  
que con corta semejanza  
labró un peregrino griego.

Fue a Triana, vio las naves  
y marítimos aprestos;  
de Santa Ana entró en la iglesia  
y oró brevísimo tiempo;

comió en la Torre del Oro,  
a las tablas jugó luego  
con Martín Gil de Albuquerque;  
a caballo dio un paseo.

Y cuando el sol descendía,  
dejando esmaltado el cielo  
de rosa, morado y oro,  
con nubes de grana y fuego,

tornó al alcázar, vistiose  
sayo pardo, manto negro,  
tomó un birrete sin plumas  
y un estoque de Toledo,

y bajando a los jardines  
por un postigo secreto,  
do Juan Diente le esperaba  
entre murtas encubierto,

salió solo, y esto dijo  
con recato al balletero:  
«Antes de la media noche  
todo esté cual dicho tengo.»

Cerró el postigo por fuera,  
y en el laberinto ciego  
de las calles de Sevilla  
desapareció entre el pueblo.

## La cabeza

Al tiempo que en el ocaso  
su eterna llama sepulta  
el sol, y tierras y cielos  
con negras sombras se enlutan,  
de la cárcel de Sevilla,  
en una bóveda oscura,  
que una lámpara de cobre  
más bien asombra que alumbra,  
pasaba una extraña escena,  
de aquellas que nos angustian,  
si en horrenda pesadilla  
el sueño nos las dibuja.

Pues no asemejaba cosa  
de este mundo, aunque se usan  
en él cosas harto horrendas,  
de que he presenciado muchas,  
sino cosa del infierno,  
funesta y maligna junta  
de espectros y de vampiros,  
festín horrible de furias.

En un sillón, sobre gradas,  
se ve en negras vestiduras  
al buen alcalde Cerón,  
ceño grave, faz adusta.

A su lado, en un bufete,  
que más parece una tumba,  
prepara un viejo notario  
sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio,  
de tablas con sangre sucias,  
se ve un lecho, y sus cortinas  
son cuerdas, garfios, garruchas.

En torno de él, dos verdugos  
de imbécil facha y robusta,  
de un saco de cuero aprestan  
hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina,  
pues solamente se escucha  
el chispeo de la llama  
en la lámpara que ahúma

la bóveda, y de los hierros  
que los verdugos rebuscan,  
el metálico sonido  
con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde  
la voz sepulcral retumba  
diciendo: «Venga el testigo  
que ha de sufrir la tortura.»

Se abrió al instante una puerta,  
por la que sale confusa  
algazara, ayes profundos  
y gemidos que espeluznan.

Y luego entre los sayones,  
esbirros y vil gentuza,  
de ademanes descompuestos  
y de feroz catadura,

una vieja miserable,  
de ropa y carne desnuda,  
como un cuerpo que las hienas  
sacan de la sepultura,

pues solo se ve que vive  
porque flacamente lucha  
con desmayados esfuerzos,  
porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones;  
la confortan y la ayudan  
dos religiosos franciscos,  
caladas sendas capuchas,  
y la algazara y estruendo,  
con que satánica turba  
lleva un precito a las llamas,  
por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio  
también entra en la confusa  
escena, y sin ser notado  
tras de un pilarón se oculta.

«Ven -grita un toscó verdugo  
con una risada aguda-,  
ven a casarte conmigo,  
hecha está la cama, bruja.»

Otro, asiéndole los brazos  
con una mano más dura  
que unas tenazas, le dice:  
«No volarás hoy a oscuras.»

Y otro, atándole las piernas:  
«¿Y el bote con que te untas...?  
Sobre la escoba a caballo  
no has de hacer más de las tuyas.»

Estos chistes semejaban  
los aullidos con que aguzan

la hambre los lobos, al grito  
de los cuervos que barruntan  
los ya corrompidos restos  
de una víctima insepulta;  
la mofa con que los cafres  
a su prisionero insultan.

Tienden en el triste lecho,  
ya casi casi difunta  
a la infelice; la enlazan  
con ásperas ligaduras,  
y de hierro un aparato  
a su diestra mano ajustan,  
que al impulso más pequeño  
martirio espantoso anuncia.

Dice un sayón al alcalde:  
«Ya está en jaula la lechuza,  
y si aun a cantar se niega,  
yo haré que cante o que cruja.»

Silencio el alcalde impone;  
quédase todo en profunda  
quietud, y solo gemidos  
casi apagados se escuchan.

«Mujer -prorrumpe Cerón-,  
mujer, si vivir procuras,  
declárame cuanto viste  
y te dará Dios ayuda.»

«Nada vi, nada -responde  
la infeliz-: por Santa Justa  
juro que estaba durmiendo;  
no vi ni oí cosa alguna.»

Replicó el juez: «¡Desdichada,  
piensa, piensa lo que juras.»

Y tomando de las manos  
del notario que le ayuda  
un candil: «Mira -prosigue-  
esta prenda que te acusa.  
Di quién la tiró a la calle,  
pues confesaste ser tuya.»

La mísera se estremece,  
trémula toda y convulsa,  
y respondió desmayada:  
«El demonio fue sin duda.»

Y tras de una breve pausa:  
«Soy ciega, soy sorda y muda.  
Matadme, pues; lo repito,  
ni vi ni oí cosa alguna.»

El juez, entonces de mármol,  
con la vara al lecho apunta,

ase una cuerda un verdugo,  
rechina allá una garrucha,  
la mano de la infelice  
se disloca y descoyunta,  
y al chasquido de los huesos  
un alarido se junta.

«Piedad, que voy a decirlo»,  
grita con voz moribunda  
la víctima, y al momento  
suspéndese la tortura.

«Declara», el juez dice; y ella,  
cobrando un vigor que asusta,  
prorrumpe: «El rey fue...» Y su lengua  
en la garganta se anuda.

Juez, escribanos, verdugos,  
todos con la faz difunta,  
oyen tal nombre temblando,  
y queda la estancia muda.

En esto, el desconocido,  
que tras del pilar se oculta,  
hacia el potro del tormento  
el firme paso apresura,

haciendo sus choquezuelas,  
canillas y coyunturas  
el rüido que los dados  
cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce  
la infeliz, y se espeluzna,  
y repite: «El rey; sus huesos  
así sonaron, no hay duda.»

Al punto se desemboza  
y la faz descubre adusta,  
y los ojos como brasas  
aquel personaje, a cuya  
presencia hincan la rodilla  
cuantos la bóveda ocupan,  
pues al rey don Pedro todos  
conocen, y se atribulan.

Este saca de su seno  
una bolsa, do relumbran  
cien monedas de oro, y dice:  
«Toma y socórrete, bruja.

»Has dicho verdad, y sabe  
que el que a la justicia oculta  
la verdad es reo de muerte  
y cómplice de la culpa.

»Pero, pues tú la dijiste,  
ve en paz; el cielo te escuda.  
Yo soy, sí, quien mató al hombre,  
mas Dios solo a mí me juzga.

»Pero porque satisfecha  
quede la justicia augusta,  
ya la cabeza del reo  
allí escarmientos pronuncia.»

Y era así; ya colocada  
estaba la imagen suya  
en la esquina do la muerte  
dio a un hombre su espada aguda.

DEL CANDILEJO la calle  
desde entonces se intitula,  
y el busto del rey don Pedro  
aún está allí y nos asusta.

## El fratricidio

### I

#### El español y el francés

«Mosén Beltrán, si sois noble  
doleos de mi Señor,  
y deba corona y vida  
a un caballero cual vos.

»Ponedlo en cobro esta noche,  
así el cielo os dé favor;  
salvad a un rey desdichado  
que una batalla perdió.

»Yo con la mano en mi espada  
y la mente puesta en Dios,  
en su real nombre os ofrezco,  
y ved que os la ofrezco yo,

»en perpetuo señorío  
la cumplida donación  
de Soria y de Monteagudo,  
de Almansa, Atienza y Serón.

»Y a más doscientas mil doblas  
de oro, de ley superior,  
con el cuño de Castilla,  
con el sello de León,

»para que paguéis la hueste  
de allende que está con vos,  
y con que fundéis estado  
donde más os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro  
que es legítimo, otro no;  
coronad vuestras proezas  
con tan generosa acción.»

Así cuando en Occidente,  
tras siniestro nubarrón,  
un anochecer de marzo  
su lumbre ocultaba el sol,

al pie del triste castillo  
de Montiel, donde el pendón  
vencido del rey don Pedro,  
aún daba a España pavor,

Men Rodríguez de Sanabria  
con Beltrán Claquín hablo,  
y este le dio por respuesta  
con francesa lengua y voz:

«Castellano caballero,  
pues hidalgo os hizo Dios,  
considerad que vasallo  
del rey de Francia soy yo,

»y que de él es enemigo  
don Pedro vuestro señor,  
pues en liga con ingleses  
le mueve guerra feroz.

»Considerad que sirviendo  
al infante Enrique estoy,  
que le juré pleitesía,  
que gajes me da y ración.

»Mas ya que por caballero  
venís a buscarme vos,  
consultaré con los míos  
si os puedo servir o no.

»Y como ellos me aconsejen  
que dé a don Pedro favor,  
y que sin menguar mi honra  
puedo guarecerle yo,

»en siendo la medianoche  
pondré un luciente farol  
delante de la mi tienda  
y encima de mi pendón.

»Si lo veis, luego veníos  
vuestro rey don Pedro y vos  
en sendos caballos, solos,  
sin armas y sin temor.»

Dijo el francés, y a su campo  
sin despedirse tornó,  
y en silencio hacia el castillo  
retirose el español.

## II

### El castillo

Inútil montón de piedras,  
de años y hazañas sepulcro,  
que viandantes y pastores  
miran de noche con susto,  
    cuando en tus almenas rotas  
grita el cárabo nocturno,  
y recuerda las consejas  
que de ti repite el vulgo;  
    escombros que han perdonado,  
para escarmiento del mundo,  
la guadaña de los siglos,  
el rayo del cielo justo;  
    esqueleto de un gigante,  
peso de un collado inculto,  
cadáver de un delincuente  
de quien fue el tiempo verdugo;  
    nido de aves de rapiña,  
y de reptiles inmundos  
vivar, y en que eres lo mismo  
de lo que eras ha cien lustros;  
    pregonero que publicas  
elocuente, aunque tan mudo,  
que siempre han sido los hombres  
miseria, opresión, orgullo;  
    de Montiel viejo castillo,  
montón de piedras y musgo,  
donde en vez de centinelas  
gritan los siniestros búhos,  
    ¡cuán distinto te contemplo  
de lo que estabas robusto,  
la noche aquella que fuiste  
del rey don Pedro refugio!

Era una noche de marzo,  
de un marzo invernal y crudo,  
en que con negras tinieblas  
se viste el orbe de luto.

El castillo, cuya torre  
del homenaje el obscuro  
cielo taladraba altiva,  
formaba de un monte el bulto.

Sobre su almenada frente,  
por el espacio confuso,  
pesadas nubes rodaban  
del huracán al impulso.

Del huracán, que silbando  
azotaba el recio muro  
con espesa lluvia a veces,  
y con granizo menudo;

y a veces rasgando el toldo  
de nubarrones adustos,  
dos o tres rojas estrellas,  
ojos del cielo sañudos,

descubría amenazantes  
sobre el edificio rudo  
y sobre el vecino campo,  
del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,  
como cercan a un difunto  
las amarillas candelas,  
fogatas de triste anuncio,

pues eran del enemigo  
vencedor, y que sañudo  
el asalto preparaba  
codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza  
no aspecto de menos susto  
el interior presentaba,  
último amparo y recurso  
de un ejército vencido,  
desalentado, confuso;  
de hambre y sed atormentado,  
y de despecho convulso.

En medio del patio ardía  
una gran lumbrada, a cuyo  
resplandor de infierno, en torno  
varios extáticos grupos

apiñados se veían,  
en lo interno de los muros  
altas sombras proyectando  
de fantásticos dibujos.

Gente era del rey don Pedro,  
y se mostraban los unos  
de hierro y sayo vestidos,  
los otros medio desnudos.

Allí de horrendas heridas,  
dando tristes ayes, muchos  
la sangre se restañaban  
con lienzos rotos y sucios.

Otros cantaban a un lado  
mil cánticos disolutos,  
y fanfarronas blasfemias  
lanzaba su labio inmundo.

Allá de una res asada  
los restos fríos y crudos  
se disputaban feroces,  
esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros  
y desastrosos anuncios,  
que escuchaban los cobardes  
pasmados y taciturnos.

Ni los nobles caballeros  
hallan respeto ninguno,  
ni el orden y disciplina  
restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda,  
nadie vigila en los muros,  
todo es peligro y desorden,  
todo confusión y susto.

Los relinchos de caballos,  
los ayes de moribundos,  
las carcajadas, las voces,  
las blasfemias, los insultos,

el crujido de las armas,  
los varios trajes, los duros  
rostros, formaban un todo  
tan horrendo y tan confuso,

alumbrado por la llamas,  
o escondido por el humo,  
que semejava una escena  
del infierno y no del mundo.

El rey don Pedro, entre tanto,  
separado de los suyos,  
en una segura cuadra  
se entregó al sueño profundo.

Mientras en un alta torre,  
despreciando los impulsos  
del huracán y la lluvia,  
de lealtad noble trasunto,

Men Rodríguez de Sanabria  
no separaba ni un punto,  
del lado donde sus tiendas  
la francesa gente puso,  
los ojos y el pensamiento,  
ansiendo anhelante y mudo  
ver la señal concertada,  
astro de benigno influjo,  
norte que de sus esfuerzos  
pueda dirigir el rumbo,  
por donde su rey consiga  
de salud puerto seguro.

### III

#### El dormido

Anuncia ya medianoche  
la campana de la vela,  
cuando un farol aparece  
de Claquín ante la tienda.  
Y no mísero piloto  
que sobre escollos navega,  
perdido el rumbo y el norte  
en noche espantosa y negra,  
ve al doblar un alta roca  
del faro amigo la estrella,  
indicándole el abrigo  
de seguro puerto cerca,  
con más placer, que Sanabria  
la luz que el alma le llena  
de consuelo, y que anhelante  
esperó entre las almenas.  
Latiéndole el noble pecho  
desciende súbito de ellas,  
y ciego bulto entre sombras  
el corredor atraviesa.

Sin detenerse un instante  
hasta la cámara llega  
do el rey don Pedro descanso  
buscó por la vez postrera.

Solo Sanabria la llave  
tiene de la estancia regia,  
que a noble de tanta estima  
solamente el rey la entrega.

Cuidando de no hacer ruido  
abre la férrea puerta,  
y al penetrar sus umbrales  
súbito espanto le hiela.

No de aquel respeto propio  
de vasallo, que se acerca  
a postrarse reverente  
de su rey en la presencia;  
no aquel que agobiaba a todos  
los hombres de aquella era,  
al hallarse de improviso  
con el rey don Pedro cerca,  
sino de más alto origen,  
cual si en la cámara hubiera  
una cosa inexplicable,  
sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda  
falsa luz recibe apenas  
por las azuladas llamas  
de una lumbre casi muerta.

Y los altos pilares,  
y las sombras que proyectan  
en pavimento y paredes,  
y el humo leve que vuela  
por la bóveda y los lazos  
y los mascarones de ella,  
y las armas y estandartes  
que pendientes la rodean,  
todo parece movable,  
todo de formas siniestras,  
a los trémulos respiros  
de la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria  
al entrar en tal escena  
se siente desfallecido,  
y sus duros miembros tiemblan,  
advirtiéndole que don Pedro,  
no en su lecho, sino en tierra,  
yace tendido y convulso,  
pues se mueve y se revuelca,  
con el estoque empuñado,  
medio de la vaina fuera,  
con las ropas desgarradas,  
y que solloza y se queja.

Quiere ir a darle socorro...  
Mas, ¡ay!..., ¡en vano lo intenta!  
En un mármol convertido  
quédase clavado en tierra,  
oyendo al rey balbuciente,  
so la infernal influencia  
de ahogadora pesadilla,  
prorrumpir de esta manera:

«Doña Leonor..., ¡vil madrastra!  
Quita, quita..., que me aprietas  
el corazón con tus manos  
de hierro encendido..., espera.  
»Don Fadrique no me ahogues...,  
no me mires, que me quemas.  
¡Tello!... ¡Coronel!... ¡Osorio!...  
¿Qué queréis? Traidores, ¡ea!,  
»mil vidas os arrancara.  
¿No tembláis?... Dejadme... afuera.  
¿También tú, Blanca..., y aún tienes  
mi corona en tu cabeza...,  
»osas maldecirme? ¡Inicua!  
Hasta Bermejo se acerca...  
¡Moro infame!... Temblad todos.  
Mas, ¿qué turba me rodea?...  
»Zorzo, a ellos; sus, Juan Diente.  
¿Aún todos viven?... Pues mueran.  
Ved que soy el rey don Pedro,  
dueño de vuestras cabezas.  
»¡Ay, que estoy nadando en sangre!  
¿Qué espadas, decir, son esas?...  
¿Qué dogales?... ¿Qué venenos?...  
¿Qué huesos?... ¿Qué calaveras?...  
»Roncas trompetas escucho...  
Un ejército se acerca,  
¿y yo a pie?... Denme un caballo  
y una lanza..., vengan, vengan.  
»Un caballo y una lanza.  
¿Qué es el mundo en mi presencia?  
Por vengarme doy mi vida,  
por un corcel mi diadema.  
»¿No hay quien a su rey socorra?«  
A tal conjuro se esfuerza  
Sanabria, su pasmo vence  
y exclama: «Conmigo cuenta.»  
A sacar el rey acude  
de la pesadilla horrenda:  
«¡Mi rey!, ¡mi señor!», le grita,  
y lo mueve, y lo despierta.

Abre los ojos don Pedro  
y se confunde y aterra,  
hallándose en tal estado,  
y con un hombre tan cerca.

Mas luego que reconoce  
al noble Sanabria, alienta,  
y, «Soñé que andaba a caza»,  
dice con turbada lengua.

Sudoroso, vacilante,  
se alza del suelo, se sienta  
en un sillón, y pregunta:  
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»

«Señor -responde Sanabria-,  
el francés hizo la seña.»  
«Pues vamos -dice don Pedro-,  
haga el cielo lo que quiera.»

#### IV

#### Los dos hermanos

De mosén Beltrán Claquín  
ante la tienda, de pronto  
páranse dos caballeros  
ocultos en los embozos.

El rey don Pedro era el uno,  
Rodríguez Sanabria el otro,  
que en la fe de un enemigo  
piensan encontrar socorro.

Con gran priesa descabalgan,  
y ya se encuentran en torno  
rodeados de franceses  
armados y silenciosos,  
en cuyos cascos gascones,  
y en cuyos azules ojos  
refleja el farol, que alumbra  
cual siniestro meteoro.

Entran dentro de la tienda  
ya vacilantes, pues todo  
empiezan a verlo entonces  
de aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar  
alumbra trémula y poco;

mas dejan ver un bufete,  
un sillón de roble tosco,  
un lecho y una armadura,  
y, lo que fue más asombro,  
cuatro hombres de armas inmóviles,  
de acero vivos escollos.

Don Pedro se desemboza  
y, «Vamos ya», dice ronco;  
y al instante uno de aquellos,  
con una mano de plomo,  
que una manopla vestía  
de dura malla, brioso  
ase el regio brazo y dice:  
«Esperad, que será poco.»

Al mismo tiempo a Sanabria  
por detrás sujetan otros,  
arráncanle de improviso  
la espada, y cúbrenle el rostro.

«¡Traición!..., traición!...», gritan ambos,  
luchando con noble arrojo,  
cuando entre antorchas y lanzas  
en la escena entran de pronto  
Beltrán Claquín desarmado,  
y don Enrique furioso,  
cubierto de pie a cabeza  
de un arnés de plata y oro,  
y ardiendo limpia en su mano  
la desnuda daga, como  
arde el rayo de los cielos  
que va a trastornar el polo.

De don Pedro el brazo suelta  
el forzado armado, y todo  
queda en profundo silencio,  
silencio de horror y asombro.

Ni Enrique a Pedro conoce,  
ni Pedro a Enrique: apartados  
el cielo hace muchos años,  
años de agravios y enconos,  
un mar de rugiente sangre,  
de huesos un promontorio,  
de crímenes un abismo  
poniendo entre el uno y otro.

Don Enrique fue el primero  
que con satánico tono,  
«¿Quién de estos dos es -prorrumpo-  
el objeto de mis odios?»

«Vil bastardo -le responde  
don Pedro, iracundo y torvo-,

yo soy tu rey; tiembla, aleve;  
hunde tu frente en el polvo.»

Se embisten los dos hermanos;  
y don Enrique, furioso,  
como tigre embravecido,  
hiere a don Pedro en el rostro.

Don Pedro, cual león rugiente,  
«¡Traidor!», grita; por los ojos  
lanza infernal fuego, abraza  
a su armado hermano, como  
a la colmena ligera  
feroz y forzado el oso,  
y traban lucha espantosa  
que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,  
se hieren de un lado y otro,  
la tierra inundan en sangre,  
lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,  
dagas, dientes, uñas, todo  
es de aquellos dos hermanos  
a saciar la furia poco.

Pedro a Enrique al cabo pone  
debajo, y se apresta, ansioso,  
de su crueldad o justicia  
a dar nuevo testimonio;

cuando Claquín (¡oh desgracia!,  
en nuestros debates propios  
siempre ha de haber extranjeros  
que decidan a su antojo),

cuando Claquín, trastornando  
la suerte, llega de pronto,  
sujeta a don Pedro, y pone  
sobre él a Enrique alevoso,

diciendo el aventurero  
de tal maldad en abono:  
«Sirvo en esto a mi señor;  
ni rey quito, ni rey pongo.»

No duró más el combate;  
de su rey en lo más hondo  
del corazón la corona  
busca Enrique, hunde hasta el pomo

el acero fratricida,  
y con él el puño todo  
para asegurarse de ella,  
para agarrarla furioso.

Y la sacó... goteando  
¡sangre!... De funesto gozo

retumbó en el campo un viva,  
y el infierno repitiolo.

## Un embajador español

### I

En Merino y Terracina,  
que dominios son del Papa,  
entra aquel Carlos octavo,  
rey orgulloso de Francia.

Los fuertes castillos toma,  
los campos fértiles tala,  
incendia los caseríos,  
los templos santos profana.

Y en el furor se complace  
con que sus hombres de armas  
como furibundas fieras  
roban, destruyen y matan.

Así cumple los tratados  
que celebró con España,  
de defender a la Iglesia  
y de acatar la tiara.

Así el juramento cumple,  
que de San Pedro en las aras  
prestó sobre el Evangelio  
en terminantes palabras.

Así el acto corresponde,  
que con humildad tan falsa  
hizo en público, besando  
del Pontífice las plantas.

Así el nombre verifica,  
que tomó para Burlarla,  
de fiel hijo de la Iglesia  
y defensor de su causa.

Los vasallos infelices  
del Padre Santo, que hallan  
exterminio o servidumbre  
en quien amparo esperaban,  
y que en la paz adormidos,

y en la ciega confianza  
que los tratados infunden  
y da una regia palabra,  
ni pueden hacer defensa  
ni en ella salud hallaran,  
que numerosas y fuertes  
son las fuerzas de la Francia,  
y a merced de sus guerreros  
dejan haciendas y fama,  
sin quedarles más recurso  
que lágrimas y plegarias:  
lágrimas que el duro pecho  
de Carlos feroz no ablandan,  
plegarias a que responden  
insultantes carcajadas.

Del Pontífice un legado  
(porque un legado acompaña  
para más escarnio y burla  
al rey que a la Iglesia ataca),  
inerte, abatido, humilde,  
a Carlos ruega y demanda  
que a su ambición ponga freno,  
que coto ponga a su audacia;  
si no por respeto al pacto  
celebrado con España,  
si no por guardar solemnes  
juramentos y palabras,  
por cumplir como cristiano  
y para salvar su alma,  
y por temor, a lo menos,  
de la divina venganza.  
Pues Dios es juez de los reyes,  
y su mano sacrosanta  
rompe coronas y cetros,  
solios e imperios allana.

Con risa infernal escucha  
y burladora arrogancia,  
las justas reconvenciones  
el obcecado monarca,  
cuando de Borbón el duque,  
gran condestable de Francia,  
del venerable legado  
reproduce las demandas,  
y con muy cristiano celo  
y la autoridad y pausa  
propia de su cuna ilustre,

propia de sus nobles canas,  
mas con todo el miramiento  
a la debida distancia,  
que entre rey y entre vasallo  
Dios mismo establece y marca,  
le repite las razones  
que de pronunciar acaba  
el digno representante  
de la ofendida tiara,  
insistiendo en que recuerde  
que los tratados quebranta,  
que firmó solemnemente  
en Perpiñán con España.

De tan noble personaje  
tampoco consiguen nada,  
con el orgulloso Carlos,  
razones, ruegos, plegarias,  
pues con desabrido gesto  
y con burladora rabia,  
que no recuerda, responde,  
de cuanto le dicen nada.

## II

Don Antonio de Fonseca,  
caballero de alta ley,  
de los Católicos Reyes  
el noble embajador es,  
que al rey de Francia acompaña  
y le sigue por doquier,  
y avisado por el duque  
viene en el momento aquel.

Preséntase con modestia,  
pero con el rostro que  
cara de pocos amigos  
llama el vulgo, y llama bien.

Al verle, con fatuo orgullo  
el cristianísimo rey,  
que da al vicario de Cristo  
a gustar vinagre y hiel,  
con miradas de desprecio  
y con gesto de altivez,  
«¡Oh caballero -le dice-,  
llegáis en buen hora, pues

»el venerable legado  
me habla, y el duque también,  
de un tratado con España  
que lo que encierra no sé.»

«Señor -responde Fonseca-:  
¿cómo ignorarlo podéis,  
cuando en Perpiñán vos mismo  
pusisteis la firma en él,

»y debajo el regio sello  
puso vuestro canciller?...  
Mas, puesto que lo olvidasteis,  
escuchadme, os lo leeré.»

Y sacando de su seno  
un abultado papel,  
con respeto y con firmeza  
Fonseca empezó a leer.

Cuando un artículo había  
favorable al interés  
de la corona de Francia,  
exclamaba al punto el rey:

«Es muy válido, recuerdo  
que en Perpiñán lo firmé.  
Ese artículo, Fonseca,  
os ofrezco mantener.»

Pero cuando otro escuchaba  
interesante también  
o al decoro de la Iglesia,  
o de Castilla al poder:

«Dadme el tratado -decía-,  
dádmelo, Fonseca, pues  
si eso firmé lo desfirmino,  
que enmendar un yerro es bien.»

Y las cláusulas borrando,  
con menosprecio y desdén  
el pliego le devolvía  
diciendo: «Seguid, leed.»

Al fin, llena la medida  
del sufrimiento cortés,  
don Alonso de Fonseca  
no se pudo contener,

y «Rey de Francia -prorrumpe-,  
si mofaros pretendéis  
de mí, que soy caballero,  
de mi patria y de mi rey,

»vive Dios que a tolerarlo  
no estoy yo dispuesto; y pues

borráis lo que no os conviene,  
borro y anulo también  
    »lo que es a vos favorable,  
rompiendo el tratado, ved.»  
Y desgarrando valiente  
el respetable papel,  
    tiró los rotos pedazos  
del rey de Francia a los pies,  
y calándose el sombrero  
sin hacer venia se fue.  
    Y con la mano en la espada  
atravesando un tropel  
de alabardas y ballestas,  
salió del campo francés.

#### La muerte de un caballero

El noble francés Bayardo,  
el insigne caballero  
que nunca mancilló tacha,  
que jamás conoció miedo,  
    por la falda de los Alpes  
en fuga las huestes viendo  
que al almirante de Francia  
dio el rey Francisco primero,  
    del deshonor de las lises  
furioso su heroico pecho,  
gallardo la lanza empuña,  
riscado revuelve el freno,  
    y en los pocos españoles,  
causa de aquel desconcierto,  
se arroja como valiente,  
para morir como bueno.  
    A pintar su gallardía,  
a contar sus altos hechos,  
a encarecer sus hazañas,  
no basta el humano acento.

En un normando morcillo  
que respira espuma y fuego,  
cuya ligereza es rayo,  
cuyos relinchos son trueno;  
    con un arnés que deslumbra

del mismo sol los destellos,  
y en parte una veste oculta  
de carmesí terciopelo,

y sobre el bruñido casco,  
dando vislumbres al viento,  
un penacho blanco y rojo  
con rica joya sujeto,

cual águila se revuelve,  
lidia cual león soberbio,  
cual raudo torrente rompe,  
resiste cual risco eterno.

Solo españoles soldados  
sin ceder pudieran verlo,  
y con él y con los suyos  
trabar combate sangriento.

Mas, qué mucho, si los rige  
aquel hijo predilecto  
de la victoria en Italia,  
marqués de Pescara excelso.

Del noble francés Bayardo,  
a pesar de los esfuerzos,  
la francesa artillería  
fue de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza  
en lo más trabado y recio,  
cuando las contrarias huestes  
eran de valor portentos,  
una silbadora bala  
de obscuro arcabuz partiendo,  
traspasó de parte a parte  
al gallardo caballero.

Al caer de los arzones  
con pesado golpe al suelo,  
cuajó la sangre a sus tropas  
de sus armas el estruendo,  
y alzaron tal alarido  
de dolor y de despecho,  
que por los lejanos valles  
resonó en fúnebres ecos.

Al oír los españoles  
tan lamentable suceso,  
la sangrienta lid suspenden  
de asombro y lástima llenos;  
pues la muerte de un contrario,  
de valor insigne ejemplo,  
pena y confusión infunde  
en sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones

cercan al noble guerrero,  
cuya sangre empaña el brillo  
del arnés bruñido y terso.

Y el mismo Pescara llega,  
de llanto el rostro cubierto,  
y le recoge en sus brazos  
con doloroso respeto.

Sus criados le desarman,  
inténtanse mil remedios,  
mas, ¡oh dolor!, todo en vano,  
llegó su instante postrero.

Muere Bayardo el famoso,  
y en el último momento  
después que a Dios pidió gracia,  
cual cristiano caballero,

a españoles y a franceses,  
tornando el rostro sereno,  
«Por mi rey y por mi patria  
-exclamó- gozoso muero;

»y ufano de que haya sido  
a las manos y al esfuerzo  
de soldados españoles,  
de honra y de valor modelo,  
»y de la nación más grande,  
que en más alta estima tengo,  
de cuantas pueblan la tierra,  
de cuantas cubren los cielos.»

No dijo más, que la muerte  
convirtió su voz en hielo,  
volando a tomar el alma  
entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles  
por honra a tal caballero,  
de seguir al almirante,  
que en Francia salvese presto.

Y el cadáver de Bayardo,  
de lauro inmortal cubierto,  
entregado fue a los suyos  
con justo desprendimiento,

para que hallara reposo  
tan valiente y noble cuerpo  
en su agradecida patria  
al lado de sus abuelos.

## Amor, honor y valor

### I

#### El ejército

De trompas y de atambores  
retumba marcial estruendo,  
que en las torres de Pavía  
repite gozoso el eco,  
    porque a libertarlas viene  
de largo y penoso cerco  
el ejército del César  
contra el del francés soberbio.

Aquel reducido y corto,  
este numeroso y fiero;  
el uno descalzo y pobre,  
el otro de galas lleno.

Pero el marqués de Pescara,  
hijo ilustre y predilecto  
del valor y la victoria,  
tiene de aquel el gobierno.

Porque los jefes ancianos  
y los príncipes excelsos  
que lo mandan, se someten  
a su fortuna y su esfuerzo;  
    y en él gloriosos campean  
los invictísimos tercios  
españoles, cuya gloria  
es pasmo del universo.

Manda las francesas huestes  
el rey Francisco primero,  
que ve las del quinto Carlos  
con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible  
que osen venir a su encuentro  
con tan cortos escuadrones,  
con tan escasos pertrechos,  
    no a la batalla, al alcance  
prepárase, repitiendo:  
«Para la cobarde fuga  
levantan el campamento.»

En tanto de él, en buen orden

y en sosegado concierto  
(después de dar a las llamas  
y de hacer pasto del fuego  
    las tiendas y los reparos,  
las barracas y repuestos),  
salen a coger laureles  
los imperiales guerreros,  
    de Nápoles el ilustre  
visorrey al frente de ellos,  
en un caballo rüano,  
que es del Vesubio remedo.

    Ricas armas refulgentes,  
en que dan vivos destellos  
las labores de oro y plata  
del sol naciente al reflejo  
    lleva, y sobre el rico almete,  
en la cimera sujeto,  
penacho amarillo y rojo,  
que mece apacible viento.

    Cien alabardas de escolta  
cércanle; delante, enhiesto,  
va su pendón, y le siguen  
personajes de respeto.

    En el escuadrón segundo,  
de un arnés blanco cubierto,  
y de un sayo de brocado,  
en un frisón corpulento  
    pasa de Borbón el duque:  
¡lástima que tan egregio  
príncipe, contra su patria  
y su rey combata ciego!

    Entre los varios señores  
y famosos caballeros  
que le acompañan, descuella  
por lo galán y lo apuesto  
    el joven marqués del Vasto,  
armado de azules veros,  
con blancas y azules plumas,  
gallardas alas del yelmo.

    En un pisador castaño  
que con la espuma del freno,  
escarcha en copos de plata  
los azules paramentos,  
    su destreza de jinete,  
con corvetas y escarceos,  
y su agilidad de mozo  
va, presumido, luciendo.

Tras de este escuadrón segundo  
marcha el escuadrón tercero,  
y Alarcón a su cabeza,  
cana barba, rostro serio,  
armas fuertes, mas sin brillo,  
corcel alto, duro, recio,  
una reformada lanza  
que empuña un puño de hierro;  
sin visera ni penacho,  
capacete de gran peso,  
y sobreveste y gualdrapa,  
ambas de velludo negro,  
sin recamadas insignias,  
sin divisas ni emblecos,  
eran, como lo era siempre,  
su simple y marcial arreo.

Siguen tras los hombres de armas  
los escuadrones ligeros,  
y de Cívita-Santángel  
el marqués al frente de ellos.

Joven, valiente y gallardo,  
ignorando va risueño  
que a manos de un rey la muerte  
le aguarda a pocos momentos.

Rico y galán sayo viste  
de purpúreo terciopelo:  
¡Harto pronto con su sangre  
más purpúreo ha de ponerlo!

De un cuartago de Calabria,  
causa de su fin funesto,  
rige las flexibles bridas,  
que cortadas serán luego.

Las triunfadoras banderas  
donde desarrolla el viento  
los castillos y leones,  
ya de dos mundos respeto,  
y que adorna la fortuna  
de palma y laurel eternos,  
dondequiera que tremolan  
en entrambos hemisferios,  
la invencible infantería  
de los españoles tercios,  
en bien formadas escuadras,  
sigue por lado diverso.

Descalza, pero contenta;  
pobre, mas de noble esfuerzo  
tan rica, que a sus hazañas

es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,  
y de la muerte el desprecio,  
en sus ordenadas filas,  
de frugalidad modelo,

y que de vencer seguras  
llenan de coplas el viento,  
con apodos y con vayas  
de andaluces a gallegos.

A sus bravos capitanes,  
humildes obedeciendo,  
forman un bosque de picas  
cuyas puntas son luceros,  
y donde los arcabuces,  
preñados de rayo y trueno,  
van pronto a llenar el aire  
de humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitán Quesada,  
allí el capitán Cisneros,  
y Santillana, el alférez,  
y Bermúdez, el sargento,  
y Roldán el sevillano,  
extremado arcabucero,  
y mil y mil allí estaban,  
gloria del hispano suelo,  
cuyos inmortales nombres  
la fama guarda del tiempo,  
y al pronunciarlos palpita  
de todo español el pecho.

Con un limpio coselete,  
del sol envidia y espejo,  
con celada borgoñona  
sin cimera ni plumero,  
y con sus calzas de grana,  
y con su jubón eterno  
de raso carmesí, llega  
después de dejar dispuesto  
como caudillo el ataque,  
y como caudillo experto,  
el gran marqués de Pescara  
en su tordillo ligero.

En su diestra centellea  
un estoque de Toledo,  
y un broquel redondo abraza  
con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente  
de los españoles tercios,  
de sus planes y esperanzas  
con gran razón fundamento.

Y con el semblante afable,

y con el rostro risueño,  
responde a sonoros vivas  
en sazonado gracejo.

Detrás de los españoles,  
tardos marchan los tudescos,  
que apiñados parecían  
muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones  
las águilas del Imperio  
ostentan, y lentamente  
las siguen con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano  
de gran valor y respeto,  
va a su frente en un morcillo  
que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnés empavonado,  
y devoto hasta el extremo,  
con franciscana capucha  
el casco y gorjal cubiertos.

Las últimas que desfilan  
y salen del campamento,  
son las banderas de Italia  
en pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce  
y una lombarda de hierro,  
son toda la artillería  
para tan terrible empeño.

Don César Napolitano,  
caudillo bizarro y diestro,  
y el capitán Papacodo  
vienen a su frente puestos.

Ya los franceses cañones,  
cuyo número era inmenso,  
contra estas huestes lanzaban  
muerte envuelta en humo y fuego.

Y ya viva escaramuza  
se iba rápida encendiendo,  
entre avanzados jinetes  
y alentados ballesteros,  
y aun del incendiado campo  
llegan a ocupar sus puestos  
a todo correr soldados,  
y a escape los caballeros.

Solo entre tantos no acude,  
cuando siempre es el primero,  
el gallardo don Alonso  
de Córdoba, y lo echan menos,  
porque de un noble el retardo

en tan críticos momentos,  
es mucho más reparable,  
porque debe dar ejemplo.

Y por esperarle todos  
miran hacia el campamento,  
donde con grande sorpresa  
ven, y quédanse suspensos,  
que su tienda solamente  
no es ya de las llamas cebo,  
y que aún intacta descuella  
entre el general incendio.

## II

### La tienda

Entre humos, llamas, cenizas,  
que volando en remolinos  
del abandonado campo,  
al sol ofuscan el brillo,  
de don Alonso la tienda  
tiene desde lejos fijos  
de la multitud los ojos,  
la atención de sus amigos.

Aderezado un overo  
cerca de ella, altos relinchos  
da, y huella y escarba el polvo,  
no cabiendo ya en sí mismo.

Porque la mano en el diestro  
tiene sujeto su brío  
un paje, que también tiene  
un lanzón con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,  
a un lado, sentada en rico  
almohadón de terciopelo  
sobre tapete morisco,

una gallarda señora  
con semblante dolorido,  
teniendo en sus bellos brazos  
dos hermosísimos niños.

Y en pie, a su frente, un joven  
de brillante arnés vestido,  
la cabeza sin almete

y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos  
de aquella dama o prodigio,  
que a las mejillas de nácar  
le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas  
con negligente prendido  
dan más blancura a su frente,  
dan a sus ojos más brillo,

dan más carmín a sus labios  
de amor poderoso hechizo,  
dibujando un albo cuello  
y un seno de ángeles nido;

pues viendo en él agrupados  
a los dos infantes lindos,  
el llamarle de esta suerte  
no es exagerado estilo.

El mancebo, armado, muestra,  
en aspecto y atavío,  
de su linaje lo ilustre  
y de su cuna lo rico.

Es el noble don Alonso  
de Córdoba, que cautivo  
de un amor firme, combate  
por salir de un laberinto.

Del gran marqués de Alcaudete  
hermano, y aun presuntivo  
heredero, aquella hermosa  
ha tiempo tiene consigo,

con disgusto y con despecho,  
no solo del marqués mismo,  
sino de otros dos hermanos  
capitanes de gran brío,

que en las huestes españolas  
con el de Pescara invicto,  
para avalorar su nombre  
ocupan honroso sitio.

La dama, en ilustre sangre,  
al joven esclarecido  
no iguala, es cierto, mas junta  
a los altos atractivos

de la gracia y la belleza,  
del donaire y señorío,  
y de los ojos de fuego,  
y del hablar argentino,

tal bondad y tal ternura,  
tan cultivado y pulido  
entendimiento y modales

tan dulces, gratos y finos,  
que de don Alonso tienen  
disculpa los extravíos,  
por prenda en quien tantas dotes  
colocar el cielo quiso;  
pues amor y entendimiento  
y valor, siempre se ha dicho  
que igualarlo pueden todo:  
y no es error el decirlo.

Ella es honrada, aunque humilde,  
y para hombre bien nacido  
el honor de las mujeres  
no es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre  
ya la obligación consigo,  
con Dios y con los sensatos  
se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero  
de tan altos requisitos,  
cuando va a exponer la vida  
a un inminente peligro  
(siempre solemne momento  
en que entra el hombre en sí mismo,  
porque voces que no mienten  
le dan interiores gritos),  
revuelve allá en su cabeza  
mil encontrados arbitrios  
para entre el mundo y el cielo  
encontrar algún camino.

Su pecho es campo en que luchan  
irritados enemigos,  
preocupaciones, afectos,  
miramientos y cariños.

Y con los brazos cruzados,  
el rostro helado y marchito,  
desencajados los ojos,  
convulsos los labios fríos,  
hecha pedazos el alma,  
el corazón derretido,  
quisiera que un rayo ardiente  
le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha  
el confuso laberinto  
en que se pierde su amante,  
demudado y discursivo,  
creyendo que el amor sólo

detiene su heroico brío,  
en momento en que el retardo  
pone el honor en peligro,  
sollozando: «¿Qué os detiene,  
-dice-, amado dueño mío,  
cuando las tropas os llaman  
y os espera el enemigo?

»Volad, que yo no os detenga;  
volad, señor, os suplico,  
vuestro nombre y vuestra fama  
son antes que yo y mis hijos.»

De tal labio, don Alonso,  
al escuchar tal aviso,  
que fue del honor espuela  
y del amor incentivo,

en sí torna, se resuelve,  
y dando un largo suspiro,  
como lo da el que cansado  
sale de un profundo abismo:

«Decís bien, señora -exclama-;  
mas venid a ser testigo  
de que pago cuanto debo  
a Dios, a vos y a mí mismo.»

Cálase el yelmo; del brazo  
en frenético delirio  
ase a la dama, que aprieta  
contra su seno a los niños.

Sale con ella y con ellos,  
monta en el overo altivo,  
acomoda en la gurupa  
a su dama y a sus hijos,  
y hacia el campo de batalla  
a escape toma el camino,  
en velocidad y en fuego  
rayo o disparado tiro.

Todos cuantos le esperaban  
reconócenlo al proviso,  
de que traiga, avergonzados,  
tal embarazo consigo.

La lengua az soldadesca  
prorrumpe en picantes dichos,  
pues no hay respeto que imponga  
freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos  
de don Alonso, ofendidos,  
de enojo y cólera ciegos,  
en tierra los ojos fijos,

temiéndose nueva afrenta  
en tal hora y en tal sitio,  
con las viseras esconden

los rostros excandecidos.

### III

#### El caballero

Sin templar las flojas bridas,  
ni dar descanso a la espuela,  
el ilustre don Alonso  
a do están los tercios llega;  
dando al desprecio las burlas,  
sordo haciéndose a la befa  
de licenciosos soldados  
y de desatadas lenguas,  
ante el marqués de Pescara,  
que siente tal ocurrencia,  
y que está suspenso y grave,  
pone fin a la carrera.

Desocupa los arzones,  
a niños y madre apea,  
y con firme acento dice,  
alzándose la visera:

«Marqués de Pescara egregio,  
pues circula en vuestras venas  
sangre tan noble y cristiana  
como el mundo reverencia,

»no extrañaréis el que un noble,  
que de cristiano se precia,  
sus obligaciones cumpla  
y satisfaga sus deudas;

»ni que un valiente soldado  
que a combatir marcha, quiera  
para entrar con más empeño,  
dejar mayores riquezas.

»Ni que tranquila su alma  
al lance llevar pretenda,  
porque si es del valor centro,  
mayor valor hay en ella.

»Yo estoy obligado y debo,  
mil bienes se me presentan  
que asegurar, y mi alma  
la tranquilidad anhela.

»Bajo vuestro patrocinio

cumpla, pues, pague, enriquezca,  
mi alma tranquilice, y obre  
según Dios y mi conciencia.

»Al capellán que os asiste  
mandadle, señor, que venga,  
y que me case ahora mismo  
aquí con doña Teresa.

»Y bendecido mi enlace,  
estos dos ángeles sean  
hijos legítimos míos,  
purgados de toda afrenta.

»Y si el cielo dispusiese  
que yo caiga en la pelea,  
habrá quien me sustituya  
en lealtad y en fortaleza.»

Calló; y el Pescara insigne  
y los jefes que le cercan,  
conmovidos y admirados,  
tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellán al punto  
en una mula; se apea,  
de don Alonso elogiando  
acción tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas  
cunde con la extraña nueva,  
porque una acción generosa  
tiene mágica influencia.

Y un ejército, testigo  
siendo de la boda, hecha  
fue con los sagrados ritos  
que a sacramento la elevan.

Desmábase la señora,  
y en los brazos la sustenta  
su esposo, que a entrambos niños  
contra la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote,  
Pescara los brazos echa  
al regocijado novio,  
y da mil enhorabuenas.

El ejército, de vivas,  
admirado el aire llena.  
Vienen los amigos todos,  
todos los curiosos llegan.

Y de don Alonso entonces  
ya no tienen resistencia  
los enojados hermanos,  
y entre sus brazos lo estrechan;  
y despojándose afables

de anillos y de cadenas,  
unos dan a su cuñada,  
otros en los niños cuelgan.

De cordialidad, de gozo,  
y de dicha tal escena  
formando, en aquel momento,  
que a un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen:  
don Alonso, activo, ordena  
a su esposa y a sus hijos  
retirar de allí a gran priesa;  
porque ya silban las balas,  
y ya cruzan las saetas,  
y las trompas y atambores  
dan de combatir la seña;  
y cabalgando ligero,  
la lanza en la cuja puesta,  
vuelto al marqués de Pescara  
dice así con voz resuelta:

«Por uno antes combatía,  
porque uno tan solo era,  
mas hoy combatir por cuatro  
quiero que el mundo me vea:  
»Por mí, por mis tiernos hijos  
y por mi esposa discreta:  
Vos veréis, caudillo excelso,  
si sé hacerlo, aunque perezca.»

Revuelve el potro, la lanza  
en el ristre a punto puesta.  
Y en lo más trabado y recio  
entrose de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos;  
y de los tres las proezas  
en aquel tremendo día,  
que a España de gloria llena  
fueron tales, que lograron  
aplausos y recompensas,  
y en el clarín de la fama  
nombre inmortal, gloria eterna.

La victoria de Pavía

Al señor don Mariano Roca de Togores.

# I

## Pescara y los españoles

De la sitiada Pavía,  
desde las gigantescas torres  
que el bravo Antonio de Leiva  
guarda con sus españoles,  
entre nubes de humo y polvo  
do arcabuces y cañones,  
de rayos llenan el aire,  
de truenos el horizonte,  
se ve la horrenda batalla  
en que disputan feroces  
Francisco y Carlos el cetro  
de Italia y de todo el orbe.

Dos veces más numerosos  
los franceses escuadrones  
son, que los que allí combaten  
de Carlos Quinto en el nombre.

Y aquellos, a su cabeza,  
con lo que valen al doble,  
tienen a su rey Francisco,  
monarca de excelsos dotes.

Pues en valor y destreza,  
y en caballeroso porte,  
quien le exceda y sobrepuje  
el mundo no reconoce.

Al ejército del César  
si la ventaja negole  
el cielo, de ver al frente  
a su soberano entonces,

le dio la de que lo rija  
el aventajado y noble  
marqués de Pescara invicto,  
guerrero de alto renombre.

Y si es en número escaso  
y viene de galas pobre,  
también con la fama cuenta  
de los tercios españoles.

La francesa artillería,  
cuyo número era enorme,  
deshace apretadas filas,  
espesas hileras rompe,  
y cual tempestad horrenda  
llena de pavor el orbe,  
borrando el son de las trompas  
y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes  
desprecian el fuego, y corren  
a que decida el combate  
de la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste  
el visorrey a galope,  
de hombres de armas y ligeros  
con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos,  
numerosísimos, pone,  
mas cual bisoño caudillo,  
para la batalla en orden.

¡Cuán gallardo y rozagante,  
augusto, lozano y joven,  
oprime un tordo rodado  
que a tal dueño corresponde!

De morado terciopelo  
y brocado de oro, sobre  
el arnés fúlgido, lleva  
veste de ricas labores:  
efes de oro son y lises  
que deslumbran como soles,  
y de oro y morada seda  
lazos, borlas y cordones.

En el alto capacete,  
del viento halago y azote,  
amarillos y morados  
vuelan flexibles airones.

Y en medio de ellos descuella  
una flecha de oro, donde  
primoroso pendoncillo  
un claro emblema propone.

Bordada una salamandra  
que en vivo fuego se esconde,  
es el cuerpo de la empresa,  
y modo et non plus el mote.

El almirante de Francia,  
personaje de alto nombre;  
el gran príncipe de Escocia,  
gallardo y hermoso joven;  
el príncipe de Navarra;

de San Pol el bravo conde;  
el mariscal Montmorency,  
y otros insignes señores,  
le acompañan y le sirven,  
con él las filas recorren,  
y con él al campo abierto  
salen a esperar el choque.

Terrible fue; parecía  
que se encontraban los montes,  
que se desplomaba el cielo  
y que caducaba el orbe.

Mas, ¡ay!, las fuerzas de Francia  
eran en número dobles,  
y el valor no hace imposibles,  
aunque el valor los arrostre.

Si bien del virrey la lanza  
dio al almirante fin noble;  
si bien insignes franceses  
cayeron de los arzones;  
si bien resisten constantes,  
como murallas de bronce,  
los imperiales jinetes,  
al cabo al cabo, eran hombres.

Muere del rey en la lanza  
el desventurado joven,  
a quien Cívita-Santángel  
por su marqués reconoce.

El mismo Alarcón a tierra  
vino de una maza al golpe,  
como cae gigante pino,  
cual se desploma una torre.

Y a pie combate y resiste  
dando tajos y mandobles,  
y a su vigor y destreza  
debió no morir entonces.

El del Vasto en gran peligro  
se ve entre diez borgoñones,  
y tiene que abrirse paso  
con la punta del estoque.

Todo es muerte y exterminio;  
cuatro jinetes se oponen  
a cada jinete nuestro,  
sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza  
de que a la victoria logre  
seducir tan alto esfuerzo,  
y tantas hazañas nobles,  
cuando el capitán Quesada

en el combate lanzose,  
seguido de cien certeros  
arcabuces españoles.

Y con tanto tino asesta  
sus rayos atronadores,  
que a los contrarios asombra  
y en retirada los pone.

En tanto, por otra parte,  
otros frescos escuadrones  
de bien montados franceses,  
Francia apellidando a voces,  
arrollando cuanto encuentran,  
con la lanza en ristre corren,  
y a los tercios de la Italia  
vencen, deshacen y rompen.

Los esguízaros que siguen  
de la Francia los pendones,  
a reforzar el combate  
presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rey Francisco  
con nuevo escuadrón a trote,  
va a asegurar la victoria  
que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescara  
que lo advierte, decidiose,  
confiado en su fortuna,  
a aventurar todo entonces:

y con risueño semblante  
a los tercios españoles  
torna, y animoso dice:  
«¡Ah de mis fuertes leones!

»Vuestro debe ser el día;  
allí donde más feroces  
los enemigos se agolpan,  
allí hay laureles mayores.

»Venid conmigo a cogerlos,  
vuestras frentes solas logren  
coronarse con sus ramas  
entre tan varias naciones.»

Vivas que asordan el aire,  
y seis mil bravos acordes  
lanzan, sonoro grito  
de ansia, de gloria y renombre,  
fue la respuesta. Y al punto  
con celeridad moviose  
de picas y de arcabuces  
un espesísimo bosque.

Al momento, la fortuna,

tan indecisa hasta entonces,  
en las imperiales huestes  
los mudables ojos pone,  
y del pendón de Castilla  
los gloriosos resplandores  
encantaron sus miradas,  
y en su favor declarose.

Los arcabuces de España  
no hay fila que no destrocen,  
no hay caballo que no ahuyenten,  
no hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas  
no hay escuadra que no arrollen,  
embate que no resistan,  
ni denuedo que no asombren.

Huyen de su ardiente brío,  
de sus balas y sus botes,  
los franceses, hombres de armas,  
y los ligeros peones.

Y los esguízaros huyen  
en confusión y desorden,  
y huyen los nobles jinetes,  
y huye el rey mismo a galope,  
y de un ejército inmenso  
que ya vencedor juzgose,  
triunfa el marqués de Pescara  
con sus seis mil españoles.

Este valiente caudillo,  
cuyo esfuerzo no conoce  
rival en el ancho mundo,  
más alta empresa dispone:  
y ordenando que el alcance  
prosigan los vencedores,  
y que los tudescos vengan  
a sostenerlos veloces,  
junta a varios caballeros  
y de armas a algunos hombres,  
que escaramuzando andaban  
sin jefes y sin pendones;  
y poniéndose a su frente,  
y requiriendo el estoque,  
en un escuadrón lejano  
que el rey Francisco recoge,  
para tornar donde pueda  
dejar bien puesto su nombre,  
al grito de cierra España  
con nueva furia lanzose.

En tanto Antonio de Leiva,  
que la ventaja conoce  
de las fuerzas imperiales,  
cual raudo torrente rompe  
    por las puertas de Pavía,  
y cayendo osado sobre  
la retaguardia francesa,  
en grande aprieto la pone.

Ya es de Carlos la victoria,  
ya los tercios españoles,  
como el huracán que arrasa  
los enmarañados bosques,  
    abriéndose en un momento  
ancha calle a sus furores,  
no ven ya en su paso estorbo,  
no encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo  
con pasmo y con dolor oyen  
de que su Pescara es muerto  
correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece  
desde que con pocos hombres  
de armas le vieron lanzarse  
con tanto denuedo, donde,  
    aun trabada la pelea,  
reina confuso desorden.  
Vengarlo, pues, juran todos,  
y allá revuelven feroces,  
    cuando entre el polvo y el humo  
ven aparecer al trote,  
al victorioso caudillo  
de sus esperanzas norte.

Mas, ¡oh Dios, en cuál estado!,  
herido su rostro noble,  
pasado el brazo siniestro  
de una lanza al duro bote;  
    el coselete partido  
y atravesado del golpe  
de una bala que parece  
que fin a sus glorias pone.

Y el tordillo moribundo  
herido en cuello y quijotes,  
un raudal de negra sangre  
derramando a borbotones.

Las españolas escuadras  
quedan al mirarlo inmóviles,  
y el placer de la victoria  
en llanto y dolor tornose.

Al cabo llega Pescara

sin que la muerte le asombre,  
y dice con voz tranquila,  
partiendo los corazones:

«¿Por qué os detenéis, amigos?  
Valerosos españoles,  
pues ya es vuestra la victoria  
nada mi falta os importe.»

Desplómase el tordo en tierra;  
dos capitanes recogen  
al general en los brazos,  
y Vega, su gentilhombre,  
del sangriento coselete  
le desencaja los broches,  
y ve..., ¡oh placer!, que la bala,  
causa de tantos temores,  
aplastada contra el pecho,  
leve contusión esconde:  
del coselete, sin duda,  
en los adornos de bronce  
perdió su temible fuerza,  
o por dicha disparose  
desde tan lejos, que trajo  
escasa violencia el golpe.

Reanímanse los soldados,  
por milagro reconocen  
dicha tan grande, y en vivas  
prorrumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido,  
que traspasado juzgose,  
de la contusión del pecho  
por los agudos dolores,  
«¡Bendito sea Dios!», exclama.  
Ármase de nuevo, y sobre  
otro corcel restablece  
en las escuadras el orden.

Y en las márgenes floridas  
del manso Tesín, por donde  
se retiran derrotados  
de Francia los escuadrones,  
sembrando exterminio y muerte,  
aparecieron veloces  
el gran marqués de Pescara  
y los tercios españoles.

## El estandarte ante todo

Del Tesín en las orillas  
quiere hacer su último esfuerzo,  
vencido y avergonzado  
el rey Francisco primero.

Sus numerosas escuadras  
dispersas ve y sin aliento,  
y fuerzas aún poderosas  
en confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano,  
de cálida sangre lleno,  
pues soldado fue valiente,  
si no fue caudillo experto;  
deslucidas ya sus galas,  
deslustrados sus arreos,  
y abollados de los golpes  
el capacete y el peto,

en su corcel, que de espuma,  
de sangre y sudor cubierto,  
cruza fatigado el campo  
obediente a espuela y freno,  
solo y sin séquito corre  
llamando a sus caballeros;  
denosta sus fugitivos,  
recoge algunos dispersos,  
y revuelve valeroso  
a escaramuzar ligero,  
pensando que aún algo puede  
con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna  
la espalda y rostro le ha vuelto,  
y hasta las heces el cáliz  
beberá del vencimiento.

De Alarcón los hombres de armas  
vestidos de tosco hierro,  
los del virrey denodados  
y los de Borbón soberbio,  
y entre el tropel de jinetes,  
mezclados arcabuceros  
españoles, cuyas balas  
tienen prodigioso acierto,  
del rey de Francia infelice  
invalidan los esfuerzos,  
y hacen sordos a sus voces  
a los franceses guerreros.

El despechado monarca  
del desapiadado cielo  
tenaz resistencia opone  
al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados  
a sus esguízaros viendo,  
del Tesín a un ancho vado,  
donde su fin va a ser cierto,

vuela a ponerse a su frente  
para advertirles el riesgo  
que van a hallar en las aguas,  
por no arrostrar el del fuego,

y los conjura y exhorta  
a que con él revolviendo,  
noble resistencia opongan  
al vencedor altanero;

y que cual valientes busquen  
con él de salud un puerto,  
no del Tesín en las ondas,  
mas de la lid en el hierro;

que allí segura es la muerte,  
y aquí bien puede no serlo;  
que aquí aún les espera gloria,  
y allí solo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue  
formarlos y contenerlos,  
y ya de esperanza nueva  
ve casi el rostro risueño,

cuando aterrador fantasma  
se ve venir a lo lejos:  
los pendones invencibles  
de los españoles tercios.

Y olvidando que a su frente  
tienen hombre tan excelso,  
y del engañoso río  
olvidando el grave riesgo,

los esguízaros soldados,  
de pánico asombro llenos,  
huyen, al rey abandonan,  
y al vado parten derechos.

El francés monarca entonces,  
las lágrimas del despecho  
quemando su rostro augusto,  
quiere morir como bueno,

y vuela hacia el puente, donde  
aún resisten con empeño  
algunos fieles magnates,  
algunos nobles guerreros.

Mas, ¡ay!, la suerte tremenda  
llegar le impide a aquel puesto,  
donde libertad y gloria  
iba a conseguir al menos,  
pues que silbadora bala,  
de ignoto arcabuz partiendo,  
de su corcel fatigado  
rompe y atraviesa el pecho.

Vacila el bruto, retiembla,  
de sangre espumosa el suelo  
en rauda torrente inunda,  
quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas,  
de sus ojos muere el fuego,  
y en grave estruendoso golpe  
desplómase con su dueño.

¡Oh dolor, yace en el fango  
el trono de Francia excelso,  
el poderoso monarca  
que juzgaba el orbe estrecho!

De inconstancias de fortuna  
grande y doloroso ejemplo,  
y de la humana soberbia  
aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo:  
valor, gloria, nombre, imperio,  
cuando una espada se empuña,  
todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaíno  
Juan de Urbietta, que cubierto  
de tosco arnés, en un potro  
escaramuzaba suelto,  
pasa y ve bajo el caballo  
tan lucido caballero,  
que por levantarse pugna  
con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era  
le pone el lanzón al pecho,  
y «Ríndete al punto -grita-  
o quedarás aquí muerto.»

Respóndele el derribado:  
«Soy el rey de Francia, quedo  
a tu emperador rendido,  
y heme ya tu prisionero.»

Retira Urbietta la lanza  
con el debido respeto,  
y con tan rara fortuna

pasmado queda y suspenso.

Animado el rey prosigue:  
«Que al punto bajas te ruego,  
que este maldito caballo  
me revienta con su peso.»

Iba el noble vizcaíno  
a darle socorro presto,  
y ya para echarse a tierra  
soltó el estribo derecho,  
cuando del puente a la boca  
ve de franceses en medio  
su estandarte, y que el alférez  
solo le está defendiendo.

Y el honor de su estandarte,  
y la fe del juramento,  
más que ansia de vanagloria  
en su alma ilustre pudieron.

«Ya, señor -al rey le dice-,  
socorro daros no puedo,  
que es mi estandarte ante todo,  
y está mi estandarte en riesgo.

»Confesad que os he rendido,  
y pues que prenda no llevo,  
porque podáis conocerme  
si a vuestra presencia vuelvo,  
»miradme, que soy mellado».

Y alzando del tosco yelmo  
la visera, en un instante  
le mostró dos dientes menos.

Y revolviendo el caballo  
al puente voló ligero,  
con el lanzón en el ristre,  
de honra y de lealtad modelo.

### III

#### Un rey prisionero

Mientras el bizarro Urbietta  
va a libertar su estandarte,  
dejando la alta fortuna  
que le plugo al cielo darle,  
al rey Francisco, impedido

de moverse y levantarse,  
porque le sujeta en tierra  
de su caballo el cadáver,

Diego Ávila, el granadino,  
también hombre de armas, vase,  
y que se rinda le grita  
decidido y arrogante.

Respóndele el rey: «Rendido  
a otro español estoy antes,  
y que soy el rey de Francia  
para tu gobierno sabe.»

Sorprendido el granadino  
de aventura tan notable,  
«¿A ese español -le pregunta-  
habéis dado prenda o gaje?»

«Le di solo mi palabra,  
que mi palabra es bastante  
-contesta el rey-; si quieres,  
toma mi espada y mi guante,

»y sácame del caballo  
y ayúdame a levantarme,  
que la visera me ahoga  
y esta pierna se me parte.»

Ávila toma las prendas  
destilando fresca sangre,  
echa pie a tierra, y ayuda  
al rey con trabajo grande,  
y levántalo, y el yelmo  
le desencaja al instante  
para que le dé en el rostro,  
que lo ha menester, el aire.

Hita, soldado gallego,  
tosco y de toscos modales,  
con su sangrienta alabarda  
y desharrapado traje,

llega, y con poco respeto,  
ya resuelto a despojarle,  
de la insignia se apodera  
del más elevado arcángel.

De San Miguel el collar  
échase al cuello el salvaje,  
con su tosquedad y harapos  
haciendo extraño contraste.

El rey le dijo: «Valiente,  
por él te doy de rescate  
seis mil ducados de oro,  
y más, si en más lo estimares.»

Y contestole el gallego:

«Guardarele, que colgarle  
de mi emperador al cuello  
podré yo, temprano o tarde.»

En esto llegaban otros  
soldados sin capitanes,  
con la victoria embriagados,  
cebados con el pillaje,  
y en su sagrada persona  
ponen sus manos rapaces;  
la veste del rey desgarran,  
sus preseas se reparten,  
y le arrebatan del yelmo  
la bandereta y plumajes,  
que la codicia villana  
no guarda respeto a nadie.

Ávila, Hita y Urbietta  
(que ya en salvo su estandarte  
dejó), con vanos esfuerzos  
por defenderle combaten.

Cuando llegaron a punto  
varios nobles personajes,  
que tan feroz soldadesca  
obligan a reportarse,  
enseñándoles valientes  
a que respeten y acaten  
a la majestad augusta,  
que aunque vencida es muy grande.

De estar el rey prisionero  
cunde la nueva al instante,  
por el uno y otro campo  
con efectos desiguales.

Los franceses caballeros  
de más valor y linaje,  
tornan a correr la suerte  
que a su rey Dios quiso darle.

Y los jefes y caudillos  
de las tropas imperiales  
vuelan a que cese al punto  
la mortandad y la sangre.

El de Pescara glorioso  
corre ligero a la parte  
en que al rey Francisco juzga  
expuesto a villano ultraje.

Llega, del caballo salta,  
y con respeto admirable,  
hincadas ambas rodillas,

la mano quiere besarle.

No lo consiente el monarca,  
que tiene un consuelo grande  
en verse ya protegido  
por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño  
de la tierra a levantarse,  
«Noble marqués de Pescara,  
pues que la fortuna os cabe  
»-le dice- de tal victoria,  
os pido no se derrame  
de mis vencidos vasallos  
la desventurada sangre.

»Y espero que en vos encuentren  
protector, amparo y padre,  
los franceses que se miren,  
como yo en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados  
los ojos al escucharle  
Pescara: «Señor -le dice-  
vuestra súplica es en balde,  
»pues la nación española,  
que logra triunfo tan grande,  
en la victoria es tan noble  
como brava en el combate.»

También el del Vasto llega  
y el rey lo recibe afable,  
y con dignidad lo elogia  
por su apostura y su talle.

Y el consuelo se divisa  
en su abatido semblante,  
de verse entre caballeros  
que tratar con reyes saben.

Mas imprevisto incidente  
vino de nuevo a alterarle,  
y a hacer más terrible y duro  
su destino deplorable.

De Borbón el duque altivo,  
¡desacato repugnante!,  
a su rey vencido quiere  
sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo  
con propia francesa sangre,  
de un valor mal empleado  
haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco;

pero de pronto, al mirarle,  
dio, por un secreto impulso,  
de gran enojo señales.

Y quién era, preguntando,  
como el marqués contestase:  
«Señor, de Borbón el duque»,  
puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas  
con dignidad, ocultarse  
quiso entre aquellos guerreros,  
porque el duque no llegase.

Notolo Pescara al punto,  
y, como discreto, parte  
a evitar inconvenientes  
y allanar dificultades.

Ruega de Borbón al duque  
que el sangriento estoque envaine,  
que quite la sobreveste  
y que se limpie la sangre.

Y con él a pie se acerca,  
donde el rey, inexorable,  
no digna volver el rostro,  
que en ira y en furor arde.

La mano el duque le toma  
de rodillas; arrogante  
la retira el rey. El duque  
tiene la audacia de hablarle,  
y el monarca, levantando  
los ojos como volcanes  
al cielo, en voz alta dice:  
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara,  
hace que de allí se aparte  
el de Borbón, y de él libre  
tornó el rey a sosegarse.

#### IV

#### Un andaluz

Reunidos los generales  
de las naciones distintas,  
que el ejército del César

ya vencedor componían,  
acatan al rey cautivo,  
y le consuelan y animan,  
conducirlo disponiendo  
a los muros de Pavía.

Danle un corcel generoso,  
con honrosa comitiva  
de franceses personajes  
que rendidos le seguían.

Y antes confesando todos,  
con admirable justicia,  
que victoria tan insigne,  
triunfo tan grande y tal dicha,  
se debe tan solamente  
a la española milicia,  
disponen que España sola  
tenga la prerrogativa  
de guardar un prisionero  
de tan importante estima;  
y que Alarcón el famoso  
de alcaide y guarda le sirva.

En medio, pues, de los tercios  
españoles, y a su vista,  
desplegadas las banderas  
de gloria y laureles ricas,  
de Alarcón a la derecha  
el rey de Francia camina,  
esforzándose orgulloso  
en dar a su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,  
que una ladera contigua  
de aquel camino ocupaban,  
al pasar la infantería  
española, entusiasmados  
le hacen salva, y alta grito  
levantan hasta las nubes  
repitiendo: «¡España viva!»

Al rey suspende tal muestra  
dada por las tropas mismas  
del ejército triunfante,  
y es novedad que le admira,  
reconociendo cuán alta  
la española gloria brilla,  
pues competencias no admite,  
y da admiración, no envidia.

Afable el rey, conversando  
con las personas distintas  
que le cercan, caminaba

gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses  
prisioneras las cuadrillas,  
los consuela con su ejemplo  
y con su voz los anima,

y a los cabos españoles,  
que en respeto y cortesía  
ni un solo punto desdice  
de lo que a nobles obliga,

los recomienda con tanto  
extremo, afán y caricias,  
que se arrasaban los ojos  
de cuantos allí venían.

En los altos de la marcha  
embarazosa y prolija,  
varios soldados de cuenta  
a ver al rey acudían.

Y el rey demostraba atento,  
con delicadeza fina,  
gusto en que le presentasen  
los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos, acaso,  
Roldán, hijo de Sevilla,  
llamado el Arcabucero,  
mote puesto con justicia,

pues lo era tan extremado  
que nunca erró puntería,  
clavando siempre las balas  
donde clavaba la vista.

Este tal, galán y apuesto,  
de cara muy expresiva,  
de talle en extremo airoso,  
de aguda fisonomía,

con aire matón y jaque,  
calzas de majo y ropilla,  
con un inmenso chapeo  
de alas luengas y tendidas,

con su cuera y sus mangotes,  
y sus frascos en la cinta,  
de recamos adornada  
y de escarcela provista,

se acerca al rey, y apoyado  
del arcabuz en la horquilla,  
y zarandeando el cuerpo,  
cual hombre que nada admira:

«Señor -con ceceo dice,  
y lengua, aunque gorda, viva-:  
Cuando mi sargento anoche  
me dijo que combatía

»vuestra alteza en este empeño,

preparé varias cosillas;  
los trastos que en tales lances  
cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,  
que al cabo son la comida  
de esta serpiente -mostrole  
el arcabuz con sonrisa,

»prosiguiendo-; fundí digo,  
doce balas, las precisas,  
seis de plomo, destinadas  
a canalla gabachina;

»y las seis, muy a mi gusto  
cumplieron: ¡Dios las bendiga!  
Fundí otras cinco de plata  
para gente de alta guisa;

»y en cinco ilustres monsiures  
se hallarán, no están perdidas,  
que, ¡vive Dios!, tal acierto  
no lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí finalmente,  
de oro muy puro y sin liga.  
Aquí está, señor, miradla.»

Expuso a la regia vista  
una gruesa bala de oro  
que en la escarcela traía,  
continuando, sin turbarse,  
con gracejo y con malicia:

«Gran señor, fundí esta bala  
para daros muerte digna,  
si en el combate de veros  
se me lograba la dicha.

»Y ya que vuestra fortuna  
no os puso en mi puntería,  
vuestra debe ser la prenda  
que siempre vuestra a ser iba.

»Tomadla, señor, tomadla;  
pesa dos onzas cumplidas,  
y puede que para ayuda  
de vuestro rescate sirva.»

Al rey Francisco tal gracia  
hizo aquella retahíla  
del andaluz, y el despejo  
con que acertara a decirla,

que, afable, tomó la bala  
diciendo: «Amigo, la estima  
mi aprecio en mucho, y confío  
que os lo mostraré algún día.»

Roldán le hizo reverencia  
y vuelve a entrar en su fila  
tan contento de sí mismo,

que ni a Carlos Quinto envidia.

V

## Conclusión

Dueño absoluto de Italia  
fue el insigne emperador,  
con esta excelsa victoria  
del alto esfuerzo español.

Y cautivo el rey de Francia  
vino a Madrid y habitó  
la torre de los Lujanes,  
con Hernando de Alarcón.

En la plaza de la Villa  
aún dora esta torre el sol,  
coronada de recuerdos  
que el tiempo no borra, no.

De ella al cabo el rey Francisco  
rescatándose, tornó  
a ocupar el rico trono  
de la francesa nación.

Pero su rendida espada,  
prenda de insigne valor,  
testigo eterno de un triunfo  
que el orbe todo admiró,

en nuestra regia armería  
trescientos años brilló,  
de los franceses desdoro,  
de nuestras glorias blasón.

Hasta que amistad aleve,  
que ocultaba engaño atroz,  
con halagos y promesas  
que ensalzó la adulación,

tal prenda de un triunfo nuestro  
para Francia recobró,  
como si así de la historia  
se borrara su baldón.

Harto indignado, aunque joven,  
esta espada escolté yo,  
cuando a Murat la entregaron  
en infame procesión,

pero si llevó la espada,  
la gloria eterna quedó,

más durable que el acero  
de la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España  
supo añadir, ¡vive Dios!,  
al gran nombre de Pavía  
el de Bailén, que es mayor.

## Un castellano leal

### I

«Hola, hidalgos y escuderos  
de mi alcurnia y mi blasón,  
mirad, como bien nacidos,  
de mi sangre y casa en pro.

»Esas puertas se defiendan,  
que no ha de entrar, ¡vive Dios!,  
por ellas, quien no estuviere  
más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio  
un fementido traidor,  
que contra su rey combate  
y que a su patria vendió.

»Pues si él es de reyes primo,  
primo de reyes soy yo;  
y conde de Benavente,  
si él es duque de Borbón.

»Llevándole de ventaja,  
que nunca jamás manchó  
la traición mi noble sangre,  
y haber nacido español.»

Así atronaba la calle  
una ya cascada voz,  
que de un palacio salía  
cuya puerta se cerró;  
y a la que estaba a caballo  
sobre un negro pisador,  
siendo en su escudo las lises  
más bien que timbre, baldón;  
y de pajes y escuderos  
llevando un tropel en pos,  
cubierto de ricas galas,

el gran duque de Borbón,  
el que, lidiando en Pavía,  
más que valiente, feroz,  
gozose en ver prisionero  
a su natural señor;  
y que a Toledo ha venido,  
ufano de su traición,  
para recibir mercedes,  
y ver al emperador.

## II

En una anchurosa cuadra  
del alcázar de Toledo,  
cuyas paredes adornan  
ricos tapices flamencos,  
al lado de una gran mesa  
que cubre de terciopelo  
napolitano tapete  
con borlones de oro y flecos,  
ante un sillón de respaldo,  
que entre bordado arabesco  
los timbres de España ostenta  
y el águila del Imperio,  
de pie estaba Carlos quinto,  
que en España era primero,  
con gallardo y noble talle,  
con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro blanco  
viste tabardo tudesco,  
de rubias martas orlado,  
y desabrochado y suelto,  
dejando ver un justillo  
de raso jalde, cubierto  
con primorosos bordados  
y costosos sobrepuestos,  
y la excelsa y noble insignia  
del Toisón de Oro pendiendo  
de una preciosa cadena  
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo  
con un blanco airón, sujeto  
por un joyel de diamantes  
y un antiguo camafeo,  
descubre por ambos lados,  
tanta majestad cubriendo,

rubio, cual barba y bigote,  
bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera  
la potente diestra ha puesto,  
que aprieta dos guantes de ámbar  
y un primoroso mosquero.

Y con la siniestra halaga,  
de un mastín muy corpulento,  
blanco, y las orejas rubias,  
el ancho y carnosos cuello.

Con el condestable insigne,  
apaciguador del reino,  
de los pasados disturbios  
acaso está discurriendo.

O del trato que dispone  
con el rey de Francia, preso,  
o de asuntos de Alemania,  
agitada por Lutero,  
cuando un tropel de caballos  
oye venir a lo lejos  
y ante el alcázar pararse,  
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena  
rumor impensado luego;  
ábrese al fin la mampara  
y entra el de Borbón soberbio.

Con el semblante de azufre  
y con los ojos de fuego,  
bramando de ira y de rabia  
que enfrena mal el respeto,  
y con balbuciente lengua  
y con mal borrado ceño,  
acusa al de Benavente,  
un desagravio pidiendo.

Del español condestable  
latió con orgullo el pecho,  
ufano de la entereza  
de su esclarecido deudo.

Y, aunque advertido, procura  
disimular cual discreto,  
a su noble rostro asoman  
la aprobación y el contento.

El emperador un punto  
quedó indeciso y suspenso,  
sin saber qué responderle  
al francés, de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza  
con el proceder violento  
del conde de Benavente,  
de altas esperanzas lleno  
    por tener tales vasallos,  
de noble lealtad modelos,  
y con los que el ancho mundo  
será a sus glorias estrecho.

Mucho al de Borbón le debe  
y es fuerza satisfacerlo;  
le ofrece para calmarlo  
un desagravio completo.

Y llamando a un gentilhombre,  
con el semblante severo  
manda que el de Benavente  
venga a su presencia presto.

### III

Sostenido por sus pajes,  
desciende de su litera  
el conde de Benavente,  
del alcázar a la puerta.

Era un viejo respetable,  
cuerpo enjuto, cara seca,  
con dos ojos como chispas,  
cargados de largas cejas.

Y con semblante muy noble,  
mas de gravedad tan seria,  
que veneración de lejos  
y miedo causa de cerca.

Era su traje unas calzas  
de púrpura de Valencia,  
y de recamado ante  
un colete a la leonesa.

De fino lienzo gallego  
los puños y la gorguera,  
unos y otra guarnecidos  
con randas barcelonesas.

Un birretón de velludo  
con un cintillo de perlas,  
y el gabán de paño verde  
con alamares de seda.

Tan solo de Calatrava  
la insignia española lleva,  
que el Toisón ha despreciado

por ser Orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,  
sube por las escaleras,  
y al verle, las alabardas  
un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor y de aviso  
de que en el alcázar entra  
un grande, a quien se le debe  
todo honor y reverencia.

Al llegar a la antesala,  
los pajes que están en ella  
con respeto le saludan,  
abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde,  
sin que otro aviso preceda,  
salones atravesando  
hasta la cámara regia.

Pensativo está el monarca,  
discurriendo cómo pueda  
componer aquel disturbio,  
sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe,  
aún mucho más de él espera,  
y al de Benavente mucho  
considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,  
no hay quien dar consejo pueda,  
y Villalar y Pavía  
a un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado,  
y el codo sobre la mesa,  
al personaje recibe,  
que, comedido, se acerca.

Grave el conde lo saluda  
con una rodilla en tierra,  
mas como grande del reino  
sin descubrir la cabeza.

El emperador, benigno,  
que alce del suelo le ordena,  
y la plática difícil  
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable,  
al cabo le manifiesta  
que es el que a Borbón aloje  
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,

pero con la voz entera,  
respóndele Benavente  
destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo;  
vos sois mi rey en la tierra,  
a vos ordenar os cumple  
de mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa,  
de mí disponed y de ella,  
pero no toquéis mi honra  
y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbón ocupe,  
puesto que es voluntad vuestra;  
contamine sus paredes,  
sus blasones envilezca,

»que a mí me sobra en Toledo  
donde vivir, sin que tenga  
que rozarme con traidores,  
cuyo solo aliento infesta;

»y en cuanto él deje mi casa,  
antes de tornar yo a ella,  
purificaré con fuego  
sus paredes y sus puertas.»

Dijo el conde, la real mano  
besó, cubrió su cabeza  
y retiróse, bajando  
a do estaba su litera.

Y a casa de un su pariente  
mandó que le condujeran,  
abandonando la suya  
con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Carlos quinto  
de ver tan noble firmeza,  
estimando la de España  
más que la imperial diadema.

#### IV

Muy pocos días el duque  
hizo mansión en Toledo,  
del noble conde ocupando  
los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio  
dejó vacío, partiendo

con su séquito y sus pajes  
orgullosos y satisfechos,  
turbó la apacible luna  
un vapor blanco y espeso,  
que de las altas techumbres  
se iba elevando y creciendo.

A poco rato tornose  
en humo confuso y denso,  
que en nubarrones oscuros  
ofuscaba el claro cielo;  
después, en ardientes chispas,  
y en un resplandor horrendo  
que iluminaba los valles,  
dando en el Tajo reflejos,  
y al fin su furor mostrando  
en embravecido incendio,  
que devoraba altas torres  
y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,  
conmoviose todo el pueblo,  
de Benavente el palacio  
presa de las llamas viendo.

El emperador, confuso,  
corre a procurar remedio,  
en atajar tanto daño  
mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragose  
tantas riquezas el fuego,  
a la lealtad castellana  
levantando un monumento.

Aún hoy unos viejos muros  
del humo y las llamas negros,  
recuerdan acción tan grande  
en la famosa Toledo.

Una noche de Madrid en 1578

## Tres galanes

En el pretil de palacio,  
cerca de una casa antigua,  
donde hoy estudia sus obras  
un esclarecido artista,

van a cumplirse tres siglos  
que su palacio tenía  
de Éboli el príncipe ilustre,  
Rodrigo Gómez de Silva.

Sus magníficos salones  
eran de la corte envidia:  
tanta riqueza y tal gusto  
en ellos resplandecía.

Las más espléndidas telas,  
hasta aquel tiempo no vistas,  
que nuestras naves gloriosas  
transportaban de la China,  
adornaban sus paredes  
del friso hasta las cornisas,  
y eran en sus balconajes  
pabellones y cortinas.

Los portentos del Tiziano,  
y los que el arte prolija  
de la bégica paciencia,  
émula de aquel, tejía,  
escaleras, antesalas  
y corredores vestían,  
pareciendo sus figuras,  
figuras de bulto y vivas.

Sobre ricos escritorios,  
cuyas puertas embutidas  
de concha y nácar formaban  
un laberinto a la vista,

y sobre mesas de mármol  
de las sierras granadinas,  
de mosaicos de alto precio,  
de maderas exquisitas,  
juguetes de filigrana  
primorosos relucían,  
y búcaros olorosos  
de las españolas Indias.

En aquel siglo, de Europa  
iguales no conocían  
sus carrozas y caballos,  
ya de tiro, ya de silla.

Y en joyas, galas y plumas,  
jarrones de oro y vajillas,

los de un príncipe de Oriente  
sus repuestos parecían.

Pero el tesoro más grande  
que en aquel palacio había,  
pasma, prodigio y asombro  
de la corte de Castilla,  
era el de la gran belleza,  
el de la gracia expresiva,  
el del claro entendimiento,  
el de la alta gallardía  
de la esposa de Ruy-Gómez,  
de la princesa divina,  
diosa de aquel rico templo,  
sol de aquella esfera y vida.

Tres distintos personajes  
a diversas horas iban  
a rendirle obsequio o culto,  
a conquistar su sonrisa,  
ardiendo sus corazones,  
aunque de edades distintas,  
en el delirante fuego  
que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,  
de edad cascada y marchita,  
macilento, enjuto, grave,  
rostro como de ictericia,  
ojos siniestros, que a veces  
de una hiena parecían,  
otras, vagos, indecisos,  
y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales  
de meditación continua,  
huellas de ardientes pasiones  
mostraba en frente y mejillas.

Y escaso y rojo cabello,  
y barba pobre y mezquina  
le daban a su semblante  
expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido,  
de pulcritud hasta nimia,  
y en su pecho campeaba  
del Toisón de Oro la insignia.

Era el otro recio, bajo,  
de edad mediana; teñían  
sus facciones de la audacia  
las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,  
negros bigote y perilla,  
aladares y copete,  
boca grande, falsa risa,  
    formando todo un conjunto  
de inteligencia y malicia,  
con una expresión de aquellas  
que inquietan y mortifican.  
    Lujoso era su atavío,  
mas negligente, y tenían  
no sé qué sus ademanes  
de una finura postiza.

El último era el más joven,  
de noble fisonomía,  
pálido, azules los ojos  
con languidez expresiva,  
    castaño claro el cabello,  
alto, delgado, muy finas  
maneras<sup>3</sup>, y petimetre  
sin dijes ni fruslerías.

    Ser un caballero ilustre,  
de educación escogida,  
cortés, moderado, afable,  
mostraba a primera vista.

    El primero iba de noche,  
desde que desaparecían  
los crepúsculos de ocaso  
en las montañas vecinas,

    hasta que las altas torres  
de la coronada villa  
recordaban los sufragios  
de las ánimas benditas.

    Por la mañana el segundo  
frecuentaba su visita,  
cuando no estaba en su casa  
Rodrigo Gómez de Silva.

    El tercero entraba en ella  
sin hora ni época fija,  
pero siempre que encontraba  
alguna ocasión propicia.

    Y la gallarda princesa,  
la discreta, noble y linda,  
¿por quién de ellos?... Por ninguno;  
cual la estrella matutina  
    era su alma pura, como  
el sol su inocencia limpia.

... Mas lo que pasa en el pecho  
solo Dios lo sabe y mira.

Cuando la princesa estaba  
en la presencia aflictiva  
del primero, miedo helado  
por sus venas discurría.

En la del segundo, grave  
se mostraba y aun altiva,  
pero inquieta y recelosa  
midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,  
aunque silenciosa, fina,  
y sin temor ni recelo,  
pero triste y discursiva.

El rey Felipe segundo,  
a quien España se humilla,  
es el galán misterioso  
de las nocturnas visitas.

El segundo, Antonio Pérez,  
secretario que tenía  
del rey estrecha privanza,  
cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobedo, el tercero,  
amigo en quien deposita  
el insigne don Juan de Austria  
sus secretos y su estima.

## II

### La meditación

De Madrid el regio alcázar  
triste y mezquino era entonces,  
donde hoy el palacio nuevo  
ostenta su inmensa mole.

De ladrillo y berroqueña,  
y en cada esquina una torre,  
era albergue poco digno  
de los reyes españoles.

Ni el arco ni la armería  
cerraban la plaza, donde  
hoy se forma la parada  
para los regios honores,

pues hasta el margen del río,  
de menos caudal que nombre,  
apenas cuestas mediaban  
entre viejos murallones.

Una tarde sosegada  
de abril, cuando al horizonte  
entre dorados celajes  
y entre ligeros vapores  
el claro sol descendía,  
dando lugar a la noche,  
de quien los luceros daban  
ya en Oriente resplandores,  
de tal ya olvidado alcázar,  
en uno de los balcones,  
se descubría de lejos,  
vestido de negro, un hombre,  
que, en la baranda apoyado,  
al Occidente encarose,  
gran rato permaneciendo  
en una actitud inmóvil.

Era Felipe segundo,  
que de altas meditaciones  
políticas fatigado,  
a respirar asomose.

Y con los ojos siguiendo  
al sol, ya poniente entonces,  
varios pensamientos llena  
su mente, en que cabe el orbe.

Lo primero que le ocurre  
es que el astro que se pone  
aún ilumina radiante  
a la lusitana corte.

A la cabeza del reino  
que la desventura enorme  
de una expedición guerrera,  
tan cristiana como noble,  
bajo su dominio ha puesto;  
y sagaz discurre sobre  
los medios de asegurarse  
diadema de tal renombre.

Tomando más largo vuelo  
su imaginación veloce,  
salva los inmensos mares,  
y sigue al sol, que traspone  
para llevar luz y vida  
a las ignotas regiones,

en que gloriosos ondean  
estandartes españoles.

Y al pensar que en cuantos climas  
visita el astro y recorre,  
vasallos suyos alumbra,  
en su grandeza gozose.

Pero, tornando en sí mismo,  
el vuelo altivo recoge,  
y su vanidad se estrella  
en siniestras reflexiones.

Al ver los celajes densos,  
que de la esfera borrones,  
del sol el descenso aguardan  
para ofuscarle, latiole

el pecho agitado, y dijo:  
«Del mismo modo los hombres  
a que un rey decline esperan,  
para tragarlo feroces.»

Se le figuró el gran astro  
cadáver que de vapores  
con la mortaja se hundía  
en la tumba de los montes;

y recordando que todo  
la muerte lo traga y rompe,  
retembló, de sudor frío  
su rostro seco bañose,

y tornó la vista a Oriente,  
ya dominio de la noche,  
el espectáculo huyendo  
que el ocaso presentole.

Notó allí varios luceros  
relucir, y sonriose  
amargamente, exclamando  
con hondas e internas voces:

«Si la majestad declina  
y su resplandor se esconde,  
¡qué ufanos su pobre brillo  
muestran vulgares señores!»

También aparta los ojos  
del Oriente, hallando donde  
quiera que los revolvía,  
desengaños o temores,

y de Éboli en el palacio,  
que estaba cerca, los pone,  
y sin intento los clava  
en sus abiertos balcones.

Por ellos juzga que advierte  
dos bultos en los salones,  
uno blanco y de señora,  
el otro obscuro y de hombre.

Y un agudo grito lanza,  
su rostro se descompone,  
y las tinieblas maldice  
de la ya cerrada noche.

Los ojos baja, y a Pérez  
viendo que se acerca, entrose  
cerrando el balcón maldito  
con recio y violento golpe.

### III

#### El secreto

En un oscuro aposento  
que solamente alumbraban  
las luces de dos bujías  
en candeleros de plata,  
donde tiene su despacho  
el augusto rey de España,  
y donde a pocas personas  
se les permite la entrada,  
a su secretario Pérez  
Felipe segundo aguarda,  
pues que llegó a conocerlo  
al atravesar la plaza.

A los muy pocos momentos  
cruje y se abre la mampara,  
y Pérez entra en silencio,  
y mudo a su rey acata.

Este, afable le recibe,  
que se le aproxime manda,  
y en conversación secreta  
dijéronse estas palabras:

«Mi hermano don Juan (al cabo  
es bastardo y esto basta)  
con su ambicioso manejo  
va a precipitar a Holanda.»

«Su poder allí es temible.»  
«Yo, Pérez, no temo nada;  
todos sus pasos vigilo  
y sé cuanto piensa y habla.»  
«Vuestra comprensión inmensa...»  
«Y mi poder. Confianza  
tiene en don Juan de Escobedo.»  
«Es de sus planes el alma.»  
«Recibe sus instrucciones.»  
«También recibe sus cartas.»  
«Y en una cartera verde,  
que jamás del seno aparta,  
las lleva... Las necesito.»  
«Pues no es cosa fácil...» «Nada  
a mi poder es difícil.  
¿Y juzgas, Pérez, que trata  
con la princesa estas cosas?...  
Las discretas, o son falsas...  
o se alucinan...» «No creo  
que una señora tan alta...»  
«Y tan bella y entendida...  
Pero Escobedo en su casa  
entra de oculto... Esta noche...»  
Siguió el rey en voz tan baja  
hablando a su secretario,  
y con expresión tan vaga,  
que adivinar no es posible  
cuáles fueron sus palabras.

Palabras que escuchó Pérez  
con una zozobra extraña,  
con el pecho palpitante,  
y con la faz demudada.  
Y al callar el rey, le dijo:  
«Vuestra Majestad lo manda,  
y es para mí ley suprema  
su voluntad soberana.  
»Mas, señor... Si por escrito,  
una orden vuestra firmada,  
o la firma solamente...  
con solo la firma basta.»  
Dio un paso atrás, furibundo,  
al escucharlo, el monarca,  
y lo fulmina y lo aterra  
con dos ojos como brasas.  
Pérez, que se abriera el suelo  
quisiera bajo sus plantas,  
y que en aquel punto mismo  
lo confundiera y tragara.

Cuando, de pronto, Felipe,  
con una sonrisa amarga,  
y el desprecio con que mira  
un feroz tigre a una rata:  
«Dices bien -prorrumpe-, amigo:  
Toma, que la empresa es ardua...»  
Y escribiendo cuatro líneas  
en un papel, se lo alarga.  
Temblando lo toma Pérez  
y va a partir; mas le traba  
el brazo con mano dura,  
más dura que unas tenazas,  
el rey; en su helado rostro  
ojos del infierno clava,  
diciendo: «Secreto y priesa,  
y yo soy quien te lo encarga.»  
Marchó Pérez, y Felipe  
tomando el estoque y capa,  
salió solo, y dirigiose  
de la princesa a la casa.

#### IV

##### La cartera verde

En su magnífico estrado,  
¡cuán gallarda, cuán hermosa  
brilla la persona ilustre  
de doña Ana de Mendoza!  
De seis candelas de esperma  
que un candelabro coronan,  
do recorta y abrillanta  
la luz cinceladas hojas,  
al resplandor aparecen  
su tez de nieve y de rosa,  
de oro puro sus cabellos,  
claros luceros sus joyas.  
Sentada en un taburete  
el brazo ebúrneo coloca  
en un velador cuadrado,  
que cubre persiana estofa,  
y en que matizadas flores  
dan al ambiente su aroma,

en vasos de porcelana  
de extraño barniz y forma.

Enfrente de la princesa,  
en un sillón de caoba,  
de los primeros acaso  
que se usaron en Europa,  
está Felipe segundo,  
procurando a toda costa  
de amable y franca dulzura  
dar el aire a su persona.

Y después de varias frases,  
de mera etiqueta todas,  
y de discretas razones  
de cortesana lisonja:

«Al anochecer -prorrumpe-  
¿habéis tenido, señora,  
alguna visita?» Y clava  
los ojos, cual de raposa,  
en el pálido semblante  
de doña Ana de Mendoza,  
que responde balbuciente:  
«No, señor..., he estado sola;  
»mi mayordomo un momento...»

No dijo más, y a la boca  
del rey, que nada contesta,  
sonrisa infernal asoma.

Tras de un rato de silencio,  
que a doña Ana se le antoja  
un siglo, se alza Felipe,  
un laúd templado toma,  
y galán se lo presenta  
diciendo: «Tened, señora;  
dad vida al callado ambiente,  
encadenad mi alma toda.»

La princesa, obedeciendo,  
las cuerdas pulsa sonoras,  
y melancólicos tonos  
sin concierto alguno brotan.

El rey, lento, se pasea  
por la estancia, dando poca  
atención a lo que escucha,  
que otras ideas le acosan.

Y aunque gran sosiego finge,  
es su inquietud bien notoria,  
y que habla consigo mismo  
en su semblante se nota.

La princesa lo conoce  
y trasuda y se acongoja,  
pidiéndole a Dios de veras  
que la visita sea corta.

Al balcón el rey se acerca  
y lo abre inquieto, se asoma,  
y se retira, y escucha,  
y sin cerrarlo lo entorna.

Entra la brisa en la sala,  
agita las luces todas,  
y a su ondulación parece  
que todo se mueve y borra,  
y que el aposento tiembla,  
y que en fantásticas formas  
los muebles y colgaduras  
ya se alargan, ya se acortan.

«Señor -dice la princesa-:  
el viento, ¿no os incomoda?  
Está hartos fresca la noche,  
cuidad más vuestra persona.»

Iba a responder Felipe,  
cuando a las ánimas tocan  
las campanas, y en la tierra  
con gran devoción se postra.

Lo mismo hace la princesa,  
en silencio entrambos oran,  
se santiguan, y levantan,  
y el rey mudo a escuchar torna.

Se oye un rumor a lo lejos,  
y como un grito; se azora  
la dama, y dice: «¿Qué suena?»  
Y, el alma deshecha y rota,  
va hacia el balcón. Mas Felipe  
lo cierra de pronto, y ronca  
la voz: «Nada ha sido -dice-,  
el rumor de alguna ronda.»

De mármol queda doña Ana,  
el rey clavado en la alfombra,  
y todo en hondo silencio,  
y en quietud la estancia toda.

Llega un paje, anuncia a Pérez,  
y entra Pérez. Su persona  
es más siniestra que nunca,  
más descompuesta su ropa.

Es su semblante de azufre  
entreabierto trae la boca,

y tiemblan sus miembros todos,  
grande agitación le agobia.

Desconcertado, en secreto  
dice al rey palabras pocas,  
y de terciopelo verde  
le da una cartera. Toma

la cartera el rey, la mira,  
y en contemplarla se goza,  
mostrando su faz el gusto  
que en su corazón rebosa.

También la ilustre princesa  
la mira y la mira ansiosa,  
la reconoce y advierte  
de sangre en ella una gota;

de sangre fresca, y de sangre  
ve en la mano temblorosa  
de Pérez alguna mancha,  
y en sus puños y valona.

Y da un profundo gemido,  
su cabeza se trastorna,  
y exánime y desmayada  
en un sillón se desploma.

## V

El cadáver. El fugitivo. El muerto

A la mañana siguiente,  
cuando fue devoto pueblo  
a oír la misa del alba  
de Santa María al templo,  
en aquella corta calle,  
más bien callejón estrecho,  
que por detrás de la iglesia  
sale frente a los Consejos,  
se halló tendido un cadáver.  
De un lago de sangre en medio,  
con dos heridas de daga  
en el costado y el pecho.

Pronto fue reconocido  
por el de Juan de Escobedo,  
del insigne don Juan de Austria  
secretario y camarero.

Y como aún rico ostentaba  
la cadena de oro al cuello,  
y magníficos diamantes  
en los puños y en los dedos,  
que obra no fue de ladrones  
se aseguró, desde luego,  
el horrible asesinato  
que a Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo a pocos meses  
Antonio Pérez, el reino  
de Aragón turbó con bandos  
y desastrosos sucesos,  
y condenado y proscrito,  
pobre, aborrecido, enfermo,  
murió en la mayor miseria  
en países extranjeros.

Y después de algunos años,  
al rey Felipe, ya viejo,  
arrebátale la muerte  
a dar cuenta al Ser Supremo.

Dónde se habrán encontrado  
los tres, tan solo saberlo  
puede Dios, mas yo imagino  
que habrá sido en el infierno.

Recuerdos de un grande hombre

A mi sobrino, el Excmo. Sr. don Cristóbal Colón y La Cerda,  
marqués de la Jamaica.

I

El niño hambriento

A media legua de Palos,  
sobre una mansa colina,  
que dominando las mares  
está de pinos vestida,

de la Rábida el convento,  
fundación de orden francisca,  
descuella desierto, solo,  
desmantelado, en ruinas.

No por la mano del tiempo,  
aunque es obra muy antigua,  
sino por la infame mano  
de revueltas y codicias,

que a la nación envilecen  
y al pueblo desmoralizan,  
destruyendo sus blasones,  
robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento,  
ante la portada misma,  
en la llana plataforma,  
sitio de admirable vista.

Una mañana de marzo,  
mientras que solemne misa  
en la iglesia se cantaba  
y escaso concurso oía,

tres y medio siglos hace,  
para gloria de Castilla,  
apareció un extranjero,  
de presencia extraña y digna.

En aquel punto acababa  
de llegar allí; vestía  
justillo de roja tela,  
aunque usada y vieja, fina;

un manto de lana pardo  
con mangotes y capilla,  
un birrete de velludo,  
y de orejeras caídas,

unas portuguesas botas,  
más enlodadas que limpias,  
y bajo el brazo pendiente  
un zurrón, saco o mochila,

donde un pequeño astrolabio,  
una brújula marina,  
un libro de devociones  
y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente,  
penetrante era su vista,  
su nariz algo aguileña,  
su boca muy expresiva,

proporcionados sus miembros,  
y su edad, si no florida,  
tampoco tan avanzada  
que llegase a estar marchita.

Con el cariño de padre,  
de la mano conducía  
un cansado y tierno niño,  
de belleza peregrina,  
    pues en su cándido rostro  
de rosa y jazmín lucían  
dos nobles ojos azules,  
llenos de inocencia y vida,  
    y desde su ebúrnea frente  
por su cuello descendían  
los cabellos anillados,  
que el sol miró con envidia.  
    Ser dijérase el modelo  
que de Urbino, el gran artista,  
en los ángeles copiaba,  
que tanto encanto respiran.  
    Y de su gallardo padre  
a la sombra, parecía  
un lirio fresco y lozano  
que nace al pie de una encina.

Este extraño personaje,  
con esta criatura linda,  
taciturno paseaba  
con facha contemplativa.  
    Ora por el mar de Atlante  
que rizaban frescas brisas,  
como buscando una senda  
giraba ansiosa la vista,  
    ora allá en el horizonte  
de Occidente la ponía,  
cual si algún objeto viera,  
inmóvil, clavada, fija.  
    Y ya al cielo una mirada  
de entusiasmo y de fe viva  
daba, animando su rostro  
una inspirada sonrisa,  
    y ya de pronto, inclinando  
la frente a tierra, teñían  
melancólicos colores  
sus deslumbradas mejillas.  
    De sus hondos pensamientos  
y de su inquietud continua,  
sacole la voz del niño  
que pan y agua le pedía:  
    pues en cuanto oyó su acento  
y vio su aflicción, se inclina,  
tierno le toma en los brazos,  
lo consuela, lo acaricia,

y diligente se acerca  
a la abierta portería,  
a demandar el socorro  
que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego,  
que entre en el claustro le indica,  
y que en un escaño espere  
mientras él va a la cocina.

Fray Juan Pérez de Marchena,  
guardián entonces por dicha,  
junto a los viajeros pasa  
volviendo de decir misa,  
y curioso contemplando  
su apariencia peregrina,  
informose del socorro  
que cortésmente pedían.

Y por un secreto impulso  
que en favor de ellos le anima,  
inspiración de los cielos  
que su nombre inmortaliza,

o porque era religioso  
de caridad y de eximia  
virtud, y muy compasivo  
con cuantos allí venían,

a aquellos huéspedes ruega  
que en su pobre celda admitan  
parte de su escaso almuerzo  
y descanso a sus fatigas.

Aceptado fue el convite,  
y por la escalera arriba,  
el religioso delante  
y el hijo y padre en pos iban,

formando un sencillo cuadro  
cuyo asunto ser diría,  
el talento y la inocencia  
con la religión por guía.

## II

### El almuerzo

En el estrecho recinto  
de una franciscana celda,  
cómoda, aunque humilde y pobre,  
y de extremada limpieza,  
de la Rábida el prelado  
con sus dos huéspedes entra,  
y después que sendas sillas  
les ofrece y les presenta,  
abre franco y obsequioso  
una mezquina alacena,  
de donde bizcochos saca,  
una redoma o botella  
del vino más excelente  
que da el condado de Niebla,  
aceitunas, pan y queso,  
y tres limpias servilletas,  
acomodándolo todo  
en una redonda mesa,  
no lejos de la ventana  
que daba vista a la huerta.

En seguida llama al lego,  
y que al punto traiga, ordena,  
huevos con magras adunia,  
y chanfaina si está hecha,  
encargándole que todo  
caliente y sabroso venga,  
que no charle en la cocina,  
ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones,  
al extranjero se acerca  
(que por tal le ha conocido  
en el porte, traje y lengua),  
con una taza le brinda,  
y al niño que tome ruela  
un bizcocho, que le alarga,  
y lo acaricia y lo besa.

Bebe el huésped, luego bebe  
fray Juan Pérez de Marchena,  
y el niño come el bizcocho,  
toma un sorbo de agua fresca,  
y con el zurrón que el padre  
se ha quitado y puesto en tierra,  
sacando cuanto contiene  
vivaracho travesea.

El guardián varias preguntas  
hace al extranjero acerca  
de su patria, de su estado,  
y del arte que profesa,

aunque aquellos instrumentos  
con que la criatura juega,  
que le son muy familiares,  
ya casi se lo revelan.

Que es genovés y viudo  
atento el huésped contesta;  
que es navegar su ejercicio,  
y de piloto su ciencia.

Y así como una vasija  
que está rebosante y llena  
de un líquido, algo derrama  
a muy poco que la muevan,  
dio indicios claros, patentes,  
en sus fáciles respuestas,  
de aquel grande pensamiento,  
portentoso, que le alienta,  
que exclusivo su alma absorbe,  
que es la sangre de sus venas,  
que es el aire que respira,  
que es ya toda su existencia,  
y que causó los extremos  
que delante de la iglesia,  
el mar contemplando, hizo,  
como referidos quedan.

Que el Occidente escondía,  
dijo, riquísimas tierras;  
que era el ancho mar de Atlante  
de la gran Tartaria senda,

y que dar la vuelta al mundo  
para él cosa fácil era,  
con otras raras especies  
tan inauditas, tan nuevas,

que al escucharle, pasmado  
fray Juan Pérez de Marchena  
(aunque a osados mareantes  
hablaba con gran frecuencia,

por haber muchos en Palos,  
y aunque sabe las proezas  
y raros descubrimientos  
de las naves portuguesas),

no acierta si está escuchando  
a un orate o a un profeta,  
si es un ángel o un demonio  
el hombre que está en su celda.

Mudo se alza; llama al lego,  
y que busque a toda priesa  
le manda a Garci-Fernández,  
que estaba ha poco en la iglesia.

No tardó Garci-Fernández  
en presentarse en la escena

con el lego, que el almuerzo  
colocó sobre la mesa.

Era médico de Palos,  
hombre docto y de experiencia,  
de sagacidad y astucia,  
de malicia y de reserva.

Viejo y magro, pero fuerte,  
mellado, la cara seca,  
calvo, la barba entrecana  
y la tez tosca y morena.

De estezado una ropilla,  
calzas de burda estameña,  
la capa de pardo monte,  
y el sombrero de alas luengas,  
era su traje. La mano  
y el hábito al fraile besa,  
y al incógnito saluda  
con curiosidad inquieta.

El médico, el extranjero  
y el padre guardián se sientan,  
dando al almuerzo principio,  
y mutuamente se observan.

Pero el silencio interrumpe,  
después de haber hecho seña  
al sagaz Garci-Fernández,  
fray Juan Pérez, y comienza  
a hablar de navegaciones  
y desconocidas tierras,  
preguntándole a su huésped  
su parecer sobre ellas.

Fue bastante haber tocado  
con sagacidad la tecla:  
la facilidad verbosa  
del genovés se despliega.

Y con aquellas razones  
de convencimientos llenas,  
con que se sienta y sostiene  
lo que se sabe de veras,  
sus inspiraciones pinta,  
sus observaciones cuenta,  
su sistema desenvuelve,  
sus proyectos manifiesta.

Recorre a sus pergaminos,  
los desarrolla, y enseña  
cartas que él mismo ha trazado  
de navegar, mas tan nuevas,  
y, según él las explica,  
en cosmográfica ciencia  
demostrándose eminente,  
tan seguras y tan ciertas,

que el pasmo del religioso  
y su indecisión aumentan,  
mientras al médico encantan,  
le convencen y embelesan.

De aquel ente extraordinario  
crece la sabia elocuencia,  
notando que es comprendido,  
y de entusiasmo se llena.

Se agranda; brillan sus ojos  
cual rutilantes estrellas;  
brotan sus labios un río  
de científicas ideas;  
no es ya un mortal, es un ángel,  
de Dios un nuncio en la Tierra,  
un refulgente destello  
de la sabia omnipotencia.

Comunica su entusiasmo,  
que el entusiasmo se pega,  
a los que atentos lo escuchan,  
a los que mudos lo observan.

El médico, el religioso,  
y hasta el lego que a la mesa  
sirve, y ha escuchado inmóvil,  
y con tanta boca abierta,  
mas sin entender palabra,  
en entusiasmo se queman,  
y de haber visto aquel día  
dan gracias a Dios sus lenguas.

Y piden que luego luego  
se lleve a cabo la empresa,  
y quieren ir y una parte  
tener en las glorias de ella.

Y ya se ven en los mares,  
y ya en ignoradas tierras,  
y ya el asombro del mundo  
con nombre y con fama eterna,  
formando la celda un cuadro  
digno de que en él hubieran  
o Zurbarán o Velázquez  
apurado sus paletas.

Mas, ¡ay!, pronto de aquel cielo  
de ilusiones halagüeñas  
bajan a lo positivo  
de la miserable tierra,  
cuando en sí mismos volviendo  
reconocen su impotencia,  
y los elementos grandes  
que ha menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado  
que en pobre lecho despierta,  
cuando soñaba que un trono  
era poco a su grandeza,  
pues de un obscuro piloto  
volviendo a entrar en la esfera  
el genovés, abatido,  
les refiere su pobreza:

que no han querido ayudarle  
ni su patria ni Venecia;  
que la corte de Lisboa  
se burla de sus propuestas;  
que los sabios no le entienden,  
que los ricos le desprecian,  
que los nobles no le escuchan,  
que el vulgo le vilipendia.

Mas como después añade  
que aún la esperanza le alienta  
de encontrar grata acogida  
en el rey de la Inglaterra,

donde ya tiene un hermano  
con proposiciones hechas,  
y que él mismo, a acalorarlas<sup>4</sup>,  
ir allá muy pronto piensa,

el amor patrio más puro  
en las españolas venas  
del médico y del prelado  
se inflama y súbito truena,

pues unánimes prorrumpen:  
«De España la gloria sea;  
no busquéis lejanos reinos  
cuando el mejor se os presenta,  
»y el que sediento de gloria  
más imposibles anhela.

Corred, buscad el apoyo  
de la castellana reina,

»de doña Isabel invicta,  
que es la más grande princesa  
que han admirado los siglos,  
y que ha ceñido diadema.»

De los dos el entusiasmo  
también a su vez se pega  
al genovés, y aquel nombre,  
pronunciado con tal fuerza

por el físico y el fraile,  
el alma y pecho le llenan  
de esperanza tan vehemente,  
que sus planes desconcierta.

En sus rutilantes ojos,  
como en su boca entreabierta,

y en su palpitante pecho,  
y en su animada apariencia,  
el sagaz Garci-Fernández  
lo conoce, y «No se pierda  
momento -prosigue-; al punto  
id a Córdoba, que es cerca.

»Allí encontraréis la corte:  
pues el cielo os la presenta  
tan inmediata, propicia  
la hallaréis; nada os detenga.»

Y fray Juan Pérez añade:  
«Marchad, sí; Dios os lo ordena;  
carta os daré para el padre  
Hernando de Talavera,

»religioso de valía  
que es confesor de la reina.  
Y porque ningún cuidado  
vuestra jornada entorpezca,  
»este vuestro tierno niño  
aquí en el convento queda,  
de mi seráfico padre  
so la protección inmensa.»

No dijeron más. Escribe,  
dando la cosa por hecha,  
la carta Garci-Fernández;  
fray Juan Pérez de Marchena  
la firma; su propia mula  
ensillar al punto ordena,  
y las pródidas alforjas  
preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entonces,  
cual si alguna oculta fuerza  
le compeliere, el piloto,  
que aún no había dado respuesta,

en pie se puso, y resuelto  
exclama de esta manera:  
«A Córdoba; Dios lo quiere;  
su gracia me favorezca.»

Al tierno y precioso niño  
acaricia, abraza y besa,  
no sin lágrimas sus ojos,  
no su corazón sin pena.

A rezar un corto rato  
vase devoto a la iglesia,  
do el escapulario viste  
de la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos  
se despide ya en la puerta,  
cabalga, aguija, y a trote,  
de la Rábida se aleja.

### III

#### La dama

De Abderramén la mezquita  
y de Almanzor las murallas,  
y el puente de Julio César,  
y las vividoras palmas,  
    que más de dos luengos siglos  
muerto ornato se miraban  
del sepulcro de un imperio,  
o de una tumba de hazañas,  
    como evocadas reviven,  
las musgosas frentes alzan,  
y para Córdoba juzgan  
que una nueva aurora rayan,  
    y que renacen los días  
de gloria, poder y fama,  
en que Atenas de Occidente,  
en que Roma musulmana,  
    o ilustró al mundo con ciencias  
o rindió al mundo con armas,  
como de sabios emporio,  
como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes  
que son Atlantes de España,  
los que un imperio fundaron  
que ningún imperio iguala,  
    a Córdoba han elegido  
para corte, centro y plaza  
de los bélicos aprestos  
que han de triunfar en Granada.

Los grandes y ricos homes  
acuden con sus mesnadas,  
y con todo el aparato  
de sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones  
las ciudades más lejanas,  
con sus bravos caballeros  
y con sus huestes gallardas.

Allí los grandes maestros  
sus estandartes levantan.  
Y allí prelados concurren,  
y allí legados del Papa,  
los personajes de corte,  
los magistrados de fama,  
los más ilustres señores  
y las más apuestas damas.  
Y llegan aventureros  
y soldados de ventaja,  
y jinetes, y peones,  
ballesteros y hombres de armas.  
Y cual nube de pardales  
que viene a la seca parva,  
o cual reguero de hormigas  
que al costal volcado ataca,  
traficantes, labradores  
y ganaderos se afanan  
en apurar la moneda  
con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento  
a Córdoba reputara  
quien notase su bullicio,  
quien oyese su algazara.  
Y al ver llenos sus palacios  
de rica nobleza tanta,  
y sus calles, y sus muros,  
y sus huertos y sus plazas  
hervir en enjambre inmenso  
de tan diversas comparsas,  
de tan distintos vivientes,  
de ocupaciones tan varias.

A las funciones de iglesia  
suceden las cabalgadas,  
a los consejos de corte,  
los alardes y las danzas;  
los saraos a los banquetes,  
a los torneos las farsas,  
a las consultas y audiencias  
festejos, toros y cañas.  
Todo es movimiento y vida,  
todo actividad extraña,  
todo bélico aparato,  
todo fiestas cortesanas.  
Todo es riqueza y aliento,  
todo brocados y holandas,

todo confusión alegre,  
todo caprichos y galas.

Córdoba es concilio, corte,  
almacén, campo de armas,  
tribunal, mercado, lonja,  
escuela, taller y sala.

Ya una procesión solemne  
lenta por las calles marcha,  
ya los reyes atraviesan  
con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,  
allí granos y vituallas,  
acá se doman corceles,  
allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,  
aquí se bordan gualdrapas,  
acá se recaman vestes,  
allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,  
los pendoncillos y lanzas,  
las enseñas y divisas  
forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,  
arde en bruñidas corazas,  
y en plumas, telas, recamos,  
vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,  
ora rimbomban campanas,  
ya redoblan los tambores,  
ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa,  
no hay sin movimiento un alma,  
ni imaginación tranquila,  
ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,  
otros nombre y lauros ansían,  
quién va a ganar indulgencias,  
quién gloria pide y aguarda.

Y todas estas ideas  
se humillan, aunque tan varias,  
a un gigante pensamiento,  
LA CONQUISTA DE GRANADA.

Entre el inmenso gentío  
y entre barahúnda tanta,  
como en medio de un desierto,  
solo y silencioso vaga,  
soñador, pobre, abatido,  
sin que sus proyectos hayan

un solo apoyo encontrado,  
merecido una mirada,  
    el genovés navegante,  
que a la corte castellana  
desde la Rábida vino  
tras falaces esperanzas.

Y el cual bien puede decirse  
que ha llegado en hora mala  
a aquel abreviado mundo,  
a aquella Babel de España.

Fray Hernando Talavera  
es persona de importancia,  
ve una mitra en perspectiva,  
todo lo demás es nada.

Con desdén ha recibido  
de un fraile obscuro la carta,  
y juzga al recomendado  
un arbitrista sin blanca.

De estado los grandes hombres,  
que con los reyes trabajan,  
no tienen tiempo, no escuchan,  
solo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan  
de una catadura extraña,  
y del humilde atavío  
de la persona más sabia.

Los guerreros nada tienen  
de común con el que habla  
de círculos y de estrellas,  
y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,  
cual un loco, del que anda  
tan desharrapado, y grave  
ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia,  
y de los reyes la gracia  
con tan contrarios auspicios,  
en cosa imposible raya.

Hace un mes que el extranjero  
rueda por las antesalas,  
siendo burla de los pajes,  
juguete de la canalla.

Y aburrido y despechado  
de volver por su hijo trata,  
y de volar a otros reinos  
sin pensar más en España.

Pero acá en el mundo somos  
de la omnipotencia sabia

sólo instrumento, sus miras  
nadie puede penetrarlas;  
y por medios tan ocultos,  
por ocurrencias tan raras  
se cumplen, que en vano el hombre  
esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría  
que Guadalquivir retrata,  
aún no del perverso gusto,  
cual después, contaminada,  
devoto entra el mareante  
cuando el son de la campana  
a las vísperas solemnes  
a los fieles convocaba.

Por las más oscuras naves,  
y por las más solitarias,  
siempre huyendo del gentío,  
cruza con incierta planta.

Y en aquel bosque de mármol,  
y a su luz tibia y opaca,  
una evocación parece,  
un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla  
de esmaltes y filigranas,  
que del Zancarrón el vulgo,  
y todo Córdoba llama,  
a una columna de jaspe  
al cabo apoya la espalda,  
y en hondas meditaciones  
sueña, delira, se extasía.

Cuando acaso una señora,  
sin advertir en él, pasa  
tan cerca, que con el manto  
casi le toca la cara.

Este pequeño incidente  
para volverle en sí basta,  
y sintiéndose arrastrado  
por una violencia extraña,  
por un superior impulso  
de aquellos que no se aguardan,  
sigue, cual can a su dueño,  
maquinalmente, a la dama.

Esta, ante un altar dorado  
donde la imagen brillaba  
de la Virgen, se arrodilla,  
abre el manto y se destapa.

Y a la luz de seis candelas  
que el retablo iluminaban,

deja ver un lindo rostro  
lleno de candor y gracia,  
y de expresión tan devota,  
y de belleza tan rara,  
y de modestia tan grande,  
y de nobleza tan alta,  
como se admira en los rostros  
que dio Murillo a sus santas,  
y que de un ángel del cielo  
pudo tan solo copiarlas.

El extranjero, encantado,  
sus afanes y sus ansias  
olvida un punto, y los ojos  
en aquel tesoro clava.

Levántase la señora  
al acabar sus plegarias,  
retírase, y el piloto  
sigue absorto sus pisadas,  
sin saber qué le sucede,  
sin acertar qué le pasa,  
como sujeto y ligado  
por hechizo, encanto o magia.

Al patio de los Naranjos  
salen ambos, y él se aparta,  
al ver que dos escuderos  
a la señora acompañan.

Mas aún de lejos la sigue,  
cuando quiso su desgracia,  
mejor diré su fortuna,  
que en la calle se encontrara  
con un tropel de muchachos,  
que de pronto en él reparan,  
y como de que era loco  
varias especies volaban,

«Al loco», gritan, y empiezan  
con silbidos y pedradas,  
con insultos y con voces,  
que suelen pasar por gracia.

Al estruendo, la señora  
con curiosidad se para,  
y al ver en tal paso a un hombre  
pobre, mas de noble traza,  
que le den auxilio al punto  
a sus escuderos manda,  
y ella se acerca y le ofrece  
el amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enríquez,  
que es la cordobesa dama,

tan discreta como hermosa,  
tan buena como gallarda,  
entra el genovés piloto  
en una soberbia cuadra,  
de gadamecí vestida  
con las molduras doradas,  
y un estrado de almohadones  
de terciopelo con franjas,  
y con grandes borlas de oro  
sobre alfombras de Granada;  
mas tan turbado y confuso,  
que no acierta a hablar palabra,  
y tan solo en que respira  
se ve que no es una estatua.

Tampoco está la señora  
muy en sí; tampoco halla  
aquellas frases precisas  
de quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia  
en aquel hombre, y le pasma  
su noble fisonomía,  
que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente  
que es el marino a quien llaman  
unos loco y otros sabio,  
atenta le observa y calla.

Al cabo el hielo rompióse,  
y la primera la dama  
le ruega que tome asiento  
y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato  
una berberisca esclava,  
con búcaros primorosos  
en su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,  
con tal dignidad y tanta  
cortesanía, le rinde  
por aquel servicio gracias,  
que el parabién la señora  
de ocurrencia tan extraña  
se da a sí misma, y se esmera  
en obsequios y en palabras.

Esta primera visita  
otras produjo más largas,  
y de muy pocas al cabo  
se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante  
en dejar tan pronto a España,

renueva sus pretensiones,  
torna a rodar antesalas.

De Hernando de Talavera  
la altivez ya no le espanta.  
Insiste en ver a los reyes  
y renueva sus demandas.

Doña Beatriz, afanosa,  
siendo ya depositaria  
de sus planes y proyectos,  
que la envanecen y exaltan,  
le aconseja y lo reanima,  
lo consuela y lo entusiasma,  
y conexiones le busca  
con femenil eficacia.

Él mismo en Córdoba logra  
con su permanencia larga,  
que algunos doctos le escuchen,  
tratar a personas altas.

Y ya sus propuestas toman  
cierto color de importancia,  
y ya con calor y aprecio  
del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,  
del rey tesorero, enlaza  
con él amistad estrecha  
y en protegerlo se afana.

Y don Pedro de Mendoza,  
el gran cardenal de España,  
uno de los más ilustres  
varones de nuestra patria,  
afable se le demuestra,  
y con su poder alcanza  
que el mismo rey le conceda  
la audiencia tan deseada.

Frío, suspicaz, severo  
le oye el rey. Pero le llaman  
la atención de aquel piloto  
la dignidad y la calma,

el convencimiento firme,  
las explicaciones claras.  
Y aunque de la inmensa idea  
toda la extensión no alcanza,  
la envidia a los portugueses,  
de dominación el ansia,  
y el carácter de aquel siglo  
caballeresco y de hazañas,

le obligan a que al instante  
dé acogida afable y grata  
al hombre y a su proyecto,  
porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra  
hacer nuevos le embarazan,  
ni otra empresa empezar puede  
hasta rendir a Granada.

Y cual político astuto,  
por ganar tiempo y dar largas,  
su protección y su auxilio  
al piloto ofrece, y manda  
que los sabios eminentes  
de la docta Salamanca  
con detención examinen  
la propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante  
tal decisión del monarca,  
mas que con ella se avenga  
doña Beatriz quiere, y basta.

#### IV

#### Tiempo perdido

Dejando atrás a Granada,  
en cuyas torres el viento  
ya la cruz triunfante adora  
entre cristianos trofeos,  
y dejando atrás la corte  
de los hispánicos reinos,  
donde tristes desengaños  
cogió y amargos desprecios,  
va el genovés navegante,  
va el portentoso extranjero  
en una mula de paso  
hacia Córdoba derecho.

Sin volver atrás los ojos,  
pobre, abatido y enfermo,  
sale de la hermosa vega,  
que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales  
del infortunio y del tiempo,  
que los años y desgracias  
dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos  
desde que llegó al convento

de la Rábida y el nombre  
quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas,  
y todos sus pensamientos,  
disipadas mira en humo,  
en polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca  
los doctores y maestros,  
más bien que examinadores,  
jueces inflexibles fueron.

Y le trataron altivos,  
aunque era más sabio que ellos,  
no cual docto que consulta,  
sino cual convicto reo.

Sus geométricas verdades  
por respuesta hallaron textos;  
sus cálculos, silogismos;  
sus demostraciones, ergos.

Y aunque varios religiosos  
de San Esteban (colegio  
donde fue la conferencia)  
que eran sabios verdaderos,  
si comprender no lograron  
al inspirado extranjero,  
le escucharon con asombro  
y su importancia advirtieron,  
los más, cual siempre acontece,  
arrollaron a los menos,  
y sobre un hombre tan grande,  
y sobre un tan gran proyecto  
informaron a la corte  
con el más alto desprecio,  
de visionario y de loco  
prodigándole dicitrios.

El no entendido, más firme  
en sus altos pensamientos;  
de su plan, el contradicho,  
más convencido y más cierto;  
de sí mismo más seguro  
mientras halla más tropiezos,  
y nuevas fuerzas cobrando  
de su propio abatimiento;  
del genovés navegante  
parece el alma de acero,  
escollo inmóvil que arrostra  
siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España  
acoja ya sus esfuerzos,

ni que las ventajas logre  
de tales descubrimientos.

Y a Córdoba, despechado,  
veloz regresó, resuelto  
de irse a buscar a otra corte  
para realizarlos medio.

Mas doña Beatriz Enríquez  
y el fruto inocente y tierno  
de sus plácidos amores,  
detenerle aún consiguieron.

Eslabones más tenaces  
que los de forjado hierro,  
y con que a aquel hombre insigne  
ató a mi patria el Eterno.

El genovés, obligado  
por las prendas de su afecto  
a no abandonar a España,  
buscó en ella rumbo nuevo,  
y partió con gran reserva  
de Santa María al puerto,  
que era del ínclito duque  
de Medinaceli feudo,  
a buscar su patrocinio  
y a ofrecerle ignotos reinos.  
El duque con grandes honras  
lo acogió con sumo aprecio,  
y ya preparaba naves,  
propias suyas, y dinero  
con que el hombre extraordinario  
llevase a cabo su intento,  
cuando de la corte tuvo  
aviso de que con ceño  
y con envidia y sospechas  
miraba el rey sus aprestos.  
Suspendiolo advertido,  
y exhortó con noble celo  
al piloto a que a la corte  
y al rey regresase luego.

A la inexorable suerte  
que sus más vivos anhelos  
contrariaba, y le tenía  
atado al hispano suelo,  
tuvo el genovés constante  
que humillarse con despecho,  
y tornó a la hispana corte,  
y en ella a luchar de nuevo.

El mismo rey don Fernando,  
que no quedó satisfecho  
del salamanquino informe,  
le maneja astuto y diestro.

Le halaga con esperanzas  
(que detenerle es su objeto),  
hasta que la infiel Granada  
rinda a sus plantas el cuello.

Siguió aburrido a la corte  
el soñador extranjero,  
de aquella famosa guerra  
presenciando los progresos.

En el asalto de Baza,  
de Málaga en el asedio,  
en otras altas acciones,  
y en muchos duros reencuentros,  
discurrió como perito,  
se mostró cual caballero,  
combatió como cristiano  
y se portó como bueno.

De la opulenta Granada  
rendirse el poder soberbio  
presenció, en fin, de Castilla  
y de Aragón al esfuerzo,  
y de las regias ofertas  
llegado el plazo creyendo,  
con más tesón y energía  
llamó la atención de nuevo.

Mas en vano; otras consultas  
y otros plazos le han propuesto,  
que los gastos de la guerra  
tienen el tesoro yermo.

Conque de toda esperanza  
perdidos los fundamentos,  
dejar a España de veras,  
de veras tiene resuelto.

Ni aun de Alonso Quintanilla  
se ha despedido, temiendo  
que elocuente y amistoso  
aún pretenda detenerlo.

Y hacia Córdoba camina,  
seguro de que los ruegos  
de doña Beatriz Enríquez  
no han de hacer mella en su pecho.

Nada ya, nada en el mundo  
le detiene, no hay remedio.  
¡Oh cuánto poder y gloria  
pierde España con perderlo!

En su acalorada mente  
tanto agravio recorriendo,

y ansioso ya de encontrarse  
en la corte de otro reino,  
    aguija la tarda mula,  
no le permite resuello,  
ya de Pinos de la Puente  
llega al miserable pueblo,  
    y, sin detenerse, pasa  
el despeñado riachuelo,  
que entre riscos y entre juncias  
va de Genil al encuentro.

    Sigue adelante el camino,  
cuando, detrás, el estruendo  
de un caballo que galopa  
oye resonar violento,  
    y alcánzale a pocos pasos,  
en un cordobés overo,  
de sudor cubierta el anca,  
blanco de espumas el pecho,  
    arrogante y decidido,  
un atildado mancebo  
vestido un rico tabardo  
de carmesí terciopelo,  
    con castillos y leones  
de plata y oro cubierto,  
y un penacho rojo y jalde  
volando sobre el sombrero.

    Era un paje de la reina,  
que al punto reconociendo  
a la persona a quien busca  
en el piloto extranjero,  
    le dice en voz alta: «Amigo,  
atrás volved luego luego,  
pues de que sin vos no torne  
orden terminante tengo.»

    El genovés, irritado,  
para la mula de presto,  
pone la mano en la espada,  
y dice con gran denuedo:  
    «Antes que la rienda vuelva  
me dejaréis aquí muerto;  
basta, vive Dios, de burlas;  
a España nada le debo.»

    Desconcertose al mirarlo  
tan decidido y dispuesto  
el paje, que le responde:  
«Ni me burlo ni os ofendo,  
    »pues la reina, mi señora,  
me ha mandado deteneros  
y que a su presencia os lleve;  
ved si obedecerla debo.»

Bastó el nombre de la reina  
para un trastorno completo  
del navegante ofendido  
hacer en cabeza y pecho,  
    que era nombre a quien tan alto  
prestigio dio el mismo cielo,  
que allanara un alto monte,  
que domara el mar soberbio.

A tal nombre sus agravios,  
todos sus resentimientos,  
todos los años perdidos  
y todos sus planes nuevos  
    el genovés olvidando,  
abre palpitante el pecho  
a tan vehemente esperanza,  
a porvenir tan risueño,  
    que le parece aquel paje  
ángel bajado del cielo,  
y en éxtasis delicioso  
queda inmóvil y suspenso.

Jamás conseguido había  
explicar su alto proyecto,  
de la gran reina delante,  
y ahora ve ocasión de hacerlo.

Por lo que, rompiendo al punto  
aquel rato de silencio,  
lleno de vida el semblante,  
responde al mudo mancebo:

«Pues doña Isabel lo manda,  
voy con vos y la obedezco.»  
Y revolviendo la mula  
sigue detrás del overo.

## V

### La reina

Del apartado Occidente  
a las ignotas regiones,  
que solo nuestro viajero  
por revelación conoce,  
    ya el sol descendido había,  
dejando estos horizontes

envueltos en vagas sombras  
de una sosegada noche,  
    cuando a Santa Fe llegaron,  
sin haber dejado el trote,  
caminando en gran silencio  
el extranjero y el joven.

A las puertas del palacio  
descabalgan, y veloces  
la regia escalera suben,  
sin que los guardias lo estorben,  
    pues el paje de la reina,  
a quien todos reconocen,  
le sirve a su compañero  
de seguro pasaporte.

Llegados a la antesala,  
donde damas y señores  
acaso esperan audiencia  
con distintas pretensiones,  
    al piloto dice el paje  
que allí lo espere, y entrose  
a dar parte a su señora  
de estar cumplida la orden.

Vuelve al instante, y llamando  
al genovés, indicole  
la respetada mampara  
que, en cuanto este entró, cerrose.

En un camarín pequeño,  
vestido con pabellones  
de berberiscos damascos  
y una alfombra de colores,  
    junto a un cuadrado bufete,  
que rico tapete esconde  
de carmesí terciopelo  
con franjas de oro y borlones,  
    enfrente de un oratorio  
de concha, nácar y bronces,  
donde la imagen brillaba  
del Redentor de los hombres,  
    y a la luz de dos bujías,  
de aquel breve cielo soles,  
que en candeleros de oro  
daban vivos resplandores,  
    sentada en la regia silla,  
con la presencia más noble  
que jamás tuvo matrona,  
que jamás respetó el orbe,  
    doña Isabel, la gran reina  
de Castilla y León, mostrose

a los admirados ojos  
del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado,  
con castillos y leones,  
de perlas, esmalte y oro  
en recamadas labores,  
era su traje. En su pecho  
brillaban, como en la noche  
los luceros rutilantes,  
las cruces que en los pendones  
de las órdenes guerreras  
son de la victoria norte.  
Y de flamencos encajes,  
que regia diadema coge,  
una delicada toca  
ornaba su rostro, donde  
formando un todo divino  
de altos celestiales dotes,  
el más claro entendimiento,  
la virtud más pura y noble,  
el esfuerzo más gallardo  
resplandecían conformes.

Doña Beatriz de Galindo,  
que aún hoy conserva el renombre  
de la Latina, por serlo  
muy aventajada entonces,  
camarera de la reina,  
señora de altos blasones,  
y esposa del gran Ramírez,  
del moro en Málaga azote,  
y Alonso de Quintanilla,  
letrado de claro renombre,  
tras la regia silla estaban  
en pie, y con humilde porte.

Todo lo notó el piloto,  
tanto esplendor deslumbró,  
y en el suelo, de rodillas,  
a tal majestad postrose.

Con una sola mirada  
la reina vio en aquel hombre  
de la inspiración celeste  
los divinos resplandores.

Y él de una mirada sola  
la grandeza reconoce  
y la inteligencia suma  
de la reina que le acoge.

Tras de un sublime silencio,  
aunque brevísimo, donde

la admiración y el encanto  
de entrambos a dos mostrose,  
con grande bondad la reina  
que alce del suelo mandole,  
que a la mesa se aproxime,  
y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto,  
y con respeto tan noble  
se acerca, y a hablar principia,  
que a la atención regia absorbe.

Y con tal convencimiento,  
con tal claridad, tal orden,  
con tan sencilla elocuencia,  
con tan potentes razones

sus asombrosos proyectos  
en breve discurso expone,  
que la gran reina, pasmada,  
se le figura que oye

a un inspirado, a un profeta,  
a un ángel, y que son voces  
del cielo aquellas que escucha,  
y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento  
el vasto plan, que doctores,  
reyes, repúblicos, pueblos  
juzgan quimeras informes.

Ve la expedición segura,  
y ya en ignotas regiones  
triunfante la fe de Cristo  
con el castellano nombre.

Ve un torrente de riquezas  
que hacia sus vasallos corre,  
y una gloria y poderío  
que envidiarán las naciones.

Y superior a sí misma,  
del cielo ayudada entonces,  
ve aún más que el mismo piloto,  
aún más alta que él alzose.

En entusiasmo y fe viva,  
germen de grandes acciones,  
abrasada su alma heroica,  
henchido su pecho noble,  
quítase la alta diadema,  
y de su pecho recoge  
las riquísimas insignias  
de incalculables valores,  
las joyas y pedrería,  
los brazaletes y broches

que sus brazos y su cuello  
engalanaban, y pone  
    aquella breve riqueza  
(breve, sí, pero de enorme  
precio) encima del bufete,  
y «Toma -dice a aquel hombre-  
    »Toma, emplea este tesoro,  
sin que nadie te lo estorbe,  
en cumplir el pensamiento  
que Dios te ha inspirado. Corre,  
    »vuela. En naves castellanas  
mares nunca vistos rompe,  
arrostra las tempestades,  
tu estrella a los vientos dome.  
    »Lleva a ese ignorado mundo  
los castellanos pendones,  
con la santa fe de Cristo,  
con la gloria de mi nombre.  
    »El cielo tu rumbo guíe;  
y cuando glorioso tornes,  
o almirante de las Indias,  
duque y grande de mi corte,  
    »tu hazaña bendiga el cielo,  
tu arrojo el infierno asombre,  
tu gloria deslumbre al mundo,  
abarque tu fama el orbe.»  
En tanto que así decía  
reina tan ilustre, sobre  
su cabeza colocaba,  
con altas aclamaciones,  
    un ángel, corona eterna  
de luceros y de soles,  
que mientras más siglos pasan  
adquiere más resplandores.  
Con ella la admira el mundo  
y adoran los españoles,  
cuando absortos la recuerdan  
en tan importante noche.

## VI

### Conclusión

Bajo un cielo borrascoso  
que jamás mortal alguno  
visto había, en un inmenso  
mar encrespado y sañado,  
do jamás altiva nave  
osó abrir incierto surco,  
en una región extraña,  
parte ignorada del mundo,  
una frágil carabela,  
casi imperceptible punto,  
con grandes peligros lucha,  
y sin amparo ninguno.

Las olas como montañas  
atajar quieren su curso,  
ya la arrojan contra el cielo,  
ya la hunden en el profundo,  
ya en sus costados se estrellan,  
volando en espuma y humo,  
ya la anegan en torrentes  
de amargo espeso diluvio.

El huracán de otra parte,  
y no menos iracundo,  
brama entre sus rotas velas,  
cruje en sus mástiles rudos,  
silba en su jarcia deshecha,  
la arrastra con recio impulso,  
y la vuelca y la levanta,  
y combátela sañado.

No se ve la faz del cielo;  
por el espacio confuso  
los relámpagos deslumbran,  
cruzan los rayos trisulcos,  
retumban y estallan truenos  
cual si reventara el mundo,  
y envuelto en cárdenas nubes  
el sol parece difunto.

Mas la frágil carabela  
sigue pertinaz su curso,  
y en tan espantoso caos  
lleva hacia Occidente el rumbo.

Sin duda que se confía  
en el talismán seguro  
del pabellón castellano  
que en su osada popa puso,  
pabellón que en aquel siglo  
al Omnipotente plugo  
hacer de rara fortuna  
y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,  
tenaz, inflexible, duro  
más que el bronce, el gran piloto  
genovés tranquilo y mudo,  
    en la brújula ambos ojos,  
en el timón ambos puños,  
gobierna la dócil nave  
sin mostrar su frente susto.

Mas, ¡ay!, no tiene su temple  
de la ciega chusma el vulgo,  
y aunque esforzados, se postran  
los marineros robustos,

    rendidos y amedrentados  
de tantos horrores juntos,  
de navegación tan larga,  
de porvenir tan confuso:

    Recuerdan la dulce España,  
de su familia el arrullo,  
y recuerdos y temores  
abortan ciego tumulto.

    «Si vive desesperado  
este advenedizo iluso,  
y busca la muerte, muera,  
pero él solo», dicen unos.

    «Muera, pues -repiten otros-;  
es un hechicero, un brujo,  
que aquí a perecer nos trajo  
por sus designios ocultos.»

    «¡Muera! -gritan todos-. ¡Muera!  
Y atrás volvamos el rumbo.

    ¡A España, a España!...» Y osados,  
trocando en furor el susto,

    a la popa se abalanzan  
esgrimiendo el hierro agudo  
contra el heroico piloto,  
que desprecia sus insultos,

    y que con serena frente,  
aunque con semblante adusto,  
«¿Qué queréis? -les grita, osado-;  
sin temor os lo pregunto:

    »¿Qué queréis» «¡España, España!»,  
suena en gritos furibundos.

Y el piloto les responde:

«Con indignación lo escucho.

    »Gente sin fe ni esperanza,  
cuando a coger vais el fruto  
de tanto valor y arrojo,  
de tanto peligro y susto,

    »¿queréis tornarle la espalda?  
Que en vos volváis os conjuro,

y el nuevo sol, os lo afirmo,  
será de ventura nuncio.»

La turba, como agitada  
por un satánico influjo,  
«¡Muera!», repite, y desoye  
su acento noble y augusto.

El gran hombre, ya resuelto,  
deja el timón, y ceñudo,  
avanzándose, les grita:

«Llegad, pues; matadme al punto;

»pero sabed, insensatos,  
que de vosotros ninguno  
puede, desde estas regiones,  
hallar de la patria el rumbo,

»y que a mí tan solo es dado,  
porque así a los cielos plugo,  
el dominar estos mares  
y el hallar puerto seguro.

»Matadme, pues, ¿qué os detiene?»

La chusma en espanto mudo  
no responde, y se deshace  
en terrorizados grupos.

Torna al timón el piloto,  
torna la nave a su curso,  
y todos a la obediencia,  
aunque a despecho y disgusto.

Con la noche la borrasca  
cedió de su fuerza mucho,  
amansáronse las olas,  
más blando el viento se puso.

Y al rayar en el Oriente,  
tras de los mares cerúleos,  
la nueva luz, ve el piloto  
a su frente un leve punto,  
que alzándose lentamente  
de las olas, forma el bulto  
de azul monte, en cuyas crestas  
brilla el sol cual oro puro.

Se cerciora de que es tierra,  
y hacia el trono del Ser Sumo  
ojos, corazón y brazos  
alza y le rinde el tributo

de gratitud. Y en seguida,  
«¡Mirad!», les dice a los suyos,  
enseñándoles el monte  
con noble y triunfante orgullo.

La chusma que ve la tierra,  
que ve el fin de tantos sustos,  
y en aquel piloto un ángel,  
convierte la rabia en culto.

Y arrojándose a sus plantas,  
del entusiasmo al impulso  
grita, y acordes repiten  
cielo, tierra y mar profundo:  
«¡Viva Colón, descubridor de un mundo!»

El solemne desengaño

Al Excmo. Sr. Duque de Osuna, etcétera, etc., etc.

I

El galán. La enfermedad

De fortuna en la alta cumbre,  
grande, joven, rico, bueno,  
de virtud, saber, belleza,  
dechado, pasmo y modelo,  
el más galán en la corte,  
en las justas el más diestro,  
el más afable en su casa,  
el más docto en el consejo,  
brilla el marqués de Lombay  
cual rutilante lucero,  
al lado de Carlos quinto,  
domador del universo.

Mas entre tantos aplausos  
y en tan elevado asiento,  
donde el orbe le sonríe,  
y donde le halaga el cielo,  
algo falta a su ventura,  
o alguna mano de hierro  
del corazón se la arranca,  
y se la saca del pecho.

Melancólico el semblante,  
y los labios entreabiertos,

y las siniestras miradas,  
y el mudo desasosiego,  
    ya en los saraos de la corte,  
ya en los festines risueños,  
ya en la caza bulliciosa,  
ya en solitarios paseos,  
    ya en el salón, ya en la plaza,  
ya en la justa, ya en el templo,  
en la mesa, en el despacho,  
en la vigilia, en el sueño,  
    un alma rota descubren  
por un fijo pensamiento  
y un corazón que devora  
el cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran  
los malignos palaciegos,  
con astucia cortesana  
aquel abismo encubierto.

Tan solamente columbran  
que los ocultos tormentos  
del marqués se dulcifican  
para ser mayores luego,

    o cuando en palacio asiste  
al servicio honroso, atento,  
de la emperatriz augusta,  
de las hermosas modelo,

    o cuando busca devoto  
con el fervor más ingenuo,  
arrodillado en la iglesia,  
en Dios amparo y consuelo,

    o cuando por los jardines,  
que al pie de la gran Toledo  
riega el Tajo, se pasea  
solo y del bullicio lejos,

    con Garcilaso su amigo,  
ora escuchando sus versos,  
ora en largas conferencias  
de gran sigilo y misterio.

Allá en palacio embebido  
quedaba en mudo embeleso,  
pálido o rojo el semblante,  
convulso, agitado el pecho,

    y bebiendo con los ojos,  
llenos de vida y de fuego,  
de la emperatriz hermosa  
los más leves movimientos,

    en acatarla, en servirla,  
y en acertar sus deseos,

aunque tímido y turbado,  
diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado  
se le miraba en el templo,  
como quien están en batalla  
con gigantes del infierno,  
y pide al Omnipotente  
para tal combate esfuerzo,  
y después de orar un rato,  
y aun de verter llanto acerbo,  
dijérase que encontraba,  
de misericordia lleno,  
al Señor a quien auxilio  
demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas  
era tan locuaz y tierno,  
tan expresivo unas veces,  
otras tan callado y serio,  
como el que o cuenta delirios  
y habla de locos proyectos,  
o escucha reconvenciones  
y oye inflexibles consejos.

En estado miserable  
su espíritu estaba puesto,  
y era infeliz en las dichas,  
luchando consigo mismo,  
entre pasiones, virtudes,  
obligaciones, deseos,  
infernales sugerencias  
y celestiales preceptos,  
siendo campo de batalla  
su mente y su roto pecho,  
do luchaban frente a frente  
ángeles malos y buenos.

La más lozana azucena,  
gala del jardín, el cuello  
dobla marchita, si esconde  
roedor gusano en su seno.

Y la más gallarda encina  
que alza su pompa a los cielos,  
si el corazón se le seca  
rómpele al soplo del viento.

Así con un alma enferma  
no puede haber sano cuerpo,  
ni salud que no se postre  
con un corazón deshecho.

Al cabo maligna fiebre  
convierte la sangre en fuego,  
por las robustas arterias,  
por el juvenil cerebro

del de Lombay, que, postrado,  
yace doliente en su lecho  
de oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!,  
duro potro de tormentos.

Como jefe de palacio  
tiene su vivienda dentro,  
con ostentación servido  
de pajes y de escuderos.

Mas la pena más amarga,  
y el más hondo desconsuelo,  
y la ansiedad más horrenda  
y el cuidado más acerbo

reinan en las ricas salas,  
entre amigos y entre deudos,  
cunden en palacio todo,  
y consternan a Toledo.

Pues reyes, príncipes, grandes,  
hidalgos y caballeros,  
y hasta el vulgo humilde, miran  
con asombro y desconsuelo,

en el peligro de muerte  
a tan gallardo mancebo,  
a tan alto personaje,  
de virtud a tal portento.

Y no hay semblante sin llanto,  
ni sin angustias hay pecho,  
ni labio que no pregunte  
con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega  
(sin que ni el hambre ni el sueño  
en su ansiosa vigilancia  
tengan el menor imperio),

ni una hora, ni un solo instante  
deja el lado del enfermo,  
y de él los ojos no aparta  
sentado junto a su lecho:

ojos de llanto arrasados,  
pero de continuo atentos  
a que nadie, nadie escuche  
sus fantásticos conceptos,

las voces rotas que acaso  
del delirio en el acceso  
suelen dar funesta lumbre,  
revelando hondos misterios.

Y cuando, allá, a medianoche,  
rendidos ya por el sueño,  
yacían los servidores,  
reinando feral silencio,

y en letargo sumergido  
también miraba al enfermo,  
en el estado terrible  
en que es casi muerte el sueño,  
a la luz trémula, opaca,  
de lejano candelero,  
que abultaba oscuras sombras  
en las cortinas del lecho,  
dando vislumbres escasas  
y fantásticos reflejos,  
en rapacejos de oro,  
molduras y terciopelos,  
Garcilaso, vigilante,  
un tenue rumor oyendo,  
se alzaba con mudos pasos,  
y a un lado del aposento  
levantaba no sin susto,  
un rico tapiz flamenco,  
y en la pared descubría  
angosto postigo abierto.

Vago bulto silencioso  
por él asomaba luego,  
con manto y capuz sin formas,  
aparición, sombra, ensueño,  
sobrenatural producto  
de algún conjuro. Con lentos  
pasos, sin rumor, al lado  
llegaba del rico lecho,  
y en el doliente clavaba  
ojos cual brasas de fuego,  
y una mano, que en la sombra  
daba vislumbres de hielo,  
por la calurosa frente  
del aletargado enfermo  
pasaba, gemidos hondos  
ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo  
postigo oculto y estrecho  
desaparecía, dejando  
como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,  
y que había cobrado cuerpo  
alguno de los delirios  
de la mente del enfermo.

La senda el tapiz borraba,  
el muro otra vez cubriendo,  
y tornaba Garcilaso  
a ocupar mudo su puesto.

El doctor Juan Villalobos,  
de aquella corte galeno,

al personaje consagra  
toda su ciencia y su esmero;  
y en el pronóstico duda,  
y cauto no quiere hacerlo,  
hasta que síntomas note  
más favorables que adversos.

De la juventud al cabo  
triunfó la fuerza, y el cielo  
miró con benignos ojos  
la angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,  
y tornó a lucir risueño  
el rayo de la esperanza  
en los aterrados pechos.

Docto o sagaz, Villalobos  
prescribe como remedio  
que busque fuera de España  
nuevos aires, climas nuevos.

## II

### La ausencia

El gran marqués de Lombay,  
del inminente peligro  
salvo, en que se vio de muerte  
por enfermedad o hechizo,  
salió de España, siguiendo  
los saludables avisos  
del docto Juan Villalobos,  
o médico o adivino,  
y aunque el dejar a Toledo,  
para su pecho lo mismo  
fue que dejarse allí el alma,  
resignose al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,  
aquel veneno escondido,  
aquel encubierto cáncer,  
aquel pertinaz martirio  
que desgarraba su pecho,  
que turbaba sus sentidos,  
que devoraba su vida,  
que era su infierno continuo,

a los campos de la Italia  
llevó, ¡mísero!, consigo,  
pues penas como las tuyas,  
que astros y contrarios signos  
combinan, fraguan y aplican  
para un fin desconocido,  
en un alma de gran temple,  
en un pecho de alto brío,  
no mudan cuando se muda  
de atmósfera y domicilio,  
porque no cambian del cielo  
los misteriosos designios.

Halló el marqués en Italia  
(porque al cabo el cielo quiso  
que algún consuelo encontrase,  
que tuviese algún alivio)  
a su tierno confidente,  
a Garcilaso, su amigo,  
que guerrero tan insigne  
como trovador divino,  
siguió de Italia la empresa  
por el César Carlos Quinto,  
con el canto de las Musas  
uniendo de Marte el grito.

El marqués, cual siempre mustio,  
y cual siempre discursivo,  
de aquella guerra los lances  
siguió con denuedo y brío.

Y ante la imperial presencia,  
con Garcilaso, su amigo,  
lidió como caballero  
en los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas  
y los Alpes y Apeninos.  
Y visitó cual curioso,  
y admiró como entendido.

Los insignes monumentos,  
ya modernos y ya antiguos,  
que hacen el suelo de Italia  
en altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano  
oró postrado y sumiso,  
en las ermitas humildes  
que daban nombre a los riscos  
y en los magníficos templos  
que ensalzan al cristianismo,

y son de aquellas ciudades  
ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines  
que riega el Tesín y el Mincio,  
los mismos nombres oyeron  
que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones  
de Garcilaso, que hoy mismo  
nos admiran y entremecen,  
vencedoras de tres siglos,

tiernas lágrimas sacaron  
de los ojos encendidos  
y del corazón doliente  
del marqués contemplativo,

en las selvas do arrancaron  
no menos hondos suspiros,  
de otros destrozados pechos  
los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ¡ay!, seguían  
del marqués los ojos fijos,  
de la plateada luna  
el lento y mudo camino,

y al verla hacia el Occidente  
rodar con pausado giro,  
algún encargo le daba  
para el Tajo cristalino,

con sus miradas queriendo  
como estampar en el disco  
caracteres que otros ojos,  
por un prodigioso instinto,

leyeran, cuando argentada  
derramara el claro brillo  
sobre el regio balconaje  
de algún alcázar dormido!

De la expedición de Francia  
tornaba, pues, el servicio  
del emperador siguiendo,  
con Garcilaso el divino,  
cuando, no lejos de Niza,  
antigua torre o castillo,  
a los pendones del César  
osó estorbar el camino.

Tal empresa de dementes,  
por temeraria, el prestigio  
perdió de valiente, siendo  
solo acreedor al castigo,  
y a dárselo Garcilaso,  
desnudo el acero limpio,

y abrazada la rodela,  
voló en enojo encendido.

Desesperados resisten  
los tenaces enemigos,  
y darles súbito asalto  
determinase al proviso.

Se aplica la escala al muro,  
y sube por ella altivo  
el valeroso poeta  
que el miedo jamás ha visto,  
cuando de los matacanes  
desplómase con ruido  
grave piedra, que, arrollando  
la escala, frágil camino  
por do a la gloria subían  
tanto ingenio y tanto brío,  
hirió la noble cabeza,  
do el lauro a la yedra unido  
hubiera evitado el rayo,  
y no pudo, ¡infausto sino!,  
de un tosco peñasco entonces  
evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso  
en el foso; horrendo grito  
de desconsuelo y venganza  
atronó el fatal recinto,  
y el de Lombay presuroso  
al socorro de su amigo  
voló, y en sus tiernos brazos  
retirolo con peligro.

Una hora después escombros  
era el funesto castillo,  
y de la alevosa sangre  
era su ancho foso un río,  
pues completa la venganza  
de Garcilaso hacer quiso,  
en dolor y saña ardiendo  
el emperador invicto.

Mas, ¡ay!, fue venganza estéril,  
cual siempre todas han sido,  
pues en Niza a pocos días  
era el poeta divino  
cadáver yerto, dejando  
la fama de sus escritos  
y la gloria de su muerte  
por rica herencia a los siglos.

Golpe atroz, golpe tremendo  
fue para el marqués su amigo

pérdida tan impensada,  
tormento tan imprevisto.

Y del dolor más profundo  
mil pensamientos distintos,  
y mil funestos presagios  
le hundieron en tal abismo,  
que si el brazo del Eterno,  
que aun para mayor conflicto  
le reservaba, no hubiera  
dándole piadoso auxilio,  
acaso una misma losa,  
acaso un túmulo mismo  
encubrieran y tragarán  
los restos de ambos amigos.

A poco, con luto amargo  
en el alma y el vestido,  
tornó, ¡infelice!, a Toledo  
con el César Carlos Quinto  
el marqués sin confidente  
en quien encontrar alivio,  
ahogando en tormento mudo  
de su alma rota los gritos.

### III

#### Un sol apagado

Era la estación florida  
de la hermosa primavera,  
tan hermosa en las regiones  
que el Tajo aurífero riega,  
y un sol joven, rutilante,  
rodando por la alta esfera  
de puro zafir, torrentes  
de luz vivífica y nueva  
derramaba por Castilla,  
y sobre las gigantescas  
torres de la gran Toledo,  
de España corte y diadema;  
de Toledo, que con justas,  
banquetes, danzas y fiestas,

de su monarca triunfante  
solemnizaba la vuelta.

Córrense cañas y toros,  
donde luce su destreza,  
gran jinete en ambas sillas,  
el sacro y augusto César.

En los soberbios palacios  
músicas acordes suenan,  
a cuyo compás, gallardas  
lucen las damas sus prendas.

Joyas, insignias, brocados,  
los ricos salones llenan,  
y plazas, calles, paseos,  
corceles, galas, libreas.

Opulentos cortesanos  
en los festejos se esmeran,  
y disponen un torneo  
donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece,  
deslumbrando la palestra,  
el de Lombay, revolviendo  
una berberisca yegua,

y con la pica en el ristre,  
haciendo tan altas pruebas,  
que de palmadas y vivas  
el vulgo la plaza atruena.

Sobre las lucientes armas  
una banda lisa y negra,  
y negros los martinetes  
del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto  
con que a su amigo recuerda,  
otros, de su pensamiento  
melancólico el emblema,

y que, funesto presagio  
de una desgracia tremenda,  
que le amenaza inminente,  
solo juzgarse debiera.

El ancho campo preside  
la emperatriz, como reina  
de la hispana monarquía  
y de la humana belleza,

y de cuantos corazones  
laten en la plaza extensa,  
y en toda la fiel España  
lealtad y honradez alientan.

Un gran festín en palacio,  
cuando el sol a las estrellas  
cedió de los altos cielos  
las despejadas esferas

celebrose; y luego danza,  
en que al son de las orquestas,  
las majestades augustas  
tomar parte no desdeñan,  
y para la luz siguiente  
funciones se anuncian nuevas,  
sin que ni el sueño intervalo  
permita entre fiesta y fiesta.

¡Oh Dios, y cuán fácilmente  
en la miserable tierra,  
tras de las más dulces horas  
horas de amargura vuelan!

¡Cuán fácilmente las dichas  
en infortunios se truecan,  
cámbiase la gala en luto,  
se torna el gozo en tristeza!

Sale el sol, inmenso pueblo  
las calles y plazas llena,  
ansiando nuevos placeres,  
y que aun no madruga piensa;

alistan los cortesanos  
sus comparsas y libreas,  
joyas, armas, vestes, plumas,  
corceles, lanzas, empresas,  
cuando, demudado el rostro,  
de la alcoba de la reina  
sale trémula, llorosa,  
una camarista o dueña,

y a los jefes de palacio,  
grandes y damas de cuenta,  
que a Su Majestad aguardan  
para ir a misa con ella,

dice, inflexiones buscando  
que desfiguren la nueva:

«La emperatriz hoy no sale;  
la emperatriz está enferma.»

Pasma la noticia a todos,  
embarga a todos la lengua,  
y en un silencio profundo  
la estancia aterrada queda.

El de Lombay, el primero,  
de los pies a la cabeza  
temblando, y pálido el rostro,  
pregunta con gran sorpresa:

«Y Su Majestad, ¿qué siente?»

Y le responde la dueña:

«Aguda fiebre la abrasa,  
grave postración la aqueja.

»Que el doctor Juan Villalobos  
sin perder instantes venga,  
pues hay peligro inminente,  
si no me engañan las señas.»

Dio el marqués atrás dos pasos,  
y en un sillón de vaqueta  
se desplomó como herido  
por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja  
anunció la camarera,  
creció al punto, y como trueno  
que al orbe asombra y aterra,  
ya por Toledo retumba,  
helando a todos las venas,  
partiendo los corazones,  
trastornando las cabezas.

Desaparecen las galas,  
recógense las libreas,  
murmullo de horror circula,  
clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas  
que los festejos celebran,  
se oyen solo las campanas  
que al cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio  
en su parda mula llega  
el doctor Juan Villalobos,  
el portento de la ciencia.

Presuroso, fatigado,  
sube sin hablar, penetra,  
del emperador seguido,  
en la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos,  
que clava en la augusta enferma,  
su quebrada vista advierte,  
su pálida faz observa.

La pulsa atento, examina  
la respiración molesta,  
dice un oscuro aforismo,  
arrugando frente y cejas,  
y con la faz angustiada  
y con azogada diestra,  
después que un rato medita,  
docto escribe una receta.

La emperatriz de Alemania,  
de España la augusta reina,

hermosa entre las hermosas,  
discreta entre las discretas;  
    la gentil, fresca, radiante  
y embalsamada azucena,  
que dio a Toledo Lisboa,  
de paz y dominio prenda,  
    en vez del trono del mundo,  
do el mundo la reverencia,  
yace en el doliente lecho,  
de nuestra humana flaqueza  
    agotando las angustias,  
apurando las miserias,  
deslumbrada la hermosura,  
trastornada la cabeza:  
    flor lozana que al impulso  
del cierzo se troncha y seca,  
astro a quien apaga y hunde  
del Creador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de Oriente  
los umbrales atraviesan,  
y sumergida a Toledo  
en consternación encuentran.

Y ven por calles y plazas  
cruzar procesiones lentas,  
fervorosas rogativas  
y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el Alcázar,  
y oyen llanto en las iglesias,  
y llanto hay en los palacios,  
y llanto en las chozas suena;  
    que era universal la angustia  
por tan adorada reina,  
y con lágrimas su nombre  
se oye repetir doquiera.

El de Lombay, convertido  
en muda y helada piedra,  
ni un solo momento falta  
de la antecámara regia.

Ni hambre ni sueño conoce  
que apartarle un punto puedan  
del cerco de una ventana,  
fijos los ojos en tierra.

Cuando el docto Villalobos  
con otros físicos entra  
en la silenciosa alcoba,  
le acompaña hasta la puerta,  
    y con inquietud extraña  
su salida ansioso espera,

y algo preguntarle quiere  
de que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba,  
con las palabras no acierta,  
y en él clava ardientes ojos,  
cual si penetrar pudiera

su pensamiento escondido,  
los arcanos de la ciencia.

Y calla, y lágrimas pocas  
su mustio semblante queman.

¡Desdichado! ¡Harto le dice  
su corazón!... Solo queda  
en él alguna esperanza  
en las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,  
parroquias, todos se esmeran  
en solemnes rogativas,  
votos, plegarias y ofrendas.

Grandes, nobles y plebeyos  
los templos llorosos llenan,  
y a voces al cielo piden  
la salud para su reina.

Todo en vano; fue de bronce  
a los clamores y quejas,  
pues sus ocultos designios  
jamás el mortal penetra.

El doctor, en tanto apuro,  
los sacramentos ordena,  
pues ya remedios no sabe  
para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa,  
pero que los pechos quiebra  
del aterrado gentío

que a la gran Toledo puebla,  
consternado el arzobispo,  
con devota pompa lleva  
al regio doliente Alcázar  
el Pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,  
de piedad insigne llena,  
que aun pudo dar fuerza al cuerpo  
de la agonizante enferma.

Dio margen falaz alivio  
a esperanzas pasajeras,  
mas el doctor aterrado  
término fatal recela.

A los dos días tal fiebre,  
tales síntomas se muestran,  
que de repente el palacio  
de gran confusión se llena.

Acude Juan Villalobos,  
en llanto prorrumpe el César,  
y desatentadas corren  
las camaristas y dueñas.

Lombay en su puesto, inmoble,  
sin mover los labios reza,  
cuando de la regia estancia  
abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos,  
a quien con temor se acerca,  
preguntándole angustiado  
si alguna esperanza queda.

Y el doctor, mudo, no hallando  
cómo darle la respuesta,  
alza los ojos al cielo  
y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombay, se estremece,  
y cobrando extraña fuerza,  
movimiento convulsivo  
y una actividad horrenda,

de la cámara corriendo,  
parte, la guardia atraviesa,  
sale a la plaza, el gentío  
clamoroso que la llena,

del palacio en los balcones  
la vista y las almas puestas,  
penetrando, sin que nadie  
en tan gran señor advierta,

y por calles solitarias  
sin objeto vaga y vuela,  
el ferreruelo arrastrando,  
destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,  
y el cielo de primavera  
azul, despejado, puro,  
que espléndidos hermocean

celajes de oro y de grana,  
do el sol poniente refleja,  
una bóveda de plomo  
que sobre su frente pesa,

que lo ahoga y lo confunde,  
sin aire y sin luz en tierra,  
se le figura, y le faltan  
para echar el paso fuerzas.

Sigue, párase, vacila,  
suda, se abrasa, se hiela,

gíranle en torno las cosas,  
que se le hunde el suelo piensa,  
y le zumban los oídos...  
una bomba es su cabeza,  
pronta a estallar... cuando mira  
de la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo  
por sus umbrales penetra,  
al tiempo que en Occidente  
daba el sol su luz postrera.

El de Lombay, en el templo  
oscuro y frío, tropieza  
con varios informes bultos,  
fieles devotos que rezan,  
y cuyos vagos contornos  
ver la oscuridad no deja,  
y al presbiterio le guía  
fulgor de mustias candelas,  
así como por el bosque,  
perdido en la noche ciega,  
tropezando, el peregrino  
va hacia la lejana hoguera.

Del altar santo delante  
se arroja en las losas tersas  
del pavimento, formando  
tras sí larga sombra en ellas.

Los brazos en cruz, clavados  
los ojos (en que reflejan  
del retablo los esmaltes,  
las lámparas y las velas)

del Redentor en la imagen,  
no con los labios y lengua,  
que estaban entumecidos,  
sino con la voz interna  
del corazón y del alma,  
que es la que hasta el cielo llega,  
esta petición expone,  
y en estos términos ruega:

«Misericordia, Dios mío,  
piedad para con mi reina,  
no dejéis huérfana a España,  
y al mundo hundido en tinieblas.

»Si una víctima es precisa  
de vuestra alta omnipotencia  
a miras inescrutables,  
que yo la víctima sea.

«Caiga yo, caigan mis hijos,  
mi estirpe toda perezca,

y sálvese...» ¡Tomb! Retumba  
en el mismo instante, y llena,  
estremeciendo las cimbrias,  
los ámbitos de la iglesia,  
la gran campana, de muerte  
dando al mundo infausta nueva.  
¡Son espantoso!... Lo escucha  
como el No con que respuesta  
da a su plegaria el Eterno,  
el marqués, y cae a tierra.

#### IV

##### Viaje fúnebre

Con blancas sobrepellices  
y con hachas encendidas,  
cantando fúnebres rezos  
en voz confusa y sumisa,  
sobre mulas enlutadas,  
formando dos largas filas,  
cien devotos capellanes  
a lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros  
que negros caballos guían,  
del pie a la cabeza armados  
y las viseras caídas.

Negros son los pendoncillos  
de las inclinadas picas,  
y negros los paramentos,  
vestes, bandas y divisas.

Luego, entre veinte alabardas,  
en cuyas anchas cuchillas  
las rojas luces reflejan  
de noche, y el sol de día,  
cercada de doce pajes  
viene una litera rica,  
que de negro terciopelo  
un regio manto cobija.

Los castillos y leones  
recamados lo salpican,  
entre águilas imperiales  
y entre portuguesas quinas,  
arrastrando por el suelo

los flecos de sus orillas,  
y gruesos borlones de oro  
en sus cuatro puntas brillan:

dos magníficas coronas,  
imperial y regia unidas,  
un rico cetro y un mundo  
lleva la litera encima.

Detrás, tan pegado a ella,  
que al notarlo se diría  
que alguna mano de adentro  
del freno acerado tira,

marcha un corcel generoso,  
sobre el que mudo camina  
el que la fúnebre marcha  
dirige, gobierna y guía:

el gran marqués de Lombay,  
con faz como de ceniza,  
con los ojos apagados,  
con boca que no respira,

en cuyo enlutado pecho  
solo se descubre y brilla,  
pendiente de una cadena,  
del Toisón de Oro la insignia.

Y también de oro una llave,  
que aunque primorosa y chica,  
pesa para él más que un monte,  
y es áspid que le horroriza.

Gentilshombres, hidalgos,  
caballeros de alta guisa  
y gente de iglesia lleva  
por séquito y comitiva,

y en pos lacayos, repuestos,  
y acémilas bien provistas,  
cubiertas con reposteros  
de blasones y de cifras.

Lleva adentro la litera  
una caja de ataujía,  
de negro plomo aforrada  
y de brocado vestida,

con gonces y cerraduras,  
con biseles y aldabillas  
de oro a cincel trabajado,  
en labores muy prolijas.

Y en esta caja el cadáver,  
lleno de bálsamo iba,  
de la que ayer era reina,  
y hoy solo polvo y ceniza.

De las riberas del Tajo  
del Genil va a las orillas,  
a buscar reposo eterno

en la iglesia granadina.

Con pavoroso silencio  
esta triste comitiva,  
haciendo descansos breves,  
marcha de noche y de día,  
por lo angosto del camino,  
por los recuestos arriba,  
y en los tornos y revueltas  
del largo espacio que pisa,  
caminando con tal orden,  
tan silenciosa y unida,  
que un solo cuerpo formaba;  
y de lejos parecía  
inmensurable serpiente,  
que deslizándose iba  
entre campos y entre montes,  
dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas  
presurosos acudían  
a los bordes del camino  
o a las cercanas colinas,  
ya curiosos, ya asustados,  
villanos con sus familias,  
y por un encantamento  
aquella visión tenían.

Al avistar este entierro  
las murallas granadinas,  
de los Católicos Reyes  
fresca y gloriosa conquista,  
cuando en las antiguas torres  
de la Alhambra relucían,  
al sol ardiente de junio,  
alicatadas cornisas,

Ayuntamiento y Cabildo,  
con enlutadas insignias,  
la Audiencia, comunidades,  
la nobleza y clerecía  
salen la fúnebre pompa  
a recibir, y caminan  
con ella entre inmenso pueblo  
que cubre las avenidas,  
apretada muchedumbre,  
do las dos razas distintas  
se conocen en los trajes,  
la cristiana y la morisca.

Ya las calles de Granada  
el funeral regio pisa,  
a la catedral marchando  
entre dos espesas filas  
de lanzas y de arcabuces,

que de lindero servían  
al hervoroso gentío  
que en la carrera se apiña.

Las campanas clamorosas,  
sus graves sonos envían  
al firmamento, retumban  
las salvas de artillería,  
resuenan roncós tambores  
y destempladas bocinas,  
y de dolor y respeto  
fúnebre murmullo gira.

El de Lombay nada escucha;  
sigue la litera rica,  
y tan pegando con ella  
que son una cosa misma.

Y sin que nada le llame  
la atención, toda absorbida  
en ella, de ella ni un punto  
los áridos ojos quita.

V

Lo que es el mundo

Terminados los sufragios  
y los oficios solemnes,  
último auxilio que presta  
la Santa Iglesia a los fieles,  
en el templo de Granada,  
que los Católicos Reyes  
consagraron victoriosos  
al Señor Omnipotente,  
en medio de la gran nave  
por do vuela el humo leve,  
que seis flameros de plata  
dan de olorosos pebetes,  
a la luz de cien blandones,  
cuyas rojas llamas mueve  
el vapor del gran gentío  
que en el templo oscuro hierve,  
y que reflejan y brillan  
en los ojos y en los dientes  
de un enjambre de cabezas  
de todos sexos y temples,

entre doce caballeros  
de pavonados arneses  
tan inmóviles, que estatuas  
de oscuro acero parecen,  
    en medio de cuatro pajes  
que amarillas hachas tienen,  
cubiertos de ricas galas,  
y plumas en los birretes,  
    sobre excelsa gradería  
que alfombra pérsica envuelve,  
y bajo un dosel o palio  
que seis pértigas suspenden,  
    se alza un túmulo pequeño  
con recamado tapete,  
donde los regios blasones  
esmaltados resplandecen,  
    y encima la caja rica  
cerrada está, que contiene  
a la emperatriz y reina,  
despojo ya de la muerte.

De pie descuella a su lado,  
inclinada la alta frente,  
que a la luz de los blandones  
la de un cadáver parece,  
    y cruzados sobre el pecho  
los brazos en nudo fuerte,  
el gran marqués de Lombay,  
de aquellas exequias jefe.

Aunque también está inmóvil,  
harto que tiembla se advierte,  
en que el Toisón y la llave,  
que en su noble cuello penden,  
    dando súbitos reflejos,  
como dos hojas se mueven,  
que en un álamo en otoño  
aura imperceptible mece.

En la soberbia capilla  
donde las cenizas duermen,  
en magníficos sepulcros,  
de los Católicos Reyes,  
    ya está la bóveda abierta,  
cuya ancha boca parece  
de la eternidad la boca,  
que voraz su presa atiende.

Llega por fin el momento  
en que el cadáver se entregue  
al granadino prelado  
con testimonio solemne,

siendo el marqués de Lombay,  
¡tan inflexible es la suerte!,  
quien reconocer el cuerpo  
y hacer de él entrega debe.

¡Acto espantoso, terrible,  
para el que Lombay no tiene  
fuerza en sí mismo bastante,  
por más alma que le aliente!

Al ver que ya el arzobispo  
los trémulos pasos tiende  
por las gradas, que se pone  
del regio féretro enfrente,

que el notario lo acompaña,  
que en derredor aparecen  
los testigos y que el pueblo  
espera el acto impaciente,

con expresión tan amarga,  
mas con una fe tan fuerte  
alza el rostro, y ambas manos  
hacia los cielos extiende,

que, sin duda, de su ruego  
se apiadó el Omnipotente,  
y resignación y brío  
le dio para el trance fuerte,

pues, de pronto, en sí tornando,  
con resolución desprende  
la afiligranada llave  
sobre su pecho pendiente.

En la estrecha cerradura  
sin mostrar temblor, la mete,  
y veloz le da la vuelta  
que hace resonar los muelles.

Al punto un paje la tapa  
alza del féretro, y vese  
con sus regias vestiduras  
un cuerpo. Mas el ambiente  
con tal fetidez se infecta,  
que el brillo las luces pierden.  
Atrás se retiran todos,  
y el concurso se conmueve.

Del cuerpo oculta el semblante  
un blanco holand, que guarnecen  
los encajes más costosos  
que el prolijo belga teje,  
y observando la etiqueta,  
el marqués tan solo debe  
levantarlo, por que pueda  
el rostro reconocerse.

Vacila, tiembla, la mano  
va a extender una y dos veces,  
y la retira veloce,  
cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,  
a tocarlo se resuelve,  
lo ase, lo levanta... ¡Cielos!  
¿Qué es lo que dejó patente?  
¡Horror! ¡Horror! Aquel rostro  
de rosa y cándida nieve,  
aquella divina boca  
de perlas y de claveles,  
aquellos ojos de fuego,  
aquella serena frente,  
que hace pocos días eran  
como un prodigio celeste,  
tornados en masa informe,  
hedionda y confusa vense,  
donde enjambre de gusanos  
voraz cebándose hierve.

Tal espectáculo horrendo,  
y la fetidez y peste  
que en torno se difundían,  
al gran concurso estremecen  
con terror pánico. Un grito,  
un alarido de muerte  
unánime se levanta;  
huye asustada la plebe,  
huyen pajes, caballeros,  
arzobispo, nobles, prestes,  
y aterrados y oprimidos  
se apiñan en los canceles.

Solo el marqués de Lombay  
clavado está sin moverse,  
fijo en su puesto. Su rostro  
ni palabras ni pinceles  
pueden retratarlo. Azufre  
ser sus facciones parecen,  
en que expresión nunca vista  
de afecto ignoto se advierte.

Con los ojos que le saltan  
del casco, mas que no tienen  
ni luz, ni lágrimas, fijos,  
todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos  
contra el túbulo, sostienen  
su cuerpo, como puntales,  
y ya no tiembla, que pende

inmóvil el Toisón de Oro,  
cual si de un poste pendiese.  
¡No es hombre quien logra tanto,  
mármol es quien tanto puede!

La obligación y el respeto  
que al regio cuerpo se debe  
pronto al prelado, cabildo  
y caballeros compelen  
a volver, porque el cadáver  
sin sepultura no quede;  
y aunque no muy cerca, tornan  
y al marqués llaman. Mas este  
ni ve más que un desengaño,  
ni oye más que una solemne  
voz del cielo, o ya es un tronco  
que ni ve, ni oye, ni siente.

Un su gentilhombre llega,  
notando que allí la muerte  
está bebiendo insaciable,  
y le tira de la veste.

Todo en vano. Decidido  
con él se abraza; parece  
que está abrazado de un roble  
que raíz profunda tiene.

En esto un paje la tapa  
del féretro de repente  
cierra, con cuerdo discurso,  
porque aquella infección cese.

Y al ocultarse a la vista  
todo el horror que contiene,  
y al estruendo de los gonces,  
cerraduras y batientes,  
tiembla el marqués, da un gemido,  
su rígida fuerza pierde,  
y a brazos del gentilhombre  
flojo y desplomado viene.

Acuden sus servidores,  
y entre todos, cual si fuese  
cadáver, fuera del templo  
le conducen como pueden.

En cuanto le dio en el rostro  
a cielo abierto el ambiente,  
los ojos abre, suspira,  
de nuevo a la vida vuelve,  
se pone en pie, gira en torno  
la vista, como si hubiese  
de una pesadilla horrible  
despertado. En la celeste

bóveda la clava, y dice  
con acento tan ferviente  
y una expresión tan sublime  
que hasta las piedras conmueve:

«No más abrasar el alma  
con sol que apagarse puede,  
no más servir a señores  
que en gusanos se convierten.»

Y desmayose de nuevo,  
hundido en maligna fiebre,  
que puso su noble vida  
muy a pique de perderse.

Este marqués de Lombay  
estaba a los pocos meses  
en una mezquina celda  
confundido y penitente,  
y predicando a los hombres,  
con ejemplo tan solemne,  
el desprecio que a las pompas  
del ciego mundo se debe.

Hoy San Francisco de Borja  
lo llama la Iglesia, y tiene  
culto propio, con que buscan  
su patrocinio los fieles.

## La buenaventura

### I

## La cita

Era en punto medianoche,  
y reinaba hondo silencio  
de Medellín en la villa,  
sumergida en dulce sueño.

Desde un trono de celajes  
nacarados y ligeros,  
cándida, apacible luna  
brillaba en el firmamento,

sobre el pardo caserío  
derramando sus reflejos,  
como sobre los sepulcros  
de un tranquilo cementerio.

Y en una desierta calle,  
donde sus claros destellos  
una mitad alumbraban,  
la otra en sombras confundiendo,  
estaba en la parte oscura,  
receloso y encubierto,  
un noble joven gallardo,  
no muy alto, aunque bien hecho.

Ropón y loba vestía,  
el uno y el otro negros,  
traje propio de que usaban  
escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendía  
una espada de Toledo,  
y un laúd con ambas manos  
apretaba contra el pecho.

Los ojos no separaba,  
vivos, rasgados, de fuego,  
lumbreras de un lindo rostro  
vivaz, gracioso y moreno,  
de las cercanas paredes  
de un edificio frontero,  
en cuyos sillares blancos  
daba la luna de lleno,

descubriendo tres balcones  
con barandales de hierro;  
debajo dos rejas grandes  
no muy lejanas del suelo;

y cerrada, una ancha puerta,  
sobre la que tiene asiento  
un noble escudo de mármol  
guarnecido de arabescos.

La anchura de aquella calle,  
en realidad corto trecho,  
era espacioso teatro,  
mejor diré campo inmenso,

de fantásticas escenas,  
de mil extraños sucesos,  
indecisos y confusos  
como figuras de un sueño,

que claramente veía  
la imaginación de fuego,  
y la mente arrebatada  
de aquel gallardo mancebo.

De Salamanca las ciencias,  
los doctores y los ergos  
que atrás deja, ve delante,  
y su pobre hogar a un tiempo.

Y ve los campos de Italia,  
aunque nunca estuvo en ellos,  
mas a do quiere ausentarse,  
de ambición de gloria lleno,  
y ya se juzga soldado,  
y ya se halla en los encuentros,  
y mira reyes cautivos,  
y ve ejércitos deshechos,  
y naciones conquistadas,  
y a sus pies tronos y cetros,  
montes de oro y de laureles,  
anchos mares, mundos nuevos;  
y todo lo ve, que todo  
cuanto abraza el pensamiento,  
lo ven, y lo ven palpable  
las almas de privilegio.

Mas de todo cuanto mira,  
como en borrosos bosquejos,  
como las mudables formas  
de nubes que rompe el viento,  
es el primer personaje,  
es el más distinto objeto,  
es reina y reguladora,  
y sol de sus pensamientos,  
la modesta doña Elvira,  
de Medellín embeleso,  
y a quien guardan las paredes  
do los ojos tiene puestos.

Para ella sueña sus glorias,  
para ella anhela trofeos,  
para ella quiere tesoros,  
que está enamorado ciego.

Y sin los lauros y bienes  
que no quiso darle el cielo,  
no puede con ella unirse,  
que es pobre, aunque caballero.

También teme a un poderoso  
rival, ignorante y necio,  
pero que ganó en la guerra  
tesoros e ilustres premios,  
el que al padre de su amada,  
codicioso como viejo,  
con sus riquezas y honores  
tiene cautivado el seso.

Mas en vano teme el joven,  
es de doña Elvira dueño,

pues esperándole, inquieta,  
aún está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,  
saldrá, su cita cumpliendo,  
a ofrecerle ser su esposa,  
y a jurarle amor eterno.

## II

### Las cuchilladas

Diz que en cuanto el gallo canta  
desparecen de improviso  
los aquelarres de brujas,  
los fantasmas y vestiglos.

Así desaparecieron  
las escenas o delirios  
a que la mente del joven  
daba vida en aquel sitio,  
de un gallo al sonoro canto,  
que al momento repetido  
por otros que parecían  
los ecos de aquel recinto,  
al soñador recordaron  
que allí tan solo ha venido,  
de un adiós tierno de amante  
a padecer el martirio,  
a exigir una palabra,  
y a ofrecer un plazo fijo,  
que con segura esperanza  
le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí, pulsa las cuerdas,  
y a sus acentos sentidos  
canta una letra amorosa  
con tono dulce y sumiso.

Al punto, cual si el acento  
que dio vida y regocijo  
a las auras de la noche  
fuera conjuro o hechizo,  
de una reja las maderas  
ábrese en el edificio

que el mancebo contemplaba,  
y queda un cuadro sombrío,  
do aparece un bulto blanco,  
cuyos contornos divinos  
resaltaban en lo obscuro  
por la luna esclarecidos.

El amante la guitarra  
suelta, y fuera de sí mismo  
corre a la dorada reja,  
abraza los hierros fríos,  
y en una mano de nieve,  
que uno de ellos tiene asido,  
estampa labios de fuego  
por la pasión encendidos.

Balbuente, temeroso,  
como enamorado fino,  
que ser amor elocuente  
de ser falso es claro indicio,  
iba a pedir que dos años  
le conserven fe y cariño,  
que en ellos ganar espera  
pingüe estado y nombre digno,  
cuando (siempre los amantes  
han de tener enemigos,  
que en los mejores momentos  
truequen la dicha en martirio),  
cuando a lo lejos resuena  
un alarmante rüido,  
que a los dos enamorados  
sobresalta de improviso.

«Retírate -dice el joven-;  
quede tu decoro limpio,  
que yo tornaré a tus plantas  
sin importunos testigos.»

«Nada temas, seré tuya»,  
entre sollozos le dijo  
su amada, y cerró la reja,  
dejando abierto un resquicio.

Quiere el mancebo alejarse,  
mas no puede sin ser visto,  
y no es hombre que la espalda  
sabe volver al peligro.

Tres bultos mira en la calle  
que a él dirigen su camino,  
a dos quedarse ve luego  
en no muy distante sitio,  
y al tercero aproximarse  
a paso largo y altivo,

resplandeciendo la luna  
en su pomposo atavío.

Al comendador conoce,  
que volvió de Italia rico,  
y que a su Elvira pretende  
con impertinente ahínco.

Mucho celebra el encuentro,  
y solo le pesa el sitio;  
pero ya arrestado a todo,  
le espera firme y tranquilo.

El comendador le dice,  
a diez pasos dando un grito:  
«Retiraos de aquí, estudiante,  
o mi espada os hará añicos.»

«Otra tengo yo en la mano  
que a ese insulto dé castigo»,  
dice el mancebo, y se arroja  
como rayo desprendido

de las nubes. Los aceros  
relampaguean, y vivo  
arde el combate, lidiando  
sin hablar, cual bien nacidos.

De un leve rasguño tiene  
el joven su rostro herido;  
del contrario el pecho roto  
lanza ya de sangre un río,  
y perdiendo va terreno,  
vacilante, cuando un silbo  
da, y vienen, espada en mano,  
los otros dos a su auxilio.

El joven, como valiente,  
desprecia a los asesinos,  
y dejando ya en la tierra,  
al comendador tendido,  
carga a los dos y los hiere,  
y los pone en tal conflicto  
que, rápidos como el viento,  
buscan en la fuga asilo.

El vencedor reconoce  
de su victoria el peligro,  
y a su casa se retira,  
pobre solar, aunque antiguo,  
y que también noble escudo  
ostenta en el frontispicio  
de la puerta, de que lleva  
la llave falsa consigo.

A don Martín, su buen padre,  
anciano de hidalgo brío,

encuentra sobresaltado,  
receloso y discursivo,  
    que del mancebo en la mano  
viendo el hierro en sangre tinto,  
«¿Qué has hecho, Hernando?», le dice,  
y contéstale su hijo:  
    «Al comendador he muerto,  
dando a un insulto castigo,  
que el honor que tú me diste  
ha de estar, como el sol, limpio.»  
    «¡Válgame el cielo! -prorrumpe  
el noble anciano-, preciso,  
aunque, Hernando, yo no dudo  
que con razón has reñido,  
    »es el ponernos en salvo,  
que es inminente el peligro,  
siendo poderoso el muerto  
y nosotros desvalidos.»  
    «Partiré al momento a Italia,  
cual estaba decidido»,  
dice Hernando; mas el padre,  
prudente, responde: «Hijo,  
    »de las glorias de la Italia  
ya te has cerrado el camino:  
el comendador en ella  
del rey ha estado al servicio.  
    »Del ínclito don Gonzalo  
era deudo y favorito,  
y allá ha dejado parientes  
con honra y con poderío.»  
    «Pues a las Indias -el joven  
dice- a marchar me decido»;  
y algo extraordinario y grande  
brilló en su rostro al decirlo.

### III

#### El embarco

    En la iglesia de San Pedro,  
una de las más antiguas  
entre las muchas insignes  
de la opulenta Sevilla,

a las seis de la mañana  
se está diciendo una misa  
porque Dios dé buen viaje  
a un joven que va a las Indias.

Es el gallardo extremeño,  
a quien hace quince días  
que de Medellín, su patria,  
arrojó su valentía,

y que en una gruesa nave  
debe aquella tarde misma  
despedirse de la Europa  
a buscar remotos climas.

Y con don Martín, su padre,  
junto al altar, de rodillas,  
a San Pedro se encomienda  
y al cielo le pide dicha,

en el traje de soldado  
mostrando tal gallardía,  
que del devoto concurso  
tiene la atención cautiva.

Terminado el sacrificio  
recibe la Eucaristía,  
resplandeciendo en su rostro  
el entusiasmo y fe viva.

Vuelve a la humilde posada,  
que era en la Borcinería,  
hostelaje de un morisco,  
estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre,  
cuyas áridas mejillas,  
lágrimas de desconsuelo  
quemaban y humedecían:

«Hernando, Hernando, hijo mío,  
a tierras lejanas vas,  
donde nunca olvidarás  
de mi noble sangre el brío.

»Cual cristiano y caballero  
teme a Dios, guarda su ley,  
sirve con lealtad al rey,  
sé devoto y sé guerrero.

»Nunca des a la codicia  
en tu hidalgo pecho entrada,  
flaqueza vil, que degrada  
el cuerpo y el alma vicia.

»Sé a tus cabos obediente,  
afable a tus compañeros,  
y sin bravatas ni fieros  
en el peligro valiente.

»En los trabajos, sufrido;  
moderado en la ventura;  
con generosa cordura  
no estés vano ni abatido.

»Del malo te apartarás,  
únete siempre a los buenos,  
que si no ganas, al menos  
con ellos no perderás.

»Si llegas a obtener mando,  
manda con moderación,  
pero sólo, y con tesón,  
hazte obedecer, Hernando,

»que el que manda descortés  
o por ajena influencia,  
o no exige la obediencia,  
para el mando inútil es.

»Tolera disimulado,  
aunque te haga padecer,  
agravio que no ha de ser  
plenamente castigado.

»Reparte con discreción  
la recompensa y castigo,  
y al derrotado enemigo,  
trata con moderación.

»Resuelve con madurez;  
mas resuelto, nada ataje  
la ejecución; aventaje  
al rayo en su rapidez.

»La santa fe que profesas  
extender, y de tu rey  
los dominios, sea ley,  
Hernando, de tus empresas,

»Y no tengas duda alguna  
de que si lo haces así,  
siempre irán en pos de ti  
la victoria y la fortuna.

»De tu noble inclinación  
mucho espero, mucho fío.  
Basta: abrázame, hijo mío,  
recibe mi bendición.»

La escena tierna, y sublime  
dolorosa despedida  
que pasó entre el hijo y padre  
no es posible describirla.

De momentos tan solemnes  
los afectos de familia,  
los pensamientos y penas  
se sienten, mas no se pintan.

Al fin, como breve sueño,  
pasó rápido aquel día,

los tristes y los alegres  
al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,  
de un cadáver comitiva,  
a la tumba del ocaso  
con majestad descendía,  
cuando la pieza de leva  
dio el trueno de la partida,  
del Guadalquivir soberbio  
retumbando en las orillas.

Ya del arenal la puerta  
el padre y el hijo pisan,  
y hacia la Torre del Oro  
mudos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,  
soberbia la perspectiva,  
espectáculo grandioso  
el que deslumbró su vista:

Cubierto el río de naves  
de mil naciones amigas,  
con flámulas, gallardetes,  
banderolas y divisas,  
donde espléndidos colores  
con el sol poniente brillan,  
donde se mecen las auras,  
donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas  
de cuanto la Europa cría,  
de cuanto el arte produce,  
de cuanto ansía la codicia,  
de armas, víveres y aprestos,  
fardos, cajones y pipas,  
de extraordinarias riquezas,  
de varias mercaderías.

Y en las naves y en las barcas,  
en los muelles y marismas,  
y en arenal, alameda,  
muro, almacenes, garitas,  
un enjambre de vivientes  
de todos reinos y climas,  
de todos sexos y clases,  
de todas fisonomías.

Del grande español Imperio,  
hombres de todas provincias,  
y de todas las naciones  
que la Europa sabia habitan.

Moros, moriscos y griegos,  
egipcios, israelitas,

negros, blancos, viejos, mozos,  
hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,  
soldados, guardias, espías,  
alguaciles, galeotes,  
canónigos y sopistas,  
caballeros, capitanes,  
frailes legos y de misa,  
charlatanes, valentones,  
rateros, mozas perdidas,  
mendigos, músicos, bravos,  
quincalleros y cambistas,  
galanes, ilustres damas,  
gitanas, rufianes, tías.

Todo bullicio tan grande,  
tan extraña algarabía,  
tal confusión de colores,  
tal movimiento y tal vida,  
ofreciendo bajo un cielo  
como el cielo de Sevilla,  
que era un pasmo de la mente,  
un cuadro de hechicería.

Tras de la Torre del Oro,  
mientras don Martín activa  
el embarco, maldiciendo  
gabelas y socaliñas,

Hernando sueña despierto,  
y pensando en doña Elvira,  
embebido en lo pasado,  
presente y futuro olvida.

Llamó su atención de pronto  
una voz agria y ronquilla  
que le dice: «Caballero,  
por Dios, una limosnita.»

Vuelve en sí sobresaltado,  
y delante de sí mira  
una miserable vieja  
de extraña fisonomía.

Un rostro innoble y siniestro,  
seco, como de ceniza,  
con dos penetrantes ojos,  
de fuego que mueve chispas,

descubre entre sucias tocas  
que rojo manto cobija,  
sobre un traje de anascote,  
hecho a desgarrones tiras.

Y en el todo de aquel ente  
algo raro se veía:

reunión de astucia, ignorancia,  
imbecilidad, malicia.

Para darle algún socorro  
en la escarcela registra,  
y mientras le da un cornado,  
dice la bruja ladina:

«¡Qué lindo y gallardo joven!  
Si se embarca para Indias,  
la buenaventura puedo  
decirle, que sé decirla.»

Hay en la vida momentos,  
que la mitad de la vida  
por columbrar lo futuro  
se diera con alegría.

Y Hernando, aunque con desprecio  
contempla aquella estantigua,  
la mano diestra le ofrece  
puesta la palma hacia arriba.

La vejezuela la toma,  
un momento la examina,  
y ora las cejas arquea,  
ora amaga una sonrisa,  
y al fin se estremece, tiembla,  
echa fuego por la vista,  
y, «¡Qué estoy mirando, cielos!»,  
cual energúmeno grita.

Expresión rara y terrible  
su muerto semblante anima;  
crece, y convulsa le crujen  
los huesos y las anillas.

Y, «¡Oh mancebo generoso!  
-exclamó-, ¡qué de inauditas  
glorias y hazañas te esperan!  
¡Qué de triunfos en las Indias!

»Tiembla el infierno; ¡tu espada  
cuántos tributos le quita!...  
Ve ufano... De contemplarte  
el cielo se regocija...

»Emperadores y reyes  
te doblarán la rodilla.  
Cual prodigios, cual portentos  
verá el mundo tus conquistas.

»Tu huella hundirá naciones,  
las más guerreras y ricas,  
como del pastor la huella  
hunde vivares de hormigas.

»Con montes de oro y laureles  
los astros allá te brindan.

Eterno será tu nombre,  
inmortales tus fatigas.  
    »Vuela; el sol de un Nuevo Mundo  
serás...» No pudo sufrirla  
el joven tiempo más largo,  
juzgando la retahíla  
    cosa a todo aventurero  
por aquella bruja dicha  
para sacar recompensa  
más abundante y opima.  
    Y la interrumpe, y le dice:  
«Solo quiero que me digas  
si seré tan venturoso  
que regrese a estas orillas.»  
    Quedó suspensa la vieja,  
muda, en él los ojos fija,  
pero apagados: su rostro  
se seca; se desanima;  
    y con la expresión siniestra  
de una sardónica risa,  
«Volverás, sí -le responde-,  
que volver es tu desdicha;  
    »volverás..., sí..., de seguro...  
El sol se va y vuelve..., mira...»  
Y con una enjuta mano  
y un dedo que parecía  
    el de la terrible muerte,  
en rara actitud le indica  
a Castilleja, por donde  
el rojo sol se escondía.

    El joven a Castilleja  
torna de pronto la vista,  
como obediente al mandato  
de la mano imperativa,  
    y ve que una parda nube,  
que imitaba las cortinas  
de un rico dosel, tomaba,  
por el ambiente movida,  
    de un gran féretro la forma,  
circundado de amarillas  
candelas, y en cuyo seno  
del sol el cadáver iba.  
    Vago terror siente Hernando,  
los cabellos se le erizan,  
y por algunos momentos,  
hecho mármol, ni aun respira.  
    La mano del tierno padre,  
su voz grata y sus caricias,

diciendo: «Llegó la hora,  
vamos, y Dios te bendiga»,  
le tornan en sí, anheloso  
a la bruja o pitonisa  
busca, mas la busca en vano;  
desaparecido había.

Acaso entre aquella turba,  
do era imposible seguirla,  
otras limosnas demanda,  
otros casos pronostica.

Se abrazan al pie del muelle  
el padre y el hijo; pisa  
este la ligera lancha,  
que al punto huye de la orilla.

Llega a la nave; la nave  
trinquetes y gavias iza,  
y corta pomposa el río  
entre universales vivas.

#### IV

#### Conclusión

Este Hernando, este mancebo  
era Hernán Cortés; su nombre,  
gloria la mayor de España,  
asombro y pasmo del orbe,  
lo dice todo. Un imperio  
de cien guerreras naciones  
descubrió, y rindió su lanza  
con seiscientos españoles.

Vuelto a la patria, por premio  
ingratas persecuciones  
su corazón destrozaron,  
rompieron su pecho noble.

Y aquí en Castilleja, lleno  
de desengaños atroces,  
rindió a su Criador el alma  
que tan grande concediole,  
sin que después haya visto  
el absorto mundo un hombre,  
que de Hernán Cortés al lado  
la Historia imparcial coloque.

Bailén

Al Excmo. Sr. don Francisco Javier Castaños, duque de Bailén.

I

Sevilla

A la capital risueña  
de la andaluza comarca,  
que Hércules fundó de Betis  
sobre las fecundas aguas,  
la que cercó Julio César  
de muros y torres altas,  
la que ganó San Fernando  
con Garci-Pérez de Vargas;  
a la opulenta Sevilla,  
la del encantado alcázar,  
la del magnífico templo,  
la de la torre gallarda,  
emporio de la riqueza,  
de claros ingenios patria,  
y que en los brazos dormía  
de la paz en la abundancia,  
llega de cálido polvo,  
dejando en pos nube blanca,  
que los caños de Carmona  
a la vista borra y tapa,  
un anhelante correo  
en una sudosa jaca,  
cuyo ijar la espuela rompe,  
y a quien da un látigo alas.  
El rostro como de azufre,  
los ojos como de brasa,  
demuestran que es mensajero  
de peligros y desgracias.

En corto momento esparce  
nuevas de tal importancia,  
vértigo tan repentino,  
y tan mágicas palabras,  
    que la ciudad toda altera,  
que la ciudad toda alarma,  
y la dormida laguna  
en mar borrascoso cambia.

Súbito clamor confunde  
las antes tranquilas auras,  
y agitado el pueblo inmenso  
hiere en las calles y plazas.

Plebeyos, nobles y grandes,  
canónigos, hombres de armas,  
frailes, doctores, artistas,  
traficantes y garnachas,

    solo un cuerpo humano forman  
donde solo vive un alma,  
que un solo afán precipita,  
y que un solo grito lanza.

No hay ya opuestos intereses,  
no hay ya clases encontradas,  
no hay ya distintos deseos,  
no hay ya opiniones contrarias,  
    ni más pasión que la ira,  
ni más amor que la patria,  
ni más anhelo que guerra,  
ni más grito que «¡Venganza!»

Palacios, talleres, templos,  
conventos, humildes casas,  
academias, tribunales,  
lonjas, oficinas, aulas,  
    tórnanse en cuartel inmenso,  
donde solo crujen armas,  
solo retumban tambores,  
solo se alistan escuadras.

Plumas, estevas, ciriales,  
pesos, báculos y varas,  
y hasta abanicos y agujas  
se convierten en espadas.

En guerra y muerte terminan  
de los templos las plegarias,  
terminan en guerra y muerte  
los procesos y contratas.

En guerra y muerte concluyen  
de amor las dulces palabras,  
y desde el sabio discurso  
hasta las vulgares charlas.

«¡Vamos a matar franceses!»,  
prorrumpe con fiera audacia  
turba de inocentes niños,  
que hace fusiles de caña.

«¡Vamos a matar franceses!»,  
dice el anciano, que arrastra,  
del báculo con la ayuda,  
de un siglo entero la carga.

«¡Vamos a matar franceses!»,  
grita el joven, que la espalda  
del potro indómito oprime,  
blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,  
la gigantesca Giralda,  
con lengua de eterno bronce,  
cuya voz seis leguas anda,  
al huracán ensordece,  
sobrepuja a las borrascas,  
conmueve la baja tierra  
y el firmamento traspasa,  
guerra, pregonando al mundo,  
a guerra convoca y llama  
a toda la Andalucía,  
a toda la extensa España.

Y ciñe la erguida frente,  
al llegar la noche opaca,  
de una corona de hogueras,  
que viento y lluvias no apagan:  
bandera del fuego santo  
que se ha encendido a sus plantas,  
cráter del volcán tremendo,  
que en la gran Sevilla estalla.

## II

### La agresión

De oro, de hierro, de barro  
inmensurable coloso,  
la frente en las altas nubes,  
el pie en los abismos hondos;

de infierno, de cielo y tierra  
un incomprensible aborto,  
un prodigioso compuesto  
de ángel, de hombre y de demonio,  
alzó de Francia perdida,  
con su brazo portentoso,  
para en él tomar asiento,  
el despedazado trono.

Ídolo de doce siglos,  
y de cien monarcas solio,  
que desaparecer vio el mundo  
terrorizado y absorto,  
cuando crímenes, virtudes,  
pasiones, furias, enconos,  
saber, ignorancia, errores,  
héroes, gigantes y monstruos,  
de sangre en un mar lo ahogaron,  
y bajo un monte de escombros  
lo sepultaron y hundieron  
con universal trastorno.

Alzose, pues (para tanto  
Dios le dio fuerzas a él solo),  
y aun juzgó para su mole  
pedestal tan grande, poco.

Y desde él mandaba al mundo,  
llevando de polo a polo  
de tempestades armada  
la fuerte mano, a su antojo,  
con un millón de soldados  
a quienes él daba el soplo  
de vida, y con su gran nombre  
un talismán prodigioso.

Con un ceño de su frente,  
con un volver de su rostro,  
desparecían imperios  
y se trastornaba el globo.

Este portentoso, este numen  
de bien, de mal, de uno y otro,  
tornó al tranquilo Occidente  
los asoladores ojos.

Y vio a la fecunda España,  
la cosechera del oro,  
quemando en su altar inciensos,  
por su gloria haciendo votos,  
en actitud tan humilde,  
de entusiasmo en tal arrobó,  
que era poderosa ayuda,  
sin poder ser nunca estorbo,  
y de amiga bajo el nombre  
tan adoradora en todo,

que sangre, riqueza, fama,  
juzgaba holocausto corto.

Mas prevaleciendo acaso,  
en el pecho del coloso,  
la parte aquella de infierno  
y la maldad de demonio,

gritó: «Yo no quiero amigos,  
porque esclavos quiero solo.  
¿Cómo aún está enhiesta España?...  
Póngase ante mí de hinojos.

»Bese mi soberbia planta,  
hunda la frente en el polvo,  
y el palacio de sus reyes  
de escabel sirva a mi trono.»

Dijo, y de armas y guerreros  
por el Pirene fragoso  
torrente tremendo baja  
al hispano territorio.

Tal vez la celeste parte  
le dio a conocer de pronto  
que iba a despertar leones  
con armígero alboroto.

Y la otra parte mezquina  
de hombre, de tierra y de lodo  
le decidió a usar del fraude,  
de la perfidia y del dolo.

Enmascaró sus legiones,  
dio mentido aspecto al rostro,  
vistió de oliva las armas,  
llamó tierno amor al odio.

Y cuando en abrazo inicuo  
ahogó traidor y alevoso  
a los príncipes incautos,  
que en él buscaron apoyo,

y del regio Manzanares  
en el coronado emporio,  
en exterminio el halago,  
la oliva tornó en abrojos,

hospitalidad, caricias,  
bendiciones y tesoros,  
pagando con hierro, muerte,  
incendios, estupros, robos,

se derramaron sus huestes  
a asegurar el despojo,  
a encadenar toda España,  
juzgando vencido todo.

Y ya de Sierra Morena  
humillan con fiero gozo

la alta cerviz, y registran  
con desvanecidos ojos  
de Guadalquivir fecundo  
los encantados contornos,  
a que preparan insanos  
la esclavitud y el oprobio.  
Y aparecen a lo lejos  
tan aterradoras, como  
la encapotada tormenta,  
que en alas del viento ronco,  
de ardientes rayos preñada  
anuncia con truenos sordos,  
que a asolar viene los campos  
y las riquezas de agosto.  
He aquí la angustiosa nueva,  
y el conjunto que de pronto  
causó en la noble Sevilla  
tan impensado trastorno.

### III

#### La victoria

¡Bailén!... ¡Oh mágico nombre!  
¿Qué español al pronunciarlo  
no siente arder en su pecho  
el volcán del entusiasmo?  
¡Bailén!... La más pura gloria  
que ve la historia en sus fastos  
y el siglo presente admira,  
sentó su trono en tus campos.  
¡Bailén!... En tus olivares  
tranquilos y solitarios,  
en tus calladas colinas,  
en tu arroyo y en tus prados,  
su tribunal inflexible  
puso el Dios tres veces santo,  
y de independencia eterna  
dio a favor de España el fallo.

Inclina la tierra  
su mísera frente

al omnipotente  
de Francia señor.  
¡Viva el emperador!  
    Es dios de la guerra,  
y de polo a polo  
su brazo tan solo  
será el vencedor.  
¡Viva el emperador!  
    Segura tenemos  
aquí la victoria,  
sin riesgos, sin gloria,  
pero rica asaz.  
    Marchemos, gocemos  
las grandes riquezas,  
e insignes bellezas  
de España feraz.  
    A Francia gloriosa,  
¿quién hay que la estorbe?  
Rendido está el orbe  
a su alto valor.  
¡Viva el emperador!  
    Su ley poderosa  
la España reciba.  
Avancemos, ¡viva  
de Francia el señor!  
¡Viva el emperador!»

Así en infernales voces  
los invencibles, que hollaron,  
sembrando exterminio y muerte,  
la Europa del Neva al Tajo,  
    las silenciosas cañadas  
y los fecundos collados  
de Bailén, al sol naciente,  
con gozo infernal turbaron,  
    de clarines y tambores,  
de armas, cañones y carros,  
relinchos y roncós gritos  
tormenta horrenda formando,  
    mas sin saber que una tumba  
era el espacioso campo,  
por donde tan orgullosos  
osaban tender el paso.

De repente, de la parte  
del Sur el viento les trajo  
rumor de armas y de hombres,  
y los ecos de este canto:

«Ya despertó de su letargo  
de las Españas el león,  
antes morir que ser esclavos  
del infernal Napoleón.

»¡Viva el rey, viva la Patria,  
y viva la Religión!»

Y aparecen los guerreros  
del Guadalquivir preclaro,  
sin pomposos atavíos,  
sin voladores penachos,

la justicia de su parte  
y la razón de su bando,  
con Dios en los corazones  
y con el hierro en las manos.

Y aunque en la guerra bisoños,  
y aunque con orden escaso,  
llevan resuelto a su frente  
al valeroso Castaños.

Los fieros debeladores  
de la Europa asombro y pismo,  
los fuertes, los invencibles  
de mil triunfos coronados,

de limpio acero vestidos,  
con oriental aparato,  
de oro y dominio sedientos,  
de orgullo bélico hinchados,

y teniendo a su cabeza,  
la sien ceñida de lauros,  
a Dupont, caudillo experto,  
duro azote del germano,

ven con desdén y desprecio,  
como a inocente rebaño  
que al matadero camina  
y piensa que va a los prados,

una turba que ha dos meses  
en el taller y el arado,  
ni cargar una escopeta  
era posible a sus manos.

Y en carcajadas de infierno  
y en burladores sarcasmos,  
prorrumpen, y furibundos  
al fácil triunfo volaron.

¡No tan fácil! Bramadoras  
las ondas del oceano,  
del huracán empujadas  
tienden el inmenso paso;  
raen las arenas profundas  
de los abismos, al alto

firmamento, entumecidas,  
van a encontrar a los astros;  
    tragan voraces y rompen  
y aniquilan todo cuanto  
pone a su furor estorbo,  
pone a su curso embarazo;  
    y en la humilde y blanda arena,  
o en el informe peñasco,  
donde el dedo del Eterno  
escribe hasta aquí, pedazos  
    se hace su furia espantosa,  
se estrella su orgullo insano,  
y en espuma roto vuela  
su poder, del orbe espanto.  
    «El español ardimiento,  
su fe viva, su entusiasmo  
sean la meta del coloso»,  
pronunció de Dios el labio.  
    Y lo fueron. Los valientes  
de luciente acero armados,  
los granaderos invictos,  
los belígeros caballos,  
    los atronadores bronces  
y los caudillos bizarros,  
que las elevadas crestas  
de Mont-Cení y San Bernardo  
    camino fácil hicieron,  
que las ondas humillaron  
del Vístula y del Danubio,  
del Mosa, del Rhin y el Arno,  
    no pueden la mansa cuesta  
trepar del collado manso  
de Bailén, ni al pobre arroyo  
del Herrumbrar<sup>5</sup> hallar vado.  
    Y los que mares de fuego  
intrépidos apagaron,  
y muros de bayonetas  
hundieron en un amago,  
    del español patriotismo  
a los encendidos rayos,  
al hierro de los bisoños,  
al tiro de los paisanos  
    no osan resistir. Desmayan  
y se fatigan en vano;  
retroceden, se revuelcan  
en tierra hombres y caballos,  
    y las águilas altivas  
humillan el vuelo raudo  
ensangrentadas sus plumas,  
hasta perderse en el fango.

Y rendidas las legiones,  
que al universo humillaron,  
encadenadas desfilan,  
vuelta su gloria en escarnio,  
    ante turba que ha dos meses  
en el taller y el arado  
ni cargar una escopeta  
era posible a sus manos.

«¡Viva España!», gritó el mundo,  
que despertó de un letargo.  
Al grande estruendo apagose  
en el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas  
del noble caudillo hispano,  
Dupont su espada rendía  
y de sus sienas el lauro,  
    desde el trono del Eterno  
dos arcángeles volaron:  
uno a dar la nueva al polo  
su nieve en fuego tornando,  
    otro a cavar un sepulcro  
en Santa Elena, peñasco  
que allá en la abrasada zona  
descuella en el oceano.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

